

El Espíritu Santo

por John Owen

ABREVIADO Y HECHO FACIL PARA LEER POR R.J.K. LAW

1: La obra del Espíritu Santo

Cuando Dios planeó la gran obra de salvar pecadores, él proveyó dos dones. Él dio a su Hijo y él dio a su Espíritu. De hecho cada Persona de la Trinidad se involucro en esta gran obra de salvación. El amor, gracia y sabiduría del Padre la planeó; el amor, gracia y humildad del Hijo la compró; y el amor, gracia y poder del Espíritu Santo capacitó a los pecadores para creer y recibirla.

La primera gran verdad en esta obra de salvación es que Dios envió a su Hijo para tomar nuestra naturaleza en él y sufrir en ella por nosotros. La segunda grande verdad es que Dios dio a su Espíritu para traer a los pecadores a la fe en Cristo y así ser salvos.

Cuando el Señor Jesucristo estaba por dejar el mundo, el prometió enviar a su Espíritu Santo para estar con sus discípulos (Jn. 14:16-18, 25-27; 15:26; 16: 5-15). Aunque fue un gran privilegio el haber conocido a Cristo cuando vivió en la tierra, pero iba a ser uno mucho mas grande el conocerlo revelado a nuestros corazones por el Espíritu Santo (2 Co. 5:16)

Una gran obra del Espíritu Santo es de convencer a los pecadores que el evangelio que les es predicado es verdad y de Dios. Otra gran obra que él hace es de hacer santos a los que creen al evangelio. (2 Co. 3:18)

Si el Espíritu Santo no obra con el evangelio, entonces el evangelio viene a ser una letra muerta y el Nuevo Testamento viene a ser tan inútil para los Cristianos así como el Antiguo Testamento es para los Judíos (Is. 59:21). A consecuencia debemos darnos cuenta que todo el bien espiritual que surge de la salvación es revelado y dado a nosotros por el Espíritu Santo. Debemos también entender que todo lo que es hecho en nosotros y todo lo que somos capacitados para hacer que es santo y aceptable a Dios es por el Espíritu Santo obrando en nosotros y con nosotros. Sin él no podemos hacer nada (Jn. 15:5). Por el Espíritu Santo somos nacidos de nuevo, hechos santos y capacitados para agradar a Dios en cada obra buena.

Es en vista de la grandeza de esta obra que la Escritura nos advierte que el único pecado que no puede ser perdonado es la blasfemia contra el Espíritu Santo (Mr. 3:28, 29; Mt. 12:31, 32).

Por cuanto el ministerio del Espíritu Santo es traer a los pecadores a creer en la sangre de Cristo para perdón de pecados, si en llevando esta obra acabo es menospreciado, rechazado y blasfemado, entonces no puede haber perdón de pecados y no hay salvación. Dios no tiene otro Hijo para ofrecerlo como otro sacrificio por el pecado. La persona que menosprecia el sacrificio de Cristo no tiene otro sacrificio al cual acudir (He. 10:27, 29; 1Jn. 5:16). De la misma manera, Dios no tiene otro Espíritu que nos capacite a recibir ese sacrificio y ser salvos. Así que el que menosprecia y rechaza al Espíritu Santo no se le a dado otro Espíritu que lo capacite a recibir a Cristo y ser salvo. Es entonces vital, pues, de aprender sobre el Espíritu Santo y su obra.

Por toda la historia, muchos han hecho falsas afirmaciones en el nombre del Espíritu Santo. Porque el error a sido enseñado, y cosas malas se han hecho en su santo nombre, es de gran importancia conocer la verdad sobre él y de lo que él vino a hacer. No hay nada mas vil que el que pretende ser de Dios y no lo es.

FALSOS PROFETAS

El don más grande del Espiritu Santo en la iglesia del Antiguo Testamento era profecía. ¡Sin embargo cuantos falsos profetas habían ! Algunos falsos profetas servían a otros dioses (1 R. 18: 26-29). Sus mentes en realidad eran poseídas por el diablo que los capacitaba para declarar cosas que eran ocultas a otros hombres (1Co. 10:20; 2Co 4:4).

Otros profesaban hablar en el nombre y por la inspiración del Espíritu del Señor, el único verdadero, santo Dios pero eran falsos profetas (Jer. 28:1-4; Ez. 13 y 14).

En tiempos de peligro y amenazadores desastres siempre hay esos que afirman de tener revelaciones extraordinarias. El diablo los estimula para llenar a los hombres con esperanzas falsas para poder mantenerlos en pecado y falsa seguridad. Entonces, cuando el juicio de Dios viene, son tomados por sorpresa. Así que quienquiera que afirme tener revelaciones extraordinarias, alentando a los hombres a sentirse seguros mientras viven una vida de pecado, hace la obra del diablo, porque cualquier cosa que aliente al hombre sentirse seguro en su pecados es del diablo (Jer. 5:30, 31; 23:9-33).

En el Nuevo Testamento también el evangelio fué revelado a los apóstoles por el Espíritu Santo. Era predicado con su ayuda, y hecho efectivo en la salvación de almas por su obra y poder. En la Iglesia primitiva la predicación del evangelio era acompañada con milagros hechos por los apóstoles. Pero Pedro previene a la iglesia que así como hubo falsos profetas en la iglesia del Antiguo Testamento, así también habrá falsos maestros en la nueva (2 P. 2:1)

Juan nos dice como probar a los falsos maestros (1Jn. 4:1-3). Primeramente, nos advierte a no creer a cada espíritu, y segundo debemos ponerlos a prueba por su

doctrina. No debemos de ser persuadidos por milagros extraordinarios que puedan hacer, sino por la doctrina que enseñan (Ap. 2:2). Esta es la regla apostólica (Ga. 1:8).

Dios dió a la iglesia primitiva dos medios para protegerse en contra de falsos profetas y maestros: su Palabra, y la habilidad espiritual para discernir espíritus. Pero cuando los dones extraordinarios del Espíritu Santo cesaron, el don de discernir espíritus también cesó. Ahora solo nos queda su Palabra para probar las falsas doctrinas.

ENTUSIASTAS PELIGROSOS

En cada gran avivamiento, en lo mas mínimo la Reforma Protestante, entusiastas peligrosos se han levantado para molestar a la iglesia.

Algunos han dicho que tienen un espíritu al cual llaman la luz dentro de ellos. Este nuevo espíritu afirma hacer todas las cosas que el Espíritu Santo ha prometido hacer. Pero los guía por sentimientos interiores y no por la Palabra de Dios.

O es esta luz el Espíritu Santo o no lo es. Si la gente dice que es el Espíritu Santo, será fácil demostrar que totalmente contradicen la Palabra de Dios y destruyen la misma naturaleza y ser del Espíritu Santo. Si dicen que no es el Espíritu Santo, entonces ¿que espíritu es? Solo puede ser el espíritu del ante-Cristo.

Algunos niegan la divinidad y personalidad del Espíritu Santo y tienen ideas erróneas de lo que él hace. Muchos se oponen y resisten su obra en el mundo.

¿Pero si su obra es buena y santa y de gran beneficio al hombre, porque es tan menospreciada? Las cosas del Espíritu Santo las cuales los hombres desprecian son ya sea sus verdaderas obras o las que no son. Si no son las obras de gracia que él prometió hacer, sino emociones religiosas fanáticas y vacías, éxtasis extáticos y revelaciones extraordinarias, entonces es el deber de los Cristianos rechazar estas cosas y ver que vienen de las estúpidas imaginaciones del hombre, en lugar de menospreciar al Espíritu Santo y su verdadera obra. Los entusiastas dicen que es la falsa pretensión y no la verdadera obra la que ridiculizan. Si es así, ¿porque entonces desprecian a los Cristianos que han recibido al Espíritu Santo como el don de Cristo?

En el principio Dios reveló que él solo era Dios y que no hay Dios fuera de él. La verdadera iglesia creía esta verdad. Los incrédulos creían que había muchos dioses y así se hundieron en la idolatría. Entonces mandó Dios a su Hijo en carne humana. El recibirlo y obedecerlo es ahora la

prueba de fe. Los que rechazan a Cristo están rechazados por Dios (Jn. 8:24). Ahora Dios requiere que creamos en Cristo como la única Piedra de fundación de la iglesia y nos

llama a profesar nuestra fe en él como tal. (Mt. 16:18, 19). Debe de ser reconocido y honrado así como honramos al Padre (1Co. 3:11; Jn. 5:23).

Todos los asuntos de Cristo ahora son cometidos al Espíritu Santo (Jn. 16: 7-11). La voluntad de Dios es que el Espíritu sea exaltado en la iglesia y que la iglesia no este ignorante de él, así como estuvieron los discípulos de Juan el Bautista en Efeso (Hch.19:2). Por eso el pecado de menospreciar la Persona y obra del Espíritu Santo es tan malo como ambos la idolatría de antigua y el recházo de Cristo Jesús por los Judíos. Mientras allí había perdón por estos pecados porque una etapa de gracia adicional estaba por venir, ahora no hay perdón. No hay ninguna etapa de gracia adicional para que venga. Dios no tiene otra persona para dar y tampoco otro camino de salvación.

2: *El Espíritu de Dios*

El Espíritu Santo tiene muchos nombres y títulos. La palabra Espíritu en Hebreo es *ruach* y en Griego es *pneuma*. En los dos idiomas las palabras sirven para el termino ‘viento’. Estas palabras eran usadas metafóricamente para expresar muchas ideas (Ec. 5:16; Mi. 2:11); una parte o cuarto del compás (Jer. 52:23; Ez. 5:12; 1Cr. 9:24; Mt. 24:31); cualquier cosa que no es material (Gn. 7:22; Sal. 135: 17; Job 19:17; Lc. 23:46); deseos de la mente y del alma (Gen. 45:27; Ez. 13:3; Nm 14:24); ángeles (Sal. 104:4; 1R. 22:21, 22; Mt. 10:1).

En la Escritura, sin embargo una clara distinción es hecha entre estos usos y el Espíritu de Dios.

Mientras los Judíos dicen que él es el poder influyente de Dios y los Musulmanes dicen que él es un ángel eminente, el nombre “Espíritu” se refiere a su naturaleza o esencia la cual es una pura, espiritual, irrelevante substancia (Jn. 4:24).

Él es el aliento del Señor (Sal. 33:6; 18:15 Juan 20:22; Gn. 2:7).

Él es llamado el Espíritu Santo (Sal.51:11; Is. 63:10, 11; Ro. 1:4).

Él es el Espíritu de Dios (Sal. 143:10; Neh. 9:20; Ex. 31:3; 35:31; 1Co. 12:6, 11; 2 S. 23: 2 con 2P. 1:21).

Él es el Espíritu de Dios y el Espíritu del Señor (Gn. 1:2; Jn. 20:17).

Él es el Espíritu del Hijo, el Espíritu de Cristo (Ga. 4:6; 1P. 1:11; Ro. 8:9). Él procede del Hijo y fue prometido por el Hijo (Hch. 2:33).

LA TRINIDAD

El ser y naturaleza de Dios es la fundación de toda religión verdadera y santa adoración religiosa en el mundo (Ro. 1:19-21). La revelación que él nos da de sí mismo es el estándar de toda verdadera adoración religiosa y obediencia.

Dios se ha revelado a sí mismo como tres Personas en un Dios (Mt. 28:19). Cada Persona en la Divinidad es distinta de las otras dos, y cada una tiene obras particulares atribuidas a él.

El Padre da al Hijo. El Hijo viene y toma nuestra naturaleza, y los dos el Padre y el Hijo envían al Espíritu. Así que el Espíritu Santo es, en sí mismo, una distinta, amorosa, poderosa, inteligente, divina Persona, porque ningún otro puede hacer lo que él hace. Él es uno con el Padre y el Hijo. Las palabras de nuestro Señor en la institución del bautismo Cristiano nos enseñan que es nuestro deber religioso de tener al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo en toda nuestra adoración de Dios y en toda nuestra fe y obediencia (cf. Mt. 28:19, 20).

LA ACTIVIDAD PERSONAL DEL ESPIRITU SANTO

La aparición del Espíritu Santo bajo una señal visible sugiere que él es una Persona (Mt. 3:16; Lc. 3:22; Jn. 1:32). Él tiene atributos personales tales como entendimiento y sabiduría (1Co. 2:10-12; Is. 40:28; Sal. 147:5; 2 P. 1:21; Ro. 11:33, 34; Is. 40:13; Sal. 139:23; 1Co. 12:8; Is. 11:2) Él actúa de acuerdo a su propia voluntad (1Co. 12:11). Él tiene poder (Job 33:4; Is. 11:2; Mi. 2:7; 3:8; Ef. 3:16). Él enseña (Lc. 12:12; Jn. 14:26; 1Jn. 2:27). Él llama para una obra especial (Hch. 13:2,4) -un hecho de autoridad, opción y sabiduría. Él llama a Bernabé y a Saulo. Él les mando que fueran puestos aparte. Él los envió. Todo esto enseña su autoridad y personalidad. Él nombra a hombres a posiciones de autoridad en la iglesia (Hch. 20:28). Él fue tentado (Hch. 5:9). ¿Cómo puede una cualidad, un accidente, un poder de Dios ser tentado? Ananias le mintió a él (Hch. 5:3). Pedro le dice a Ananias que le a mentido a Dios (Hch. 5:4)

El Espíritu Santo puede ser resistido. (Hch. 7:51). Él puede ser contristado (Ef. 4:30). Se pueden rebelar en contra de él, molestar, y blasfemar (Is. 63:10; Mt. 12:31, 32).

Claramente, el Espíritu Santo no es nada más una cualidad que se encuentra en la naturaleza divina. Él no es simplemente una influencia o poder de Dios. Él no es la obra del poder de Dios en nuestra santificación. Él es una santa, inteligente Persona.

LA DEIDAD DEL ESPIRITU

Él claramente es llamado Dios (Hch. 5:3, 4; Lv. 26:11, 12 con 2Co. 6:16; 1Co. 3:16, 17; Dt. 32:12 con Is. 63:14; Sal. 78:17, 18 con Is. 63:10, 11). Características divinas son atribuidas a él: eternidad (He. 9:14); inmensidad (Sal 139:7); omnipotencia (Mi. 2:7; Isa.

40:28); preconocimiento (Hch. 1:16); omnisciencia (1Co. 2:10, 11); autoridad soberana sobre la iglesia (Hch. 13:2, 4; 20:28). Él es la tercera Persona de la Divinidad (Mt. 28:19; Ap. 1:4, 5).

Todo lo que Dios hace, lo hace como un Dios trino. Cada Persona de la Trinidad esta envuelta en cada acción de Dios. Sin embargo al mismo tiempo cada Persona tiene un papel especial para cumplir en esa obra.

En este sentido, la creación es la obra especial del Padre, la salvación es la obra especial del Hijo, y la obra especial del Espíritu Santo es traer la salvación a los pecadores, capacitándolos para que la reciban. El Padre empieza, el Hijo sostiene, y el Espíritu Santo completa todas las cosas (Ro. 11:36; Col. 1:17; He. 1:3). Así el Espíritu Santo esta activo en todo lo que Dios planea y hace. Vemos esto en la creación.

Las obras de la naturaleza.

Dios crió todas las cosas de la nada (Gn. 1:1). El Espíritu de Dios ‘se movía sobre la haz de las aguas’ (Gn. 1:2), ‘se movía’, así como los pájaros lo hacen sobre sus nidos. La palabra Hebrea ruach, significa el ‘viento’ de Dios. ‘Movía’ significa un fácil, gentil movimiento como pájaros moviéndose sobre sus nidos (Dt. 32:11; Jer. 23:9). Pero no hay información en Genesis 1:1-2 sobre la creación de este viento. Solo puede ser el Espíritu de Dios y su obra que esta descrita aquí.

La creación natural del hombre (Gn.2:7)

El material usado por Dios para crear al hombre fue el ‘polvo de la tierra’. El principio dador-de-vida que hizo al hombre un alma viviente fue ‘el aliento de Dios’, el resultado de la unión del material con el aliento de Dios, ese el cual era espiritual, fue que el hombre vino a ser un alma viviente. Aquí el ‘aliento’ de Dios es una descripción vivida del Espíritu.

Así Dios es visto en su glorioso poder y sabiduría. Él toma tal materia humilde como el polvo y de eso crea una criatura gloriosa. El hombre, siendo recordado que es simplemente polvo de la tierra, es mantenido humilde y dependiente en la sabiduría y bondad de Dios.

La creación moral del hombre (Gn. 1: 26, 27; Ec. 7:29)

No es por nada que Dios nos dice que alentó el espíritu de vida en el hombre (Gn. 2:7; Job 33:4). Era la obra del Espíritu Santo de dar vida al hombre por lo cual el hombre vino a ser un alma viviente, porque el Espíritu Santo es el aliento de Dios.

Al hombre se le dio mente y alma para que él obedeciera a Dios y lo gozara, y había tres cosas necesarias para hacer apto al hombre para una vida con Dios. Debería ser capaz de conocer la mente y voluntad de Dios para poder obedecerlo y agradecerlo. Debería tener un corazón que alegremente y libremente amara a Dios y a su ley, y debería ser capaz de

llevar a cabo perfectamente todo lo que Dios requiere de él. Todas estas son las obras del Espíritu en el hombre. Y todas estas habilidades se perdieron por el pecado. Solamente pueden ser restauradas por la obra de regeneración del Espíritu Santo.

3: Como el Espíritu Santo Viene a Nosotros y Hace Su Obra

Solo Dios nos da el Espíritu (Lc. 11:13; Jn. 3:34; 1Jn. 3:24). Esta ‘donación’ es un acto de autoridad y libertad y procede de las riquezas de la gracia de Dios (Lc. 11:13; Jn. 4:10; 14:17; 1Co.4:7; Tit. 3:6; 1Co. 12:7). Dios lo envía a nosotros (Sal.104:30; Juan 14:26; 15:26; 16:7). Este ‘envió’ implica que el Espíritu Santo no estaba con una persona antes de que se le fuera enviado. Nos dice que esta es una obra especial de Dios que nunca había hecho antes.

Dios nos ministra el Espíritu (Ga. 3:5; Fil. 1:19). Esto implica que Dios continuamente nos da provisiones adicionales de su gracia por su Espíritu. Se dice, que Dios pone su Espíritu en o dentro del hombre (Is. 42:1; 63:11). Él hace esto cuando desea que una persona se beneficie de alguna manera de su Espíritu, e.g., Saúl, Eldad y Medad (1S. 10:10; Nm. 11:27; Am. 7:14, 15 y Jer. 1:5-7).

Se dice que Dios *derrama* al Espíritu Santo frecuentemente (Pr.1:23; Is. 32:15; 44:3; Ez. 39:29; Jl. 2:28; Hch. 2:17; 10:45). Dondequiera que esta expresión es usada se refiere a la era del evangelio. Esto implica una comparación, apuntándonos devuelta a otro tiempo o otra obra previa de Dios, cuando él dió su Espíritu, pero no de la misma manera que el ahora desea darlo. En los tiempos del evangelio una medida mucho más extensa del Espíritu es dada. La expresión implica un acto eminente de riqueza divina (Job 36:27; Sal. 65:10-13; Tit. 3:6; 1Ti. 6:17). Implica el derramamiento de dones y gracia del Espíritu, no su Persona (porque donde él es dado, él es dado permanentemente). Se refiere a obras especiales del Espíritu tales como la purificación y consolación de esos en quien él es derramado (Mal. 3:2, 3; Is. 4:4; Lc. 3:16; Ez. 36: 25-27; Jn. 7:38, 39; Tit. 3:4-6; He. 6:7; Is.44:3; Sal. 72:6).

COMO EL ESPIRITU SANTO PROCEDE

El Espíritu procede del Padre y del Hijo (Jn. 15:26). Así como él esta personalmente relacionado al Padre y al Hijo desde la eternidad, así él procede eternalmente del Padre y del Hijo. Y él lo hace libremente y voluntariamente para hacer su obra señalada.

Se dice de él de ‘venir’ (Jn. 15:26; 16:7, 8; 1Cr. 12:18; Hch. 19:6). Debemos orar a él para que venga a nosotros. También se dice de ‘caer en los hombres’ (Hch. 10: 44; 11:15), de reposar en las personas a las quienes él es enviado (Isa. 11:2; Juan 1:32, 33; Nm. 11:25, 26; 2R. 2:15; 1P. 4:14). Él se goza en su obra en la cual reposa (Zof. 3:17); y esta donde él reposa (Jn. 14:16).

El Espíritu también es dicho de apartarse de algunas personas (1S. 6:14; 2P. 2:21; He. 6:4-6; 10:26-30). Pero de las que están en el pacto de gracia él nunca se apartará (Is. 59:21; Jer. 31:33; 32:39, 40; Ez. 11:19, 20).

A veces es afirmado que el Espíritu Santo puede ser dividido. Esos que dicen esto apuntan a Hebreos 2:4 donde el termino para 'dones' del Espíritu es 'distribuciones, particiones' en el Griego. Pero aquí lo que significa es de que el Espíritu Santo dió varios dones a los primeros predicadores del evangelio para que su doctrina se viera confirmada por Dios de acuerdo a la promesa de Cristo (Jn. 15:26, 27). Estas 'señales' eran obras milagrosas para probar, que Dios estaba obrando con ellos en poder y 'maravillas' eran obras mas allá del poder de la naturaleza. Eran hechas para llenar a los hombres con temor y un sentir de la presencia de Dios. 'Obras poderosas' incluyen abrir ojos ciegos y levantar a los muertos. Estos son 'dones del Espíritu Santo'. Todo esto y otras obras de naturaleza similar eran causadas por el Espíritu Santo (1Co. 12:7-11).

4: Las Obras Preparatorias Especiales del Espíritu Santo en el Antiguo Testamento

Las obras del Espíritu Santo en el Antiguo Testamento o eran extraordinarias, excediendo todas las habilidades naturales del hombre para lograr, o ordinarias, siendo esas obras que él hizo para capacitar al hombre a hacer el máximo de sus habilidades naturales.

Sus obras extraordinarias se vieron en la profecía, en ambas, en el escribir de las Escrituras y en milagros.

Sus obras ordinarias fueron vistas en las habilidades políticas que el dió a los que gobernaban, y la fuerza y valentía que el dió para respaldar asuntos morales. En cosas naturales él frecuentemente dió grande fuerza espiritual. Intelectualmente, él capacitó al hombre, para predicar la Palabra de Dios y construir el templo (e.g., Bezaleel y Aholiab).

PROFECÍA

La obra de profecía del Espíritu Santo (Is.33:17; Jn. 8:56; Dt.3:24, 25; 1P. 1:9-12) era para dar testimonio a la verdad de Dios en la primera promesa concerniente a la venida de la bendita simiente (Gn.3:15; Ro.15:8). En los tiempos del Antiguo Testamento la profecía continuó hasta terminar el canon de la Escritura del Antiguo Testamento. Después fue revivida en Juan el Bautista (Lc. 1:70). Este don de profecía fue siempre la obra directa del Espíritu Santo (2P. 1:20, 21; 2Ti. 3:16; Mi. 3:8).

La profecía hizo dos cosas. Hablo de cosas venideras y declaró la mente de Dios (Ex. 7:1; Job 33:23; Ro. 12:6; 1Co. 14:31, 32; 1 Cr.25:10).

La profecía dependía de la inspiración de Dios: ‘Toda Escritura es alentada-por-Dios’ (2 Ti.3:16). Esto concuerda con el nombre del Espíritu Santo quien es el santo aliento de Dios (véase también Juan 20:22).

La inspiración expresa la mansedumbre, ternura y paz del Espíritu Santo. Pero en ocasiones sus inspiraciones trajeron grandes problemas y temor a los profetas. Esto era por las terribles cosas que él les enseñaba en las visiones y las grandiosas y espantosas cosas que él reveló. A veces eran terribles y destructivas (Dn. 7:15, 28; 8:27; Hab. 3:16; Is. 21:2-4).

Los que eran inspirados de esta manera eran ‘movidos’ por el Espíritu Santo (2 P. 1:21). Sus facultades intelectuales eran preparadas para recibir revelaciones y él aun controló sus órganos del cuerpo por los cuales ellos dieron las revelaciones que recibieron a otros. ‘Hombres santos de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo’ (2 P.1:21; Sal. 45:1; Lc. 1:70; Hch. 1:16; 1Cr.28:12, 19).

REVELACIONES

Había muchas diferentes maneras por las cuales el Espíritu Santo comunicó sus revelaciones a los hombres escogidos. Él usó voces, sueños, y visiones. Él de hecho hablo con ellos (Ex. 33:11; Nm. 12:8; 1R. 19:12-18). Él imprimió sus revelaciones en sus imaginaciones por medio de sueños (Hch. 2:17; Gn. 15:12-16). José, Faraon y Nabucodonozor todos tuvieron revelaciones por sueños. Dios también presentó retratos a la mente en visiones (Is 1:1; 6:1-4; Jer. 1:11-16; Ez. 1). Las visiones eran de dos clases, algunas podían ser vistas con los ojos físicos (Gn. 18:1, 2; Ex.3:2; 19; Jos. 5:13, 14; Jer. 1:11, 13; 24:1-3); otras se podían ver solamente con los ojos espirituales de la mente (Hch. 10:10; 1 R. 22:19-22; Is. 6; Ez.1).

Para poder reconocer las visiones como revelaciones divinas, dos cosas eran requeridas. Primero que la mente de los profetas fueran preparadas por el Espíritu Santo para recibir estas visiones. Esto aseguraba a los profetas que las visiones eran verdaderamente de Dios. La segunda cosa era que el Espíritu Santo les capacitaba para que fielmente se recordaran de lo que habían visto e infaliblemente declararan la visión a otros. El templo de Ezequiel es un ejemplo (Ez. 41-46).

A veces los profetas tenían que profetizar por medio de acciones simbólicas (Is. 20:1-3; Jer, 13:1-5; Ez. 4:1-3; 12:3, 4; Os. 1:2) y aun a veces eran llevados de un lugar a otro (Ez. 8:3; 11:24).

Objeción. Pedro nos dice que ‘hombres santos de Dios hablaron siendo movidos por el Espíritu Santo (2P. 1:21). ¿Pero no dió el Espíritu Santo inspiraciones santas y el don de profecía a hombres impíos y no santificados, tal como Balaam? (Nm. 31:16; 24:4. véase también 1S. 16:14; 19:23; 1R. 13:11-29).

Respuesta. Pero la afirmación de Pedro que ‘hombres santos de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo’ parece referirse solo a los escritores de las Escrituras. Es posible que Pedro entienda no una verdadera santidad inherente, sino solamente una separación y dedicación a Dios por medio de un oficio especial. El don de profecía no era concedido para que fuera en sí mismo una gracia santificadora produciendo frutos de santidad. Así que no hay inconsistencia en la verdad de que Dios concediese inspiración directa a algunos que realmente no estaban santificados (Juan 11:51).

La dificultad sobre Balaam, quien era un adivino y un profeta del diablo, es importante. Algunos argumentan que Balaam era un profeta solo de Dios. Se dio a sí mismo a la astrología, pero sus profecías eran de Dios, aunque no tuvieron influencia en su voluntad y deseos los cuales siguieron corruptos (Nm. 24:1; Jos. 13:22). Es más probable de todas maneras que el Espíritu Santo invalidó el poder del diablo y forzó a Balaam contra sus intenciones para profetizar solamente bien a Israel (véase Hch. 16:16, 17).

El caso del Rey Saúl es claro. El Espíritu del Señor quien partió de él era el Espíritu de sabiduría y valentía, requerido para hacerlo apto para reinar y gobernar. Los dones del Espíritu Santo fueron retirados de él y el espíritu malo que vino a él empezó a perturbarlo.

Después estaba el profeta viejo en Betel (1 R. 13:11-32). Aunque este profeta pareció ser malo, sin embargo era uno a quien Dios a veces uso para revelar su mente a los hijos de Israel. Tampoco era probable que él estuviera bajo ilusiones satánicas, como fueron las profetas de Baal, porque él incuestionablemente fue llamado un profeta y la Palabra de Dios verdaderamente vino a él (vv. 20-22).

Inspiración del Antiguo Testamento

El escribir de las Escrituras fue otra obra del Espíritu Santo la cual comenzó bajo el Antiguo Testamento. Esta es una clase de profecía distinta (2Ti. 3:16; 1Cr. 28:19). La inspiración de las mentes de estos profetas con el entendimiento y comprensión de las cosas reveladas era esencial. También era necesario que las palabras fueran sugeridas a ellos para que ellos infaliblemente declararan lo que se le había revelado. Sus manos también necesitaron ser guiadas cuando escribían las palabras sugeridas a ellos, e.g., Baruch (Jer. 36:4, 18). Estas cosas juntas hicieron a la Escritura infalible.

Milagros

Las obras extraordinarias del Espíritu Santo también capacitaron a los profetas para hacer milagros. El Espíritu Santo es el único autor de obras milagrosas. Este don no fue dado a los profetas de tal manera que pudieran hacer milagros cuando y donde ellos quisieran. Mejor dicho, el Espíritu Santo infaliblemente los dirigió por palabra y acción para hacer los milagros. Les dió autoridad de antemano para hacer el milagro (Jos. 10:12 y especialmente nótese v. 14).

Pero el Espíritu no estaba limitado a hacer cosas extraordinarias y sorprendentes. Él estaba presente en el tiempo del Antiguo Testamento al dar gobierno y reglamento civil (Nm. 11:16, 17, 25); virtudes morales (Jue. 6:12, 34; 11:1, 29); fuerza física (Jue. 14:6; 15:14) y habilidades intelectuales (Ex. 31:2, 3).

La habilidad de predicar la Palabra de Dios a otros también fue la obra del Espíritu Santo, eg., Noe (2P. 2:5; Gn. 6:3; 1P. 3:19, 20).

5: La Obra del Espíritu Santo en la Nueva Creación

El gran privilegio profetizado de la era del evangelio, el cual haría a la iglesia del Nuevo Testamento más gloriosa que la del Antiguo, fue el maravilloso derramamiento del prometido Espíritu Santo a todos los creyentes. Esto era el buen vino el cual era reservado para lo ultimo (Is. 35:7; 44:3; Jl. 2:28; Ez. 11:19; 36: 27).

El ministerio del evangelio por el cual somos nacidos de nuevo es llamado el ministerio del Espíritu (2 Co. 3:8). La promesa del Espíritu Santo bajo el evangelio es para todos los creyentes y no solo para algunos especiales (Ro. 8:9; Jn. 14:16; Mt. 28:20). Se nos enseña a orar para que Dios nos dé su Santo Espíritu, para que con su ayuda podamos vivir para Dios en la obediencia santa que él requiere (Lc. 11:9-13; Mt. 7:11; Ef. 1:17; 3:16; Col. 2:2; Ro. 8:26). El Espíritu Santo fue prometido solemnemente por Jesucristo cuando estaba a punto de dejar el mundo (Juan 14:15-17; He. 9:15-17; 2 Co. 1:22; Juan 14:27; 16:13). Por lo tanto el Espíritu Santo es prometido y dado como la única causa de todo lo bueno que en este mundo podemos participar.

No hay ningún bien que recibamos de Dios si no es traído a nosotros y forjado en nosotros por el Espíritu Santo. Ni hay en nosotros algún bien hacia Dios, alguna fe, amor, obediencia a su voluntad, sino lo que somos capacitados para hacer por el Espíritu Santo. Porque en nosotros, que es en nuestra carne, no hay nada bueno, como Pablo nos dice.

LA NUEVA CREACIÓN

La gran obra que Dios planeó era la restauración de todas las cosas por Jesucristo (He. 1:1-3). Dios deseó revelar su gloria, y la manera principal de hacerlo debería ser la revelación más perfecta de sí mismo y sus obras que el mundo jamás hubiera visto. Esta revelación perfecta nos fue dada en y por el Hijo, el Señor Jesucristo, cuando tomo nuestra naturaleza en sí mismo para que Dios benignamente se reconciliara con nosotros.

Jesucristo es 'la imagen del Dios invisible' (Col. 1:15). Él es el 'resplandor de su gloria y la expresa imagen de su persona' (He.1:3). En la cara de Jesucristo resplandece la gloria de Dios (2Co. 4:6). Al planear, establecer y llevar a cabo esta gran obra, es por lo tanto, la revelación más gloriosa que Dios a hecho de sí mismo a ambos, los ángeles y

los hombres (Ef. 3:8-10; 1P. 1:10-12). Esto lo hizo para que nosotros pudiéramos conocerlo, amarlo, confiar en él, honrarlo y obedecerlo en todas las cosas como Dios, y de acuerdo a su voluntad.

En esta nueva creación, en particular, Dios se ha revelado a sí mismo especialmente como tres Personas en un Dios. El propósito supremo y planeamiento de todo es atribuido al Padre. Su voluntad, sabiduría, amor, gracia, autoridad, propósito y diseño están constantemente reveladas como la fundación de toda la obra. (Is. 42:1-4; Sal. 40:6-8; Juan 3:16; Is. 53:10-12; Ef. 1:4-12). Muchos también eran los hechos del Padre para el Hijo, en enviarlo, darlo y nombrándolo para su obra. El Padre preparó un cuerpo para él, y lo consoló y apoyo en su obra. También lo premió dándole una gente para que fuera su gente.

El Hijo se humilló a sí mismo y accedió a hacer todo lo que el Padre planeó para que él hiciera (Fil. 2: 5-8). Por esto el Hijo debe ser honrado así como honramos al Padre.

La obra del Espíritu Santo es de traer a terminación lo que el Padre había planeado hacer por medio de su Hijo. Por eso, Dios es revelado a nosotros, y somos instruidos a confiar en él.

6: El Espíritu Santo Y La Naturaleza Humana de Cristo

Antes de que empecemos a discutir la obra del Espíritu Santo en la naturaleza humana de Cristo, debemos afrontar una pregunta difícil, ‘¿Que necesidad hay para que el Espíritu Santo haga alguna cosa, ya sea en creando y preparando esa naturaleza humana, o en juntándola con la divina, ya que el Hijo de Dios es muy capaz de hacer toda la obra él mismo?’ Este problema es planteado por los que niegan las tres Personas de la Trinidad y buscan amarrar en nudos a los que creen esta verdad.

La obra especial del Hijo de Dios en la naturaleza humana era de unirla a si mismo al hacerse hombre. Ni el Padre ni el Espíritu Santo hicieron esto. Solo el Hijo se hizo hombre y vivió como hombre en la tierra (Juan 1:14; Ro. 1:3; Ga. 4:4; Fil. 2:6, 7; He. 2:14, 16).

UNA PERSONA, DOS NATURALEZAS

El resultado del Hijo de Dios de tomar naturaleza humana fué que ambas la naturaleza humana y la naturaleza divina fueron unidas juntas en su sola Persona, para nunca ser separadas, ni siquiera cuando el alma humana de Cristo fue separada de su cuerpo humano en la tumba. La unión del alma y cuerpo en Cristo no era tal que la separación del alma del cuerpo pudiera destruir su personalidad. En otras palabras él no era dos

personas en una naturaleza. Él era una Persona en dos naturalezas, una humana la otra divina.

Esta unión de las dos naturalezas en la Persona del Hijo de Dios no significa que la naturaleza humana fue dotada con atributos divinos. La naturaleza humana no se hizo omnisciente y todo-poderosa; ni tampoco la naturaleza divina fue dotada con características humanas. La naturaleza divina permaneció perfectamente divina y nunca de ninguna manera se hizo humana, y la naturaleza humana permaneció perfectamente humana y nunca de ninguna manera se hizo divina. Así que cuando Cristo en la cruz grito, “¿Dios mío, Dios mío porque me has desamparado?”, no debemos pensar que su naturaleza divina se separó y abandonó su naturaleza humana, sino que solo en ese momento, su naturaleza divina quitó toda luz y consuelo de su naturaleza humana. Así Cristo, como verdadero hombre, realmente sufrió por los pecados de su pueblo.

Otro ejemplo se ve en el Evangelio de Marcos (Marcos 13:32). ‘Pero de esa hora y día nadie lo sabe, ni los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino solo el Padre.’ No debemos pensar que el Hijo de Dios como es Dios no sabía la hora y el día, sino solo que su naturaleza humana no lo sabía, porque su naturaleza divina no había deseado revelarlo a su naturaleza humana.

Después de su ascensión, Dios le dio la revelación que le hizo al apóstol Juan (Ap. 1:1). Esta revelación fue dada a él como hombre y no como Hijo de Dios.

La naturaleza humana de Cristo, entonces, no está de ninguna manera dotada con atributos divinos, y la naturaleza divina era libre ya sea de revelar verdades divinas y dar consuelo divino y fuerza a la naturaleza humana o retenerlas.

LA OBRA DISTINCTIVA DE EL ESPIRITU

El Espíritu Santo es la Persona de la Trinidad que lleva a cabo todo lo que Dios planeó. Él es el Espíritu del Hijo como también es el Espíritu del Padre. Él procede del Hijo y del Padre. Y así todo lo que el Hijo hace él lo hace por el Espíritu, incluyendo todo lo que él hace en su naturaleza humana. Pablo nos dice que el Espíritu Santo es el Espíritu del Hijo (Ga. 4:6).

Como hemos visto, las Personas de la Trinidad no pueden ser separadas la una de la otra. Lo que una Persona hace, los tres lo hacen. Así que lo que el Espíritu Santo hace, también el Padre y el Hijo lo hace. Una persona de la Trinidad no puede hacer ninguna cosa como separado de los otras dos Personas. Por eso en cada obra divina debemos reconocer la autoridad del Padre, el amor y sabiduría del Hijo, y el poder de Espíritu Santo, no como hechos separados de cada Persona sino de toda la Divinidad actuando por medio de esa Persona particular escogida para hacer esa obra específica. Pero habiendo dicho esto, debemos enfatizar que hay actos distintos de cada Persona los cuales son actos de una Persona de la Divinidad y no de las otras dos. Por ejemplo, solo el Hijo de

Dios se hizo hombre. El Padre y el Espíritu no. Así también hay obras especiales del Espíritu Santo hacia la cabeza de la iglesia, nuestro Señor Jesucristo, como lo mostraremos.

La primera obra especial del Espíritu Santo en la naturaleza humana de Cristo es la concepción milagrosa de su cuerpo en el vientre de la Virgen Maria (He. 10:5; 2:14, 16; Mt.1:18-20; Lc.1:35).

El Espíritu Santo hizo este milagro ‘viniendo sobre ella’. Expresiones similares de esta manera de obrar son dadas en la Biblia, e.g., Hechos 1:8 donde se describe dando poder a los apóstoles cuando viene sobre ellos. Al venir sobre ellos, los capacitó para hacer cosas poderosas, las cuales no los había capacitado antes para hacerlas.

Esta concepción milagrosa fue un acto de creación hecho por el Espíritu Santo. No era como el primer acto de creación donde todas las cosas fueron creadas de la nada, sino más bien el tomar de la substancia de la Virgen Maria y creando de esa substancia el cuerpo humano de Cristo.

Esto era necesario por varias razones. Primero, porque la promesa hecha a Abraham y a David que el Mesías prometido sería de su simiente y vendría de sus lomos debía ser mantenida.

Era necesario también llevar a cabo la primera promesa la cual era que la simiente de la mujer heriría la cabeza de la serpiente (Gn. 3:15). El Verbo se haría carne (Juan1:14). Tenía que ser hecho de mujer (Ga. 4:4). Debía ser hecho de la simiente de David de acuerdo a la carne (Ro.1:3). Debía tomar sobre él la simiente de Abraham (He. 2:16).

Era necesario confirmar que Dios en verdad había mantenido su promesa, así que la genealogía humana de Jesús es mencionada por dos de los Evangelistas.

Era necesario porque él tenía que ser hecho como nosotros en todo, excepto el pecado; solo así nuestros pecados podrían ser imputados a él (He. 2:14; Ro. 8:3, 4).

Esto, entonces, era la obra del Espíritu Santo en referencia a la naturaleza humana de Cristo en el vientre de su madre. Por su poder todo poderoso él crió de la substancia de ella el cuerpo humano de Cristo.

De esta grande verdad debemos notar lo siguiente. El Señor Jesucristo no es el Hijo del Espíritu Santo. La relación de la naturaleza humana de Cristo y el Espíritu Santo es la de criatura y creador. Cristo es llamado el Hijo de Dios con respecto solo al Padre, porque él solo es eternamente engendrado por el Padre. El ser hijo tiene que ver con él cómo él es una Persona divina y no al respecto con su naturaleza humana. Pero el Hijo de Dios tomo naturaleza humana; su Persona entera así como es verdaderamente Dios y verdaderamente hombre es el Hijo de Dios.

Esta obra del Espíritu Santo al crear la naturaleza humana de Cristo se diferencia de la obra del Hijo al tomar naturaleza humana en unión personal con su Persona divina. El Hijo no creó su naturaleza humana sino solo la unió a su naturaleza divina. Así que solo el Hijo fue encarnado, no el Espíritu.

La concepción milagrosa de la naturaleza humana de Cristo en el vientre de la Virgen Maria fue una obra de creación hecha instantáneamente, aunque esa naturaleza creció en el vientre después. Era necesario también que nada de la naturaleza humana existiera antes de la unión con el Hijo de Dios, porque en el mismo momento de su creación y formación el ‘Verbo fue hecho carne’, ‘hecho de mujer’ (Juan 1:14; Ga. 4:4).

¿Como es que la misma obra de concepción es atribuida a ambos al Espíritu Santo y a la virgen Maria? Fue expresivamente profetizado, ‘La virgen concebirá’ (Is. 7:14). La misma palabra es usada para describir la concepción de cualquier otra mujer (Gn 4:1). Sin embargo en el credo de los Apóstoles dice que él fue ‘concebido por el Espíritu Santo’, no obstante solo nacido de la Virgen Maria.

Para entender esto debemos entender que el Espíritu Santo fué el que creó la naturaleza humana de Cristo por medio de su poder todo poderoso y por eso esta bien dicho de ser la Persona que causó la concepción de Cristo en el vientre. La Virgen Maria fue pasiva en esta obra, porque el cuerpo de Cristo fue creado de su substancia.

Esta concepción de Cristo fue después de que fue desposada a José. Hay varias razones para esto. Por su matrimonio a José, su intachable pureza e inocencia fueron protegidas. Dios proveyó a José para que la cuidara a ella y al niño en su infancia. Por medio de este matrimonio, Cristo fue protegido de cualquier calumnia que pudiera surgir, sugiriendo que él era ilegítimo. Después, que demostró quien era por medio de sus obras poderosas, su concepción milagrosa podía ser testificada por su madre. Antes de eso, no le hubieran creído. José, siendo su supuesto padre, lo proveyó con una genealogía que probo que era descendiente de David. De este modo se podía ver que la promesa de Dios a Abraham y a David fué mantenida.

Mateo da su genealogía por medio de José, mientras Lucas da su genealogía por medio de Maria, no nombrándola, pero empezando con su padre, Eli (Lc. 3:23).

De esta creación milagrosa del cuerpo de Cristo por el poder del Espíritu Santo, un lugar adecuado para morar fue preparado para su alma Santa.

Finalmente, aunque fue hecho a semejanza de carne de pecado, con todas las debilidades y dolencias que el pecado a traído a nuestro cuerpo, sin embargo el mismo era sin pecado. De este modo el experimentó problemas y dolor; sufrimientos y penas. El sufrió hambre, sed y cansancio, pero no enfermedades o epidemias. De estas el estuvo absolutamente libre.

LA OBRA DEL ESPIRITU EN EL MINISTERIO DE CRISTO

En el momento que la naturaleza humana de Cristo fue criada en el vientre de la Virgen por el Espíritu Santo, fue inmediatamente santificado, y lleno de gracia de acuerdo a su capacidad de recibir.

No siendo engendrado por generación natural, Cristo no heredo una naturaleza pecadora. Su naturaleza humana fue llena de toda gracia por el Espíritu Santo (Is. 11:1-3; He. 7:26; Lucas 1:35; Juan 3:34).

La segunda obra especial del Espíritu Santo en la naturaleza humana de Cristo fue de equiparlo para todo lo que tenía que hacer

Cristo como hombre fue, usando su raciocinio y otros poderes de su alma, capaz de vivir una vida de gracia como uno 'hecho de mujer, hecho súbdito a la ley'. Su naturaleza divina no remplazo su alma humana. Siendo un hombre perfecto, fue movido a hacer lo que hizo por su propia alma racional, igual como cualquier otro hombre (Lc. 2:40). Como cualquier niño humano normal él creció físicamente (Lc. 2:52). Así como creció, él vino a hacer espiritualmente fuerte. Él creció en sabiduría y estatura y a favor con Dios y el hombre. Todo esto esta descrito en Isaías (11:1-3). Y este crecimiento en gracia y sabiduría fue la obra del Espíritu Santo.

La naturaleza humana de Cristo era capaz de aprender cosas nuevas que no había conocido antes (Mr. 13:32; He. 5:8). Esto también fue la obra del Espíritu Santo.

Para capacitar a Cristo a llevar acabo perfectamente los deberes que tenia que hacer en la tierra, el Espíritu Santo lo ungió de un modo especial con dones y poderes extraordinarios (Is. 61:1; Lc. 4:18, 19).

Su poder soberano lo ejercitó poco. Es visto cuando nombró y envió a sus discípulos.

Sus deberes sacerdotales fueron enfocados en su muerte cuando él 'se entrego a si mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios' (Ef. 5:2).

Sus deberes proféticos se llevaron a cabo en todo el curso de su vida y ministerio (Ro. 15:8; Dt. 18:8, 19; Hch, 3:23; He. 2:3; Jn. 8:24; Is. 11:2, 3).

El haber sido dotado con dones extraordinarios del Espíritu para llevar acabo su obra profética fué revelado en su bautismo donde él recibió la promesa visible de su admisión en el oficio de profeta de la iglesia. Esto también testifico a otros que él verdaderamente fue llamado y nombrado a su oficio por Dios (Mt. 3:16, 17).

El entonces entró a su ministerio público, y se dio a sí mismo de todo corazón a su obra. Antes, solamente ocasionalmente revelaba la presencia de Dios con él (Lc. 2:46, 47) Antes, solo 'creció fuerte en espíritu' (Lc. 2:40). En su bautismo él estaba 'lleno del Espíritu Santo' (Lc. 4:1).

Desde entonces siempre estaba ‘lleno del Espíritu Santo’ porque Dios no le dió el Espíritu por medida (Juan 3:34), y Cristo también ahora puede decir, ‘El Señor y su Espíritu me han enviado’ (Is. 48:16). Fue enviado con el respaldo de la autoridad total de su Padre y lleno de todo el poder y dones del Espíritu.

Fue por el Espíritu Santo que Cristo pudo hacer todas las obras milagrosas que confirmaron y probaron su ministerio (Hch. 2:22; Lc. 11:20; Mt. 12: 28, 31, 32 ; Mr. 6:5; 9:39; Lc. 4:36; 5:17; 6:19; 8:46;9:1). En todo esto el Espíritu Santo testifico que Jesús era el Hijo de Dios (Juan 10:37, 38).

El espíritu Santo guió, consoló, sostuvo y fortaleció a Cristo en su ministerio, tentaciones, obediencia y sufrimientos

Después de su bautismo, Cristo fue llevado por el Espíritu Santo al desierto para ser tentado (Lucas 4:1). El Espíritu Santo lo guió para empezar su contienda con y la conquista del diablo. Nosotros también debemos esperar la misma guianza si predicamos el evangelio (Mr 1:12; Mt.4:1; Lc. 4:1). Fue por el Espíritu Santo que Cristo triunfó sobre las tentaciones del diablo. Él gana una victoria perfecta sobre el enemigo quien trató de apartarlo de su obra. Cristo después regreso en el poder del Espíritu del lugar de la tentación para predicar el evangelio (Lc. 4:14, 18, 22). El Espíritu Santo después de esto guió, fortaleció y consoló a Cristo en toda su vida, en todas sus tentaciones, problemas y sufrimientos desde el primero hasta el ultimo (Is. 42:4, 6; 49:5-8; 50:7, 8). Todo lo que la naturaleza humana de Cristo recibió gratuitamente de la naturaleza divina también fue por el Espíritu Santo.

Cristo se ofreció a si mismo a Dios por medio del Espíritu Santo (Heb 9:14)

Cristo santifico, consagro o se dedico a si mismo a Dios para ser una ofrenda por el pecado (Juan 17:19). Cristo fue solo de su propia voluntad al jardín del Getsemani. Esto simbolizó la traída del cordero a la puerta del tabernáculo para ser sacrificado. En el jardín se dio a si mismo para ser llevado como cordero al matadero. Allí también se ofreció a si mismo a Dios con fuertes clamores y lagrimas (He. 5:7).

El Espíritu Santo fortaleció y apoyo a Cristo durante toda su humillación y sufrimiento hasta el momento que dió su espíritu en la muerte. No es solamente la muerte de Cristo, considerada simplemente como un castigo, que libera del pecado. Es su obediencia para muerte. Esto fue su verdadero sacrificio de si mismo por medio del Espíritu eterno de Dios. Esto es lo que hizo su muerte y sufrimiento efectivo para la salvación de los pecadores.

Durante toda su vida las gracias mayores del Espíritu fueron reveladas en Cristo Jesús

La primera gracia mayor que observamos fue amor a la humanidad y compasión para los pecadores (Ga. 2:20; He. 5:2; Jn. 3:16; Tito 3:4-6; He. 12:2. compare Gn. 29:20). Pero lo que lo movió aun más fué su celo indecible y grandioso amor para la gloria de Dios. Esto fué mostrado de dos maneras. Primero, por la revelación de la justicia, santidad y

severidad de Dios contra el pecado (Sal. 40:6-8; He.10:5-7; Ro. 3:25). Después fue también mostrado por sus obras de gracia y amor (Ro. 3: 24-26).

Una gracia mas mayor fue su sumisión santa y obediencia a la voluntad de Dios (Fil.2:8; He. 5:7, 8; Ga. 4:4)

Sin embargo otra gracia mayor fue su fe y confianza en Dios, por la cual, con fervientes oraciones, lloros y suplicas, le recordó a Dios de sus promesas, ambas concernientes a si mismo y al pacto el cual ahora estaba sellando con su sangre (He. 2:13). En esto fue ayudado grandemente por el Espíritu Santo para ganar a través de todas las terribles agresiones del enemigo. Así durante toda su terrible aflicción, su fe y confianza en Dios fueron victoriosas, aunque fue llevado a clamar, ‘¿Dios mío, Dios mío porque me has desamparado?’ (Sal. 22:1, 9-11). Sus enemigos le reprocharon (Sal. 22:8; Mt. 27:43). Pero su fe permaneció firme como Isaías lo profetizó (50:7-9).

La muerte y sufrimientos de Cristo eran para sellar el pacto de Dios. La sangre que él derramo era la ‘Sangre del pacto’. Él la derramo para que todas las bendiciones del pacto pudieran ser dadas a los escogidos de Dios (Ga.3:13, 14). En el ofrecimiento de si mismo tres cosas se deben de notar.

La primera es que Cristo se ofreció libremente a sí mismo a Dios para expiar por el pecado. Él libremente se sometió a la humillación y crueldad que los hombres le infligieron, de ser condenado injustamente y después ser tratado como un criminal condenado de acuerdo a la sentencia de la ley. Estas fueron las cosas, las cuales saliendo de la dignidad de su Persona, hicieron a su muerte y a sus sufrimientos efectivos. Sin esto su muerte y derramamiento de sangre no hubieran formado una ofrenda satisfactoria por el pecado.

Fue la obediencia de Cristo que hizo su ofrenda de sí mismo un ‘sacrificio para olor suave’ (Ef. 5:2). Dios fué absolutamente deleitado con estos altos y gloriosos actos de gracia y obediencia en Cristo Jesús, que él olió un ‘aroma de reposo’ hacia los cuales por quien Cristo se ofreció a sí mismo. Ahora Dios ya no estará enojado con ellos. No los maldecirá más. El estaba mas agradado con la obediencia de Cristo que desagradado con el pecado y desobediencia de Adán (Ro. 5:17-21). Así que no fueron los sufrimientos externos de Cristo o el sufrir la pena de la ley que constituyó la expiación. Fué su obediencia. Fué la ofrenda de si mismo voluntaria de Cristo en obediencia a la voluntad de Dios que fué la razón suprema que trajo a Dios para reconciliarse con nosotros.

Todas estas cosas Cristo las hizo en su naturaleza humana porque el Espíritu Santo lo capacitó para hacerlas. Entonces Cristo es dicho de ‘ofrecerse a si mismo a Dios por medio del Espíritu Eterno’. Y es por el mismo Espíritu Santo que fué consagrado y hecho perfecto como nuestro sumo sacerdote.

Hubo una obra especial del Espíritu Santo hacia la naturaleza humana de Cristo cuando estaba tendida muerta en la tumba

Debemos recordar que aun en la muerte su naturaleza divina y humana no fueron separadas la una de la otra. Sin embargo en el mismo hecho de morir, él encomendó su alma o espíritu al cuidado y custodia de su Padre (Sal. 131:5; Lc. 23:46). El Padre, en el pacto eterno, prometió cuidar de Cristo y guardarlo aun en la muerte, y de enseñarle otra vez el camino de vida (Sal. 16:11). Así pues, no obstante su unión con su Persona, su alma humana, en su estado separado, estaba especialmente bajo el cuidado del Padre hasta que la hora llegó cuando el Padre le enseñó otra vez el camino de vida. Su cuerpo santo en la tumba no estaba de menos bajo el cuidado especial del Espíritu Santo. Así que esa grande promesa fue cumplida, que su alma no fue dejada en el infierno, ni que el Santo de Dios viera corrupción (Sal. 16:10; Hch. 2:31).

Hubo una obra especial del Espíritu Santo en su resurrección.

Primero, hubo la obra del Padre que soltó a Cristo de la muerte cuando la ley fué completamente satisfecha y la justicia hecha (Hch. 2:24). Segundo hubo la obra del Hijo que se levantó a sí mismo de los muertos (Juan 10:17, 18).

Aunque los hombres perversamente tomaron su vida, no tuvieron autoridad o habilidad de hacerlo sin su consentimiento. Nunca hubieran podido matarlo en contra de su voluntad.

El Padre lo levanto de la muerte porque la justicia fue satisfecha. Pero Cristo también se levanto a sí mismo de los muertos y tomo su vida otra vez por un acto de amor, cuidado y poder fluyendo de su naturaleza divina a su naturaleza humana.

Tercero, la obra especial de reunir su alma tan santa y cuerpo fué dejada al Espíritu Santo (1P. 3:18). Y es por este mismo Espíritu Santo que nosotros también seremos levantados de los muertos (Ro. 8:11). Pablo también recalca que el poder que levanto a Cristo de los muertos es el mismo poder que nos trajo al nuevo nacimiento en Cristo (Ef. 1:17-20).

El Espíritu glorifico la naturaleza humana de Cristo.

Fue el Espíritu Santo quien hizo a la naturaleza humana de Cristo apta para ser sentada a la mano derecha de Dios. Y la naturaleza humana glorificada de Cristo es el patrón del cual los cuerpos de todos los creyentes serán conformados. Él que hizo la naturaleza de Cristo santa ahora la hace gloriosa (1Juan 3:2; Fil 3:21).

Otra obra importante del Espíritu Santo fue la de ser testigo a la Persona de Cristo de que realmente era el Hijo de Dios, el verdadero Mesías (Juan 15:26; Hch. 5:32; He.2:4).

La razón de por qué Dios dió a los apóstoles la habilidad de hacer milagros por el poder del Espíritu Santo, fué para ser testigos para Cristo de que realmente era el Hijo de Dios. Dios lo reconoció y lo exalto como tal.

Cristo también predijo que muchos preguntarían en donde le podrían encontrar, y que grandes mentiras se dirían de él y de donde él se encontraría (Mt. 24:26).

Algunos esperarían encontrarlo en lugares desiertos. Muchos monjes pensaron y enseñaron que Cristo se podía encontrar solamente en lugares desiertos y solitarios.

Otros enseñarían que Cristo se encontraría en cámaras secretas. ‘Si alguien les dice está en cámaras secretas, no lo crean’. Hay una profunda y misteriosa lección en estas palabras. La palabra Griega para ‘cámaras’ significa los lugares secretos de las casas donde el pan, vino y otras comidas se guardaban. ¿Porque entonces pretender encontrar a Cristo en semejantes lugares? Porque esto es exactamente lo que después fue enseñado en la iglesia de Roma. Cristo debe de estar en los lugares secretos donde sus hostias y vino eran depositados después de ser cambiadas en el cuerpo y sangre literal de Cristo, lo cual es un figmento de la imaginación papal. Concerniendo a esto, Cristo dice, ‘No les crean.’ No dejen que los hagan creer semejante tontería.

Así aprendemos como debemos de conocer a Cristo. Debemos conocerle para que le podamos amar con un amor puro como hombre. Para hacer esto debemos considerar su naturaleza humana hecha hermosa por la obra del Espíritu Santo. Debemos considerar la unión bendita de sus dos naturalezas en la misma Persona y cuan gloriosa cosa es de que Dios tomó en sí nuestra naturaleza.

Después debemos considerar las glorias no creadas de la naturaleza divina para que le podamos amar como Dios.

También debemos considerar la perfección y llenura de gracia que moró en su naturaleza humana por medio del Espíritu Santo.

Debemos conocer a Cristo para que nos esforcemos a ser como él. Y solo podemos ser como el cuándo dejamos al Espíritu Santo hacer su obra en nosotros, formándonos a su imagen.

7: La Obra del Espíritu Santo en el Cuerpo Místico de Cristo, Su Iglesia

La obra del Espíritu Santo hacia la iglesia presupone estas cosas:

- (i) El amor, gracia, consejo y propósito eterno del Padre de tener una iglesia, escogida de sobre esta raza humana pecadora.
- (ii) La obra entera de Cristo en redimir pecadores de esta raza humana para que sea su iglesia.

- (iii) La obra del Espíritu Santo en llamar a los pecadores al arrepentimiento y fe en Cristo y su obra de unirlos a Cristo como la cabeza del cuerpo, su iglesia.

En la nueva creación bajo el Nuevo Testamento, es el propósito de Dios que cada Persona de la Trinidad sea revelada a la iglesia en sus obras especiales y distintas.

Después que Cristo terminó su obra de redención, y había vuelto al cielo, la tarea de seguir y completar la obra de salvación fue asumida por el Espíritu Santo.

Antes de su muerte Cristo prometió al Espíritu Santo a sus discípulos (Juan 14:15-17). Después de su resurrección, él les dijo que no intentaran de empezar su obra de atestiguar al mundo hasta que hayan recibido al prometido Espíritu Santo (Hch. 1:4). Después de su ascensión, Cristo recibió al Espíritu Santo de el Padre y lo derramo sobre sus discípulos (Is. 44:3; Jl. 2:28, 29; Hch.2:33).

Es el Espíritu Santo quien reemplaza la ausencia corporal de Cristo y quien trae a cumplimiento todas las promesas hechas a la iglesia.

Cristo está con nosotros por su Espíritu (Mt. 28:19, 20; Hch.3:21; Mt.18:19, 20; 2Co. 6:16; 1Co. 3:16). Cristo aseguró a sus discípulos que su presencia con ellos por medio su Espíritu era mejor que su presencia corporal. Ahora Cristo siempre esta con nosotros dondequiera.

Como el Espíritu Santo representa a Cristo y toma su lugar, por lo tanto hace todo lo que Cristo hizo por sus discípulos (Juan 16:13-15)

El Espíritu Santo no viene a revelar algo nuevo, ni tampoco hace nada que contradiga o se oponga a la doctrina y obras de Cristo. El Espíritu Santo no hace nada que este contrario de lo que se enseña en al Escritura. Cualquier espíritu que contradiga a Cristo y a la Escritura no es de Dios.

La gran obra del Espíritu Santo es de glorificar a Cristo. Él es dado a nosotros para que nosotros también le traigamos gloria a Cristo. Él viene a mostrar la verdad y gracia de Cristo, no a hablar de si mismo (Juan 16:13-15). Él no revela otra verdad, no da otra gracia sino la que esta en, de y por Cristo. Por esta regla podemos probar cada espíritu si es de Dios o no.

‘Todo lo que oyere él hablara’ (Juan 16:13). Lo que el Espíritu Santo oye es el plan completo y propósito del Padre y del Hijo concerniendo a la salvación de la iglesia. ‘Oyendo’ significa el conocimiento infinito del Espíritu Santo del propósito eterno del Padre y del Hijo.

‘Él me glorificará’ (Juan 16:14). Esta es la gran obra del Espíritu Santo hacia la iglesia. Hace a Cristo glorioso en nuestros ojos. Y es dado a nosotros para qué, como gente de Cristo, le traigamos honor a nuestra gloriosa cabeza.

¿Pero como el Espíritu Santo hará esto? ‘Él me glorificara, porque él tomara de lo que es mío y lo declarara a ustedes’ (Juan 16:14). No dice que el Espíritu Santo recibe las cosas de Cristo como si no las hubiera tenido antes, porque ¿que puede él quien es Dios recibir? Solo cuando empieza a dárnoslas, porque son especialmente las cosas de Cristo, que es dicho que las recibe. No podemos dar nada que pertenece a otra persona hasta que primero lo recibamos de esa otra persona. Él las ‘declarara’ a nosotros significa que el Espíritu Santo nos las hará saber. Él nos las revelará tanto a nosotros y en nosotros que las entenderemos y experimentaremos por nosotros mismos.

¿Y cuales son las cosas que nos enseñara? ‘Mis cosas’, dice Cristo. Las cosas de Cristo son su verdad y su gracia (Juan 1:17).

El Espíritu Santo enseñó la verdad de Cristo a sus discípulos por revelación, porque él es el autor de todas las revelaciones divinas. Por inspiración, él capacitó a los apóstoles para recibir, entender y declarar todo el consejo de Dios en Cristo. Y en orden para que ellos pudieran infaliblemente hacer esto, él los guió a toda verdad. Además el Espíritu Santo enseñó la gracia de Cristo a sus discípulos al derramar gracias santificantes y dones extraordinarios en ellos.

El Espíritu sigue mostrando la verdad y gracia de Cristo a los creyentes, aunque no de la misma forma como lo hizo con ellos a los que inspiro, ni tampoco del mismo grado. La verdad de Cristo viene ahora a nosotros por la Palabra escrita y predicada. Y mientras leemos y escuchamos, el Espíritu Santo ilumina nuestras mentes espiritualmente para entender la mente de Dios en lo que leemos y oímos.

El Espíritu nos revela ‘todas las cosas’ que son de Cristo

Jesús dijo, ‘Todas las cosas que mi Padre tiene son mías. Así que os digo que él tomara de lo mío y os lo declarara’ (Juan 16:15). Dos cosas se pueden aprender de estas palabras. La primera es que tanto de las cosas de Cristo deben de ser mostradas a los creyentes. ‘*Todas las cosas que el Padre tiene*’. ‘*Todas las cosas que son mías*’, dice Cristo.

Todas las cosas que el Padre tiene como Dios son también del Hijo. Así que ‘como el Padre tiene vida en si mismo, por lo tanto ha concedido al Hijo tener vida en si mismo’ (Juan 5:26). Y lo mismo se puede decir de todos los otros atributos de Dios, los cuales Cristo tuvo como el Hijo eterno. Pero estas no parecen ser ‘todas las cosas’ mencionadas en este verso. Estas ‘todas las cosas’ se refieren a la gracia y poder espiritual los cuales fueron dados gratuitamente por el Padre al Cristo encarnado (Mt. 11:27; Juan 3:35). Todos los efectos del amor, gracia y voluntad del Padre, lo que sea que se haya propuesto desde la eternidad y lo que sea que fuera necesario de su poder infinito y bondad para traer a sus elegidos a la gloria eterna, fueron dados a Cristo Jesús.

Las cosas que se hallan de declarar a nosotros y otorgar en nosotros, originalmente pertenecen al Padre. Estas cosas –su amor, gracia, sabiduría, consejo y voluntad- son hechas las cosas del Hijo; son dadas al Hijo para llevar acabo su obra de mediación.

Estas cosas del Padre, ahora hechas las cosas del Hijo, son de hecho comunicadas a nosotros por el Espíritu Santo. El Espíritu Santo no nos las da directamente del Padre sino indirectamente, por medio de Cristo. Es por el Hijo solamente que tenemos acceso al Padre. El Hijo es entonces la tesorería de las cosas del Padre. De Cristo la tesorería el Espíritu Santo toma las cosas del Padre y nos las muestra y las obra en nosotros. De esta manera el Espíritu totalmente remplace la presencia corporal de Cristo.

En segundo lugar estas palabras nos muestran como podemos tener comunión con Dios. No podemos ir directamente de nosotros mismos al Padre, ni tampoco el Padre trata directamente con nosotros. Solo nos podemos acercar al Padre por Cristo, porque es solamente por él que tenemos acceso a la presencia del Padre (Juan 14:6; 1P. 1:21). Pero sin la obra del Espíritu Santo, ni siquiera podemos venir al Padre por Cristo. Así como las cosas del Padre son depositadas en Cristo y traídas a nosotros por el Espíritu, así el Espíritu Santo nos enseña como orar y por que orar. Estas oraciones son, como si fueran, depositadas con Cristo, y Cristo las trae al Padre. Así que si menospreciamos y demostramos desprecio al Espíritu Santo en realidad se lo estamos haciendo a la Divinidad en sus acercamientos distintivos a nosotros en amor. Es por eso que el pecado en contra del Espíritu Santo es imperdonable.

El Espíritu Santo es el Espíritu de gracia

Por lo tanto, cualquier gracia que encontramos en nosotros, o cualquier obra de gracia que es hecha en nosotros, siempre debe de ser reconocida como la obra del Espíritu Santo.

Alguna gente habla de la virtud moral como si fuera algo que ellos pudieran producir por su propio esfuerzo; pero todas las virtudes morales son gracias del Espíritu Santo.

Como el Espíritu de gracia, el Espíritu Santo hace dos cosas. Él nos hace saber el libre amor de gracia y favor de Dios hacia nosotros, y él hace su obra de gracia en nosotros y sobre nosotros. Entonces, no seamos engañados a pensar que podemos tener gracias morales independientemente del Espíritu Santo.

Todo lo que el Espíritu Santo hace, los hace de su propia libre voluntad

Él lo hace porque él escoge hacerlo. El buen placer de su voluntad es visto en todas las bondades, gracia, amor y poder que el muestra hacia nosotros. Toda la obra que el Espíritu Santo hace es gobernada por su voluntad soberana la cual nadie puede resistir (Ro. 9:19), y por su sabiduría infinita.

Su voluntad revelada aparentemente puede ser resistida. Cuando el evangelio es predicado y la gente es llamada al arrepentimiento, su voluntad revelada es dada a conocer. Pero puede que su voluntad secreta sea que él no desea traerlos al

arrepentimiento. Él no desea darles el don del arrepentimiento. Así que, al rehusar arrepentirse, ellos resiten su voluntad revelada, pero llevan acabo su voluntad secreta (véase Is. 6:9, 10; Juan 12:40, 41; Hch. 28:26, 27; Ro.11:8).

Es lo mismo con todas sus obras. En algunos él puede iluminarles la mente y traerles convicción de pecado a sus almas, pero no hacer su obra de regeneración en ellos sin la cual no pueden ver el reino de Dios. En otros, él hace que todas sus obras resulten en la salvación total y final de ellos. Y esto es lo que Pablo enseña referente a dones espirituales (véase 1Co.12). El Espíritu da sus dones de acuerdo a su propia voluntad soberana.

Objeción. Pero si la salvación de principio a fin es la obra soberana del Espíritu Santo, entonces nosotros no podemos hacer nada efectivamente para traernos salvación. ¿Que uso tienen entonces todos los mandamientos, amenazas, promesas y exhortaciones en la Escritura? *Respuesta.* Nunca debemos dejar ir esta verdad, que es en verdad el Espíritu Santo quien obra todo lo bueno espiritual en nosotros. En la Biblia se nos enseña que ‘en mí, esto es, en mi carne, nada bueno mora (Ro. 7:18). Se nos enseña que no somos ‘suficientes de nosotros mismos para pensar cualquier cosa como si fuera de nosotros mismos, sino que nuestra suficiencia es de Dios’ (1Co. 3:5. Véase también 2 Co. 9:8; Juan 15:5; Fil. 2:13). El decir que hay algo bueno en nosotros lo cual no es la obra del Espíritu Santo destruye el evangelio y niega a ambas cosas, que Dios es el único bueno y que él solo nos puede hacer buenos.

El usar este argumento como una excusa para no hacer nada es resistir la voluntad de Dios. Dios promete obrar en nosotros lo que él requiere de nosotros. Hay muchos ejemplos en la Escritura de gente que se les mando a hacer lo que era imposible para ellos hacer. Sin embargo cuando intentaron obedecer, encontraron el poder sanador de Dios capacitándolos para hacer lo que previamente habían encontrado ser imposible: por ejemplo, el hombre con la mano seca, Lázaro siendo levantado de los muertos y el hijo de la viuda en Nain.

Nuestro deber es de intentar de obedecer los mandamientos de Dios, y su obra es de capacitarnos para obedecerlos. Así que los que se sientan y no hacen nada -porque dicen que no pueden hacer nada hasta que Dios obre gracia en ellos- muestran que no tienen interés o preocupación por las cosas de Dios. Donde la persona no hace nada, el Espíritu Santo tampoco hace nada.

Aunque no hay gracia en un creyente excepto por el Espíritu Santo, sin embargo para crecer en gracia, para crecer en santidad y justicia, depende en el creyente usando la gracia que ha recibido. Se nos han dado brazos y piernas. Si han de crecer fuertes y saludables, deben ser usados. El no usarlos seria el modo más efectivo de perderlos. Por eso el ser perezoso y negligente en esas cosas en las cuales nuestro crecimiento espiritual depende, y las cuales concierne el eterno bienestar del alma, con el pretexto que sin el Espíritu no podemos hacer nada, es irrazonable y estúpido, como también peligroso.

El testimonio del Espíritu Santo es vital, sin embargo distinto al testimonio de los creyentes

Cuando vemos y entendemos las obras del Espíritu Santo, aprendemos que algunas cosas son distintivamente atribuidas a él aunque algunas de estas obras las cuales el Espíritu Santo hace son al mismo tiempo hechas por aquellos en quien él esta obrando.

Jesús dijo, ‘Enviare el Espíritu de verdad y el dará testimonio de mi, y vosotros también daréis testimonio’ (Juan 15:26, 27). El testimonio del Espíritu Santo es distinto al testimonio dado por los apóstoles. Sin embargo los apóstoles podían dar su testimonio solo al ser capacitados para hacerlo por el Espíritu Santo.

El testimonio de los apóstoles a Cristo fue el resultado del poder del Espíritu Santo en ellos y de su obra en ellos (Hechos 1:8). Pero el Espíritu Santo no dió testimonio excepto por medio de los testimonios de ellos.

¿Cuál pues es el testimonio distinto que se dice ser de él? Debe ser que la gente que el Espíritu Santo capacito para testificar reconoció que solo lo podían hacer porque el Espíritu Santo primero les dio testimonio a ellos. Una gran manera que el Espíritu Santo dió testimonio al mundo por medio de los apóstoles fue al capacitarlos para hacer señales milagrosas y maravillas. El capacito a los apóstoles para ser testigos a Cristo por sus predicaciones, sufrimientos y santidad y constante testimonio que dieron a la resurrección de Cristo. Pero el mundo no reconoció esto como lo obra y testimonio del Espíritu Santo. Sin embargo de que era su obra esta revelado en Hebreos 2:3, 4. Él atestiguó cuando ellos predicaron e hicieron milagros.

8: La obra de regeneración del Espíritu Santo

La gran obra del Espíritu Santo es la obra de regeneración (Juan 3:3-6).

Una noche un maestro de Israel, Nicodemo, vino a Jesús, quien le dijo, ‘El que no naciere otra vez no puede ver el reino de Dios... Lo que es nacido de la carne, carne es, y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es.’ Nuestro Salvador, sabiendo que la fe y obediencia a Dios, y nuestra aceptación con Dios, depende en ser nacido de nuevo, le dice a Nicodemo cuan necesario es. Nicodemo se sorprende de esto, así que Jesús prosigue a enseñarle lo que esta obra de regeneración es. Él dice, ‘El que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios’ (v. 5).

La regeneración entonces es traída por ‘agua y el Espíritu’. El Espíritu Santo hace la obra de regeneración en las almas de los hombres, en la cual el agua es la señal externa. Esta señal externa es una promesa y sello del pacto, el cual estaba siendo predicado entonces a ellos por Juan el Bautista. El agua también puede significar al Espíritu Santo mismo.

Juan nos dice que todos los que recibieron a Cristo lo hicieron porque fueron nacidos de Dios (Juan 1:12, 13). Ni descendencia linear o la voluntad del hombre puede producir un nuevo nacimiento, la obra entera es atribuida solamente a Dios. (Véase también Juan 3:6; Ef. 2:1, 5; Juan 6:63; Ro. 8:9, 10; Tito 3:4-6).

Siempre es importante recordar que la Trinidad entera esta envuelta en esta obra de regeneración. Se origina en la bondad de Dios y amor como Padre (Juan 3:16; Ef. 1:3-6), de su voluntad, propósito y concejo. Es una obra de su amor y gracia. Fué procurada para pecadores por Jesúscristo nuestro Salvador (Ef. 1:6). Pero el verdadero ‘lavamiento de regeneración y renovamiento de nuestras almas’ es la obra del Espíritu Santo (Tito 3:4-6).

Pero mi objetivo presente es confirmar los fundamentos principales de la verdad concerniente a esta obra del Espíritu Santo, la cual esta siendo negada y opuesta.

LA REGENERACIÓN EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

La obra de regeneración fué llevada a cabo bajo el Antiguo Testamento desde la fundación del mundo, y fué anotada en las Escrituras, sin embargo el conocimiento de ella era muy vago comparado al conocimiento el cual tenemos en el evangelio.

Nicodemo, un maestro mayor de Israel, demostró su ignorancia de ello. ‘¿Como pueden ser estas cosas? ¿Como un hombre puede nacer siendo viejo? ¿Puede entrar por segunda vez al vientre de su madre y nacer?’ Cristo estaba atónito que un maestro en Israel no sabia esta doctrina de regeneración. Estaba claramente indicada en las promesas especificas del Antiguo Testamento como también en otros pasajes (como veremos) que Dios circuncidaría el corazón de su gente, quitaría el corazón de piedra y les daría un corazón de carne.

En su ignorancia, los maestros de Israel se imaginaban que la regeneración significaba solo una reformatión de la vida. Similarmente, muchos hoy día consideran que la regeneración es nada más que un esfuerzo por llevar una vida moral. Pero si la regeneración significa no mas que esto, el venir a ser un nuevo hombre moral- una cosa que mas o menos todos encomiendan- entonces nuestro Señor Jesús, lejos de alumbrar a Nicodemo en esta cuestión de regeneración, la hizo mas obscura. El Nuevo Testamento claramente enseña que el Espíritu Santo hace una obra misteriosa y secreta en las almas de los hombres. Ahora si esta obra misteriosa y secreta es realmente solo una reformatión moral capacitando a los hombres a vivir mejores vidas, si solo es una persuasión externa para dejar lo malo y hacer el bien, entonces esta doctrina de regeneración tal como fue enseñada por Cristo y todo el Nuevo Testamento es totalmente ininteligible y sin sentido.

La regeneración y la doctrina de regeneración existieron bajo el Antiguo Testamento. Los escogidos de Dios, en cada generación, eran nacidos de nuevo por el Espíritu Santo. Pero antes de que Cristo viniera, todas las cosas de esta naturaleza, aun ‘desde el

principio del mundo, estaban escondidas en Dios' (Ef. 3:9). Pero ahora el gran medico ha venido, el que sanaría la herida fatal en nuestra naturaleza por la cual 'estábamos muertos en delitos y pecados'. Él abre la herida, nos enseña que tan terrible es y revela el estado de muerte que nos ha traído. Él hace esto para que estemos verdaderamente agradecidos cuando nos cure. Así que no hay doctrina que este mas enteramente y claramente enseñada en el evangelio que esta doctrina de regeneración. Que depravados, entonces, están aquellos que la niegan, detestan y rechazan.

LA OBRA DEL ESPIRITU SANTO CONSTANTE

Los escogidos de Dios no fueron regenerados de una forma en el Antiguo Testamento, y bajo el Nuevo Testamento de otra forma completamente diferente por el Espíritu Santo. Todos son regenerados en la misma forma por el mismo Espíritu Santo.

Aquellos que fueron convertidos milagrosamente, como lo fue Pablo, o que en su conversión les fueron dados dones milagrosos, así como muchos de los primeros Cristianos tuvieron, no fueron regenerados en diferente forma que nosotros que también hemos recibido esta gracia y privilegio. Los dones milagrosos del Espíritu Santo no tuvieron nada que ver con su obra de regeneración. No prueban que una persona haya sido regenerada. Muchos con dones milagrosos nunca fueron regenerados; otros que fueron regenerados nunca tuvieron dones milagrosos.

También es el tope de la ignorancia el suponer que el Espíritu Santo en el pasado milagrosamente regeneró pecadores, pero ahora él ya no lo hace milagrosamente, sino lo hace persuadiéndonos que es irrazonable el no arrepentirse de nuestros pecados. Nunca caeremos en este error si consideramos lo siguiente:

La condición de todos los no regenerados es exactamente la misma. Algunos no son mas no regenerados que otros. Todos los hombres son enemigos de Dios. Todos están bajo maldición (Sal. 51:5; Juan 3:5, 36; Ro. 3:19; 5:15-18; Ef. 2:3; Tito 3:3, 4).

Hay efectivamente diferentes grados de maldad en los no regenerados así como hay diferente grados de santidad en los regenerados. No obstante el estado de todos los no regenerados es el mismo. Todos necesitan la misma obra hecha en ellos por el Espíritu Santo.

El estado al que los hombres son traídos por la regeneración es el mismo. Ninguno es mas regenerado aunque pueden estar mas santificados que otros. Los que son nacidos de padres naturales son igualmente nacidos, aunque algunos rápidamente sobrepasan a otros en habilidades y perfecciones. Es lo mismo también con todos los que son nacidos de Dios.

La gracia y poder por lo cual esta obra de regeneración es hecha en nosotros son los mismos. La verdad es que aquellos que desprecian el nuevo nacimiento lo hacen porque

detestan la nueva vida. El que aborrece la idea de vivir para Dios aborrece la idea de ser nacido de Dios. Pero todos los hombres al final serán juzgados por esta pregunta: '¿Has sido nacido de Dios?'

MALA INTERPRETACIÓN DE LA REGENERACIÓN

Primero, la regeneración no es simplemente ser bautizado y decir, 'me he arrepentido'. El agua en el bautismo es solo la señal externa (1 P. 3:21). En si misma el agua solo puede hacer que la persona se moje y lave lo 'sucio de la carne'. Pero como una *señal* externa significa 'una buena conciencia delante de Dios por la resurrección de Jesúscristo de los muertos' (1P. 3:21. Véase He. 9:14; Ro. 6:3-7).

El apóstol Pablo claramente distingue entre la ordenanza externa y la obra de regeneración misma (Ga. 6:15). Si el bautismo con la confesión de arrepentimiento es regeneración, entonces todos los que son bautizados y dicen que se han arrepentido tienen que estar regenerados. Pero claramente esto no es así (véase Hch. 8:13 con vv. 21, 23).

Segundo, la regeneración no es una reforma moral externa de la vida y comportamiento. Por ejemplo, supongamos tal reformación moral externa por la cual una persona se vuelve de hacer lo malo para hacer lo bueno. Él para de robar y empieza a trabajar. Sin embargo, lo que sea que haya de verdadera justicia en este cambio de comportamiento moral externo, no sale de un corazón nuevo y una nueva naturaleza la cual ama la justicia. Solamente por la regeneración puede un pecaminoso, corrupto aborrecedor de la justicia ser traído a amarla y deleitarse en hacer justicia.

Algunos ridiculizan a la regeneración como enemigo de la moralidad, justicia y reformación, pero un día descubrirán que tan equivocados estaban.

La idea que la regeneración es nada más que una reforma moral de la vida sale de negar el pecado original y de la verdad de que somos malos por naturaleza. Si no somos malos por naturaleza, si en el fondo de nuestros corazones somos buenos, entonces no habría necesidad de ser nacidos de nuevo.

La regeneración no produce experiencias subjetivas

La regeneración no tiene nada que ver con raptos maravillosos, éxtasis, el oír de voces celestes y cualquier otra cosa de ese tipo.

Cuando el Espíritu Santo hace su obra de regeneración en el corazón de los hombres, no viene sobre ellos con emociones y sentimientos grandes y poderosos los cuales no se pueden resistir. Él no posee a los hombres así como los malos espíritus toman posesión de sus victimas. Toda su obra puede ser razonablemente entendida y explicada por cualquiera que cree a la Escritura y ha recibido el Espíritu de verdad el cual el mundo no

puede recibir. Cristo le dijo a Nicodemo, ‘Así como oyes el viento pero no sabes de donde viene o a donde va,’ así es con la obra de regeneración del Espíritu Santo.

LA NATURALEZA DE LA REGENERACION

La regeneración es el poner en el alma una nueva, verdadera ley espiritual de vida, luz, santidad y justicia, lo cual lleva a la destrucción de todo lo que aborrece a Dios y pelea en contra de él.

La regeneración produce un cambio milagroso interno del corazón. ‘Así que si alguien esta en Cristo, nueva criatura es’. La regeneración no es producida por las señales externas de un cambio moral del corazón y es bastante distinta de ellos (Ga. 5:6; 6:15).

La regeneración es un acto de creación del poder todopoderoso. Un nuevo principio o ley es creado en nosotros por el Espíritu Santo (Sal. 51:10; Ef. 2:10). Esta nueva creación no es un habito nuevo formado en nosotros, sino una habilidad y poder nuevo. Por lo tanto se llama ‘la naturaleza divina’ (2P.1:4). Esta nueva creación es un nuevo poder y habilidad habitual creado en nosotros por Dios y lleva su imagen (Ef. 4:22-24).

La regeneración renueva nuestras mentes. Siendo renovados en el espíritu de nuestras mentes significa que nuestras mentes ahora tienen una nueva luz sobrenatural salvadora para capacitarlos a pensar y actuar espiritualmente (Ef. 4:23; Ro. 12:2). El creyente es ‘renovado en entendimiento de acuerdo a la imagen de aquel que lo creó’ (Col 3:10).

EL NUEVO HOMBRE

Este nuevo poder y habilidad forjados en nosotros por la regeneración son llamados el ‘nuevo hombre’ porque envuelve un cambio completo del alma entera de la cual toda acción moral y espiritual viene (Ef. 4:24). Este ‘nuevo hombre’ esta puesto en oposición al ‘viejo hombre’ (Ef. 4:22, 24). Este ‘viejo hombre’ es nuestra naturaleza humana corrupta la cual tiene el poder y habilidad para producir acciones y pensamientos malos. El ‘nuevo hombre’ tiene el poder y habilidad de producir acciones religiosas, espirituales y morales (Ro. 6:6). Es llamado el ‘nuevo hombre’ porque es una ‘creación nueva de Dios’ (Ef. 1:19; Ef. 4:24; Col 2:12, 13; 2Ts. 1:11). Este ‘nuevo hombre’ es creado instantáneamente, en un momento del tiempo. Por eso es que la regeneración no puede ser simplemente una reformatión de la vida, la cual es una obra de por vida (Ef. 2:10). Es una obra de Dios en nosotros que precede a todas nuestras obras buenas hacia Dios. Somos hechura de Dios creados para hacer buenas obras (Ef. 2:10). Así que no podemos hacer buenas obras aceptables a Dios hasta que primero él obre esta nueva creación en nosotros.

Este ‘nuevo hombre’ dice que es ‘creado de acuerdo a Dios [i.e. en su imagen] en justicia y en verdadera santidad (Ef. 4:24). La imagen de Dios en el primer hombre no fue reformación de vida. Ni tampoco fue un patrón de buena conducta. Adán fue creado a la imagen de Dios antes que hubiera hecho alguna cosa buena. Esta imagen de Dios era el poder y habilidad dada a Adán para vivir una vida que verdaderamente mostrara el carácter justo y santo de Dios. El poder y habilidad que se le dio a Adán fue dado antes que aun empezara a vivir para Dios. Lo mismo debe de ser cierto con nosotros. Primero, la imagen de Dios es creada de nuevo en nosotros, la cual es el ‘nuevo hombre’. Entonces podemos una vez mas mostrar en nuestras vidas el carácter santo y justo de Dios (Lucas 6:43; Mt. 7:18).

El Pacto De Dios

Dios nos ha dicho como el trata con nosotros en su pacto (Ez. 36:25-27; Jer. 31:33; 32:39, 40). Primero lava y limpia nuestra naturaleza. Quita el corazón de piedra y nos da un corazón de carne. Escribe sus leyes en nuestros corazones y pone su Espíritu en nosotros para capacitarnos a guardar esas leyes. Esto es a lo que se refiere por regeneración. Es también descrito como la santificación, el hacer santo a todo nuestro espíritu, alma y cuerpo (1Ts. 5:23).

Probado Por La Escritura

El Espíritu Santo no obra de alguna otra forma sino en la que se nos enseña en la Escritura. Todo lo que reclama ser su obra de regeneración debe ser probado por la Escritura.

Siendo omnisciente, el Espíritu Santo conoce nuestra naturaleza perfectamente, y por lo tanto sabe exactamente como obrar en ellas sin lastimarlas, herirlas, o en ninguna manera forzarlas a estar de acuerdo con su voluntad. La persona que esta siendo regenerada en ningún momento siente que esta siendo malvadamente forzada en contra de su voluntad. A pesar de esto, muchos de los que verdaderamente han sido regenerados han sido tratados por el mundo como si estuvieran locos, o alguna clase de fanático religioso (2R. 9:11; Mr. 3:21; Hch. 26:24, 25).

La obra del Espíritu Santo al regenerar almas debe ser estudiada y claramente entendida por los predicadores del evangelio, y por todos aquellos a los que la Palabra de Dios es predicada. Por medio de predicadores verdaderos del evangelio el Espíritu Santo regenera a la gente (1Co. 4:15; Flm.10; Hch. 26:17, 18). Así que, los que predicán el evangelio deben entender completamente la regeneración para poder trabajar con Dios y su Espíritu para traer almas al ‘nuevo nacimiento’. Es también el deber de todos los que oyen la Palabra de Dios de estudiar y entender la regeneración (2Co. 13:5).

La regeneración ha sido revelada a nosotros por Dios (Dt. 29:29). Así que el no estudiar y tratar de entender esta gran obra es para revelar nuestra propia locura y desatino. Hasta que somos nacidos de Dios no podemos hacer nada para agradecerle, ni tampoco podemos tener ningún consuelo de él, ni tampoco podemos entender ninguna cosa sobre él o de lo que él esta haciendo en el mundo.

Hay un gran peligro de que el hombre puede ser engañado sobre la regeneración y así estar perdido eternamente. Equivocadamente creen que pueden llegar al cielo sin ser nacidos de nuevo, o de que siendo nacido de nuevo pueden continuar llevando una vida pecaminosa. Estas opiniones plenamente contradicen las enseñanzas de nuestro Señor y de los apóstoles (Juan 3:5 y 1Juan 3:9).

9: Como el Espíritu Santo Prepara a un Alma Para su Obra de Regeneración.

Es imposible para nosotros regenerarnos a nosotros mismos. Pero esto no nos excusa de nuestra responsabilidad espiritual.

Podemos ir y oír la Palabra de Dios siendo predicada (Ro. 10:17). Podemos ir determinados a entender y recibir las cosas reveladas a nosotros de ser claramente de Dios.

Muchas almas son eternamente arruinadas porque simplemente no dejaron a Dios hablarles y enseñarles de su Palabra. Es cierto que no hay hombre que pueda regenerarse a si mismo, aunque oiga y reciba la Palabra de Dios. Pero Dios esta preparado para venir a aquellos que vienen a él por el camino que él les ha dicho. Él encuentra a las almas donde él les dijo que las encontraría.

Al ser predicada la Palabra de Dios, ciertas cosas empiezan a pasar en los oyentes mientras el Espíritu Santo les trae la Palabra al hogar personalmente. Estas cosas usualmente pasan a la persona antes de que sea ‘nacida de nuevo’.

La primera cosa que pasa es que el Espíritu Santo ilumina y aclarese el entendimiento, capacitando a la persona a conocer y entender espiritualmente las verdades espirituales reveladas (1Co. 2:9, 11). Esto es bastante diferente a un entendimiento natural de lo que se esta siendo predicado por el uso del razonamiento solamente.

La obra de iluminación del Espíritu Santo hace a la Palabra clara para la mente (2P. 2:21). El evangelio es entendido, no solamente como verdadero, sino como el camino de justicia de Dios (Ro. 1:17; 10:3, 4). La iluminación ayuda a la mente a estar de acuerdo con la verdad (Hch.8:13; Juan 2:23; 12:42). La iluminación trae un gozo momentáneo (Lc. 8:13; Juan 5:35). Juntamente con la iluminación la persona puede recibir algunos dones espirituales. (Mt. 7:22).

La iluminación no es regeneración, ni la regeneración infaliblemente toma lugar después de la iluminación. Cuando la luz brilla en la gracia salvadora de Dios, entonces el alma ve claramente lo que se le esta ofreciendo. Así que la iluminación prepara al alma para la regeneración.

La segunda cosa que pasa es que el Espíritu Santo trae convicción de pecado. Esto también es producido por la predicación de la Palabra (1Co. 14:24, 25). El alma empieza a sentir un sentido perturbante de su culpabilidad al ser traído a encarar las justas demandas de la ley de Dios. Empieza a sentir un sentido de dolor y sufrimiento por el pecado que ha hecho (2Co. 7:10). Ya son pasados y no se pueden enmendar (Ro. 8:15). Esto lleva al alma a sentirse humilde por su maldad (1R. 21:29). Ahora, al menos que el alma sea hundida en la desesperación, empieza a buscar una salida a su presente estado de miseria (Hch. 2:37; 16:30). Frecuentemente la persona empieza a reformar su vida y le sigue un gran cambio de actitud (Mt. 13:20; 2P. 2:20; Mt. 12:44).

Algunos descuidan esta luz y convicción o buscan ahogarla. Algunos son arrollados por la fuerza y el poder de sus codicias, el amor al pecado y el poder de las tentaciones. Algunos piensan que el ser alumbrado es lo bastante suficiente y que esto es todo lo que Dios quiere hacer con ellos.

Todas estas cosas que son traídas a las personas por la predicación de la Palabra son en verdad acciones del Espíritu Santo obrando al lado de la predicación (Is. 49:4; Jer 15:20; Ez. 33:31, 32; Juan 8:59; Hch. 13:41, 45, 46). Esos que son ‘iluminados’ es dicho de ser ‘participantes del Espíritu Santo’ (He. 6:4).

Objeción. Si esta obra preparatoria del Espíritu Santo no lleva a la regeneración, ¿acaso el Espíritu Santo solo desea hacer una obra débil e imperfecta en esa alma, o no es capaz de traer a esa alma al ‘nuevo nacimiento’?

Respuesta. En algunos, la conversión real no se lleva a cabo. Esta obra inicial del Espíritu Santo ni es débil ni imperfecta, pero puede ser voluntariamente y tercamente resistida. En los ‘escogidos’ el Espíritu Santo, de su propia gracia soberana, remueve esta terquedad voluntaria. Al resto los deja sufrir el pago justo de sus malas obras. El Espíritu Santo es perfectamente libre para hacer lo que él quiere hacer. Él hace lo que le place, cuando le place y como le place. Sin embargo, sus obras siempre son buenas y santas. Él enteramente y perfectamente lleva a cabo lo que él libremente planeó y se propuso a cumplir.

La iluminación no es garantía de salvación

Hay una ‘iluminación’ la cual no lleva a la salvación. No cambia la voluntad del hombre y no da a la mente un deleite y satisfacción en las cosas espirituales. La mente no se deleita en Dios (Ro. 6:17; 12:2; 1Co. 2:13-15; 2Co. 3:18; 4:6). No da ningún discernimiento espiritual en la gloria de la gracia de Dios.

Tampoco esta iluminación limpia la conciencia de obras muertas para servir al Dios vivo (He. 9:14). Solo redarguye al alma de pecado y la despierta para condenar muchas cosas que antes aprobaba calurosamente. Tal iluminación obra en los sentimientos, despertando temor, dolor, gozo y deleite. Pero no los arregla en cosas celestiales (Col.3:1, 2). Tampoco arranca los malos deseos y llena el corazón con gozos espirituales. Casi

siempre lleva a una reformatión mayor en el estilo de vida, aun produciendo la apariencia virtuosa. Pero hay tres grandes defectos en esta iluminación.

El primero es que permite a los furiosos y reinantes pecados de ignorancia a continuar, así como lo hizo con Pablo antes de su conversión.

La segunda es que la reformatión de la vida estimula a la persona a obtener escasas guiansas a deshacerse de todos los pecados conocidos, al menos que el alma este ocupada en una búsqueda flagrante de justicia propia.

La tercera es que esta reformatión de vida, aunque sea fuerte al principio, pronto se desvanece y decae. Finalmente deja a la gente como esqueletos espirituales.

10: Como la Mente es Corrompida y Depravada por el Pecado.

Todos los hombres pueden ser divididos en dos grupos. O son regenerados o no son regenerados. Todos los hombre nacen no regenerados (Juan 3:3-8).

Ahora la Escritura nos enseña tres grandes verdades. Nos enseña que la mente del hombre esta depravada y corrompida. A esto llama oscuridad y ceguera y es esto lo que lleva a la ignorancia y fatuidad.

La Escritura enseña que la voluntad del hombre y los deseos del corazón están depravados y corruptos. Esto es visto como debilidad o impotencia y lleva a terquedad y obstinación. El alma entera esta en un estado de muerte espiritual.

OSCURIDAD Y CEGUERA ESPIRITUAL

La oscuridad espiritual esta en todos lo hombres y yace en todos los hombres hasta que Dios, por una obra todopoderosa del Espíritu, alumbr a los corazones de los hombres, o crea luz en ellos (Mt. 4:16; Juan 1:5; Hch. 26:18; Ef. 5:8; Col. 1:13; 1P. 2:9). Esta oscuridad es esa 'luz de adentro' la cual algunos presumen que tienen dentro de si y que dicen que también esta en otros.

La índole de esta oscuridad espiritual debe de ser entendida. Cuando los hombres no tienen luz con que ver, entonces están en oscuridad (Exodo 10:23). Los hombres ciegos estan en oscuridad, ya sean de nacimiento, por enfermedad o accidente (Sal. 69:23; Gn. 19:11; Hch. 13:11). Un hombre espiritualmente ciego esta en oscuridad espiritual y esta ignorante de las cosas espirituales.

Hay una oscuridad externa en el hombre y una oscuridad interna en el hombre.

La oscuridad externa es cuando el hombre no tiene esa luz por la cual pueden ver. Así que oscuridad espiritual externa esta sobre el hombre cuando no hay nada para alumbrarlos sobre Dios y las cosas espirituales (Mt. 4:16; Sal. 119:105; Sal. 19:1-4, 8; 2P. 1:19; Ro. 10:15, 18). Es la obra del Espíritu Santo de remover esta oscuridad al enviar la luz del evangelio (Hch. 13:2, 4; 16:6-10; Sal. 147:19, 20).

La oscuridad interna, por otro lado, sale de la corrupción y depravación natural de las mentes de los hombres concerniendo las cosas espirituales. La mente del hombre esta corrupta y depravada en las cosas que son naturales, civiles, políticas y morales, como al igualmente también en las cosas que son espirituales, celestiales y evangélicas. Esta depravación frecuentemente es retenida de tener sus efectos totalmente por la gracia común del Espíritu Santo. Así que, la mente del hombre siendo oscurecida, está incapacitada para ver, recibir, entender o creer para la salvación de su alma. Las cosas espirituales, o los misterios del evangelio, sin que el Espíritu Santo primero produzca dentro del alma una luz nueva por la cual puedan ver y recibir esas cosas, no pueden traer salvación.

Por más brillante que sea la mente, y por más brillante que sea la predicación y presentación del evangelio, todavía aun, sin que el Espíritu Santo crie esta luz en ellos, no pueden recibir, entender y estar de acuerdo con las verdades que se predicán, y por lo tanto no serán guiados a la salvación (Ef. 4:17, 18).

Así que los no regenerados ‘andan en la vanidad de sus mentes’ (Ef. 4:17). La inclinación natural de la mente no regenerada es de buscar esas cosas que no pueden satisfacer (Gn. 6:5). Es una mente inestable (Pr. 7:11, 12). El entendimiento no regenerado es oscurecido y no puede juzgar las cosas propiamente (Juan 1:5). El corazón no regenerado esta ciego. En la Escritura el corazón incluye la voluntad también. La luz es recibida por la mente, aplicada por el entendimiento y usada por el corazón. ‘Pero si la luz interna es oscuridad’ dijo Jesús, ‘que grande es esa oscuridad’.

Hay tres cosas que salen de la futilidad natural de la mente en su estado depravado que se encuentra entre creyentes. Primero, hace al creyente vacilar y estar inestable y voluble a los santos deberes de la meditación, oración y oír la palabra. La mente vaguea y es distraída por muchos pensamientos mundanos. Segundo, esta inestabilidad es la causa de recaídas en los creyentes, guiándolos a conformarse al mundo y a sus hábitos y costumbres los cuales son vanos y necios. Y tercero, esta futilidad de la mente engaña a los creyentes en proveer para la carne y las concupiscencias de la carne. Puede y a menudo lleva a satisfacción propia.

El remedio para esta mente corrompida.

Para ganar la victoria sobre esta mente futil y corrupta, debemos poner nuestras mentes y deseos en las cosas espirituales mostradas a nosotros por el Espíritu Santo. Pero al poner nuestras mentes en las cosas espirituales debemos cuidar que la mente no caiga en pensamientos e ideas vanas, necias y poco provechosos. Debemos de agarrar el hábito de

meditar en cosas santas y espirituales (Col. 3:2). Debemos de ser humillados al realizar que tan necias y vanas son nuestras mentes abandonadas a si mismas.

Ajenos de la vida de Dios

La mente no regenerada es perversa y depravada, así que los hombres están ‘ajenos de la vida de Dios, por la ignorancia que en ellos hay’ (Ef. 4:18). Esta alienación de la vida de Dios es porque sus mentes son pecaminosas y depravadas (Col. 1:21).

La vida de Dios de la cual los hombres están ajenos es la vida la cual Dios requiere de nosotros para que le agrademos aquí y le gocemos de aquí en adelante (Ro.1:17; Ga. 2:20; Ro. 6 y 7). Es esa la vida la cual Dios obra en nosotros, no naturalmente por su poder, sino espiritualmente por su gracia (Ef. 2:1, 5; Fil 2:13). Es la vida por la cual vivimos para Dios (Ro. 6 y 7). Dios es la meta suprema de esa vida, así como también es el creador de esa vida.

A través de esta vida buscamos hacer todas las cosas para la gloria de Dios (Ro. 14:7, 8). Por esta vida venimos al gozo eterno de Dios como nuestra bendición eterna y galardón eterno (Gn. 15:1).

La vida de Dios es esa vida por la cual Dios vive en nosotros por su Espíritu por medio de Jesucristo (Ga. 2:20, Col 3:3). Es esa vida los cuales frutos son santidad y obediencia evangélica y espiritual (Ro. 6:22; Fil. 1:11). Y esta vida de Dios nunca muere porque es eterna (Juan 17:3).

Ahora la mente no regenerada es ajena a esta vida de Dios y esta alienación se revela en dos formas. Se revela a si misma por una inhabilidad y desganancia de la mente no convertida para recibir esas cosas concernientes a esta vida de Dios (Lc. 24:25; He. 5:11, 12; Jer. 4:22). También se revela a si misma cuando la mente no convertida escoge cualquier otra vida que la vida de Dios (1Ti. 5:6; Stg. 5:5; Ro. 7:9; 9:32; 10:3).

El hombre natural y el hombre espiritual

Aunque la mente no convertida es altamente educada y talentosa, sin embargo es totalmente incapaz de recibir y entender espiritualmente esas cosas necesarias para su salvación eterna. No responderá a la predicación del evangelio hasta que sea renovada, iluminada y capacitada para hacerlo por el Espíritu Santo: ‘Mas el hombre animal no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque le son locura; y no las puede entender, porque se han de examinar espiritualmente’ (1Co. 2:14). El tema de este verso es el hombre natural. El hombre natural es bastante opuesto al hombre espiritual (1Co. 15:44; Jud. 19).

Pablo nos dice que el primer Adán fue hecho un anima viviente; el postrer Adán en espíritu vivificante (1Co. 15:45). El hombre natural viene del primer Adán y el hombre

espiritual viene del postrer Adán. El hombre natural es uno que tiene todo lo que es o puede tener del primer Adán. Tiene un alma racional y es bien capaz para usarla.

El hombre natural confía en sus poderes razocinios y no mira la necesidad para cualquier ayuda espiritual. Él no ve que Dios le ha dado su alma para que pueda aprender y recibir lo que él, Dios, tiene para dar. El hombre nunca fue hecho para vivir independientemente de Dios. Los ojos son hermosos y útiles, pero si tratan de ver sin luz, su belleza y poder no será de uso y aún los ojos pueden lastimarse. Si una mente no convertida trata de ver las cosas espirituales sin la ayuda del Espíritu de Dios, solo terminará destruyéndose a sí misma.

En el verso catorce vemos cosas puestas al hombre natural. Estas cosas son ‘las cosas del Espíritu de Dios’. Ahora ¿cuales son estas cosas del Espíritu de Dios que son puestas al hombre natural? Aquí hay algunas de ellas, todas de 1Corintios capítulo 2 ‘Jesucristo y a este crucificado’ (v.2). ‘La sabiduría oculta, la cual Dios predestino antes de los siglos para nuestra gloria’ (v. 7). ‘Las cosas que nos son dadas libremente por Dios’ (v.12). ‘La mente de Cristo’ (v16).

Estas son las cosas del Espíritu de Dios. Estas son las cosas que no se pueden recibir excepto por medio de una iluminación soberana y sobrenatural. Estas son las cosas que ‘ojo no vio, ni oreja oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que ha Dios preparado para aquellos que le aman’ (V9). Son cosas del eterno consejo de Dios. Estas son cosas que la mente del hombre en su primera creación no tenía idea que existían (Ef. 3:8-11).

Dos cosas se pueden decir del hombre natural y de las cosas del Espíritu de Dios. Primero, el no las recibe: segundo, no las puede conocer.

En esta doble aserción podemos aprender primero que el poder para recibir cosas espirituales es negado al hombre natural (Ro. 8:7). No las puede recibir porque deben de examinarse espiritualmente. Por segundo aprendemos que el hombre natural voluntariamente las rechaza. Esto es implicado en las palabras ‘no recibe las cosas que son del Espíritu de Dios’. Y las rechaza por que le parecen locura.

El hombre natural no puede, no hará y no recibe las cosas del Espíritu de Dios. Puede conocer el sentido literal de las doctrinas que se le presentan. Puede saber que Cristo Jesús fue crucificado. Pero hay una gran diferencia entre recibir doctrinas como meras afirmaciones presentadas a él y el conocer la realidad que esas afirmaciones presentan.

El hombre natural puede conocer el camino de la justicia como una mera afirmación (2P. 2:21). Otras cosas también puede conocer, meramente como ideas presentadas a él (Tito 1:16; Ro. 3:23, 24). Pero estas verdades no tienen ningún efecto transformador en su vida. El hombre espiritual, por la otra parte, las conoce en realidad y tienen un efecto transformador en su vida. (Ro. 12:2; Ef. 4:22-24).

Ahora antes de que las cosas espirituales se puedan recibir dos cosas son necesarias. Es necesario que las entendamos, que estemos de acuerdo con ellas y que las recibamos porque concuerdan con la sabiduría, santidad y justicia de Dios (1Co. 1:23, 24). También es necesario que veamos que tan bien adaptadas están para glorificar a Dios, la salvación de pecadores y el traer a la iglesia a la gracia y gloria.

El hombre natural no puede hacer esto. Él puede, sin embargo, recibir exhortaciones, promesas, mandatos y amenazas en el evangelio (1Juan 5:20). Pero para él la sabiduría de Dios es locura. Pablo dice que 'lo loco de Dios es más sabio que los hombres' (1Co. 1:25). Pero al hombre natural le son locura.

El evangelio fue locura a los filósofos de la antigüedad (1Co. 1:22, 23, 26-28). Las cosas más importantes del evangelio son vistas como locura porque se piensan que son falsas y no verdaderas. Muchos se burlan de las cosas de Dios y las deprecian como las más despreciables ideas que jamás se hayan expuestas al hombre racional (2P. 3:3, 4).

Algunos profesan creer al evangelio pero internamente piensan que es locura, pero no se atreven a decirlo abiertamente. Ellos grandemente alaban principios morales y leyes naturales. Pero claramente viven como aquellos que realmente no creen al evangelio. Una pretensión de amor a una parte del evangelio no los refugia del castigo que les vendrá a causa de su rechazo al evangelio entero. Ignoran y desprecian esas cosas que son traídas a nosotros por revelación sobrenatural solamente, y el evangelio es locura para ellos porque no ven belleza, gloria o ventaja en el para ellos (Is. 53:1-3).

El hombre natural por lo tanto no puede recibir las cosas del Espíritu de Dios. No puede porque se han de examinar espiritualmente. El hombre natural por la luz natural del razonamiento puede discernir cosas naturales. El hombre espiritual por una luz espiritual recibida de Cristo Jesús discierne cosas espirituales.

El hombre natural no puede conocer las cosas espirituales porque es el Espíritu de Dios el que dota a la mente de los hombres con esa habilidad, y la luz misma por la cual únicamente las cosas espirituales pueden ser espiritualmente discernidas es creada en nosotros por un acto todopoderoso del poder de Dios (2Co. 4:6).

El hombre natural no puede discernir cosas espirituales para que lo guíe a la salvación de su alma porque su mente esta oscurecida por su propia depravación. Esta es la miseria de nuestras personas y el pecado de nuestra naturaleza. Pero no puede ser usada como excusa en el día de juicio por no haber recibido las cosas espirituales.

También hay en las mentes de los hombres no regenerados una inhabilidad moral por la cual la mente nunca recibirá las cosas espirituales, porque es gobernada y mandada por varias concupiscencias, corrupciones y prejuicios. Están tan fijados en la mente no regenerada tanto como para hacerla pensar que las cosas espirituales son locura (Juan 6:44; 5:40; 3:19).

LIBERACION DE LAS TINIEBLAS

Pablo nos enseña que Cristo ‘nos ha liberado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo’ (Col 1:13).

En este verso se nos dice de ser liberados de ‘la potestad de las tinieblas’ (Ef. 5:11; Hch. 26:18; Is. 60:2; Ef. 2:2; 2Co. 4:4). Pedro habla de ‘cadenas de oscuridad’ (2P. 2:4). De estas no hay escapatoria.

Estas tinieblas llenan la mente con enemistad contra Dios y todas las cosas de Dios (Col. 1:21; Ro. 8:7). Si Dios es grande en bondad y belleza, ¿por qué los hombres lo aborrecen? Este odio sale de estas tinieblas las cuales son la corrupción y depravación de nuestra naturaleza.

Estas tinieblas llenan la mente con concupiscencias perversas que resisten la voluntad de Dios (Ef. 2:3; Fil.3:19; Col. 2:18; Ro. 8:5).

Estas tinieblas llenan la mente con prejuicios en contra de todas las cosas espirituales, y la mente esta completamente incapaz de liberarse de estos prejuicios. La mente oscurecida primero ve las cosas que codicia. Entonces, después, en si misma reconoce esas codicias. Pero cuando el hombre es llamado a buscar a Dios sobre todos los otros deseos, entonces esto es considerado de ser locura, porque la mente no convertida piensa que las cosas espirituales jamás traerán contentamiento, felicidad y satisfacción. En particular, la mente no regenerada tiene un prejuicio especial contra el evangelio.

Ahora en el evangelio se predicán dos cosas. Primero, hay esas cosas que pertenecen solo al evangelio y no tienen nada de la ley o de la luz de la naturaleza. Vienen a nosotros solo por revelación y son únicas al evangelio. Son las que hacen ser al evangelio ser el evangelio. Y son todas esas cosas concernientes al amor y la voluntad de Dios en Cristo Jesús (1Co. 2:2; Ef. 3:7-11).

Segundo, hay esas cosas declaradas en el evangelio las cuales tienen su fundación en la ley y la luz de la naturaleza. Estas son todos los deberes morales. Estos deberes morales son en cierta medida conocidos aparte del evangelio (Ro.1:19; 2:14, 15). Hay en todos los hombres una obligación de obedecer a estas leyes morales de acuerdo a la luz que se les ha dado.

Ahora es en este estado que el evangelio agrega dos cosas a las mentes de los hombres. Primero, enseña el modo correcto de obedecer. Enseña que la obediencia solo puede salir de un corazón regenerado que ya no esta en enemistad con Dios. También enseña que el propósito entero de obediencia es de traer gloria a Dios. Enseña que no podemos obedecer hasta que seamos reconciliados con Dios por medio de Cristo Jesús. Todas estas cosas ponen los deberes morales en una nueva estructura, la estructura del evangelio.

Segundo, al darnos su Espíritu, Dios nos da fuerzas y nos capacita a obedecer de acuerdo a la estructura del evangelio.

El evangelio nos declara cosas que hacen la obediencia al evangelio ser obediencia al evangelio y no obediencia legal (1Co. 15:3; Ro. 6:17; Ga. 4:19; Tito 2:11, 12; 1Co. 13:11; 2Co. 3:18).

Primero, el evangelio enseña los misterios de la fe y los pone como la fundación de la fe y obediencia.

Segundo, el evangelio entonces injerta todos los deberes de obediencia moral a este árbol de fe en Cristo Jesús. Esto es lo que Pablo hace en sus epístolas. Empieza por enseñar lo misterios de la fe cristiana. Entonces, en la base de estos misterios y maravillas del evangelio los cuales nos han traído la gracia y misericordia de Dios, él enseña que por gratitud debemos buscar agradecer al que tanto nos amó, obedeciéndole.

Pero el prejuicio voltea este orden de cosas al revés haciendo los deberes morales la fundación. Solamente entonces los hombres consideran las cosas del evangelio. Entonces sus prejuicios los lleva ya sea a despreciar los misterios del evangelio y a los que creen en ellos, o ponen falsas interpretaciones en ellos, quitando todo lo que es espiritual, y pervirtiendo el misterio que hay en ellos. De este modo hacen al evangelio que encaje con su bajo y carnal entendimiento. Se hace al evangelio encajar con sus propias ideas y opiniones. Cualquier cosa en el evangelio la cual no es considerada razonable y que no esta de acuerdo con su sistema de filosofía es rechazada como locura.

Así que mientras la mente del hombre permanezca no regenerada, no hay esperanza para que el alma salga de las tinieblas a la luz del glorioso evangelio de Cristo.

Conclusión. La mente en el estado de naturaleza esta tan depravada y corrupta que es incapaz de entender, recibir y abrazar las cosas espirituales. Así que, mientras la mente permanezca no regenerada, el alma no puede y no recibirá a Cristo para salvacion, ni tampoco se puede hacer santa y apta para el cielo. El corazón y la voluntad no pueden actuar independientemente de la mente. La voluntad no esta libre para actuar por si misma. El ojo es la luz natural del cuerpo. Por medio del ojo, el cuerpo es guiado con toda seguridad alrededor de obstáculos peligrosos, y así es mantenido de lastimarse a si mismo. Pero si el ojo es ciego, o es rodeado por oscuridad y no puede ver, entonces el cuerpo no tiene idea a donde va e inevitablemente chocará con los objetos o se tropezará sobre obstáculos.

Lo que el ojo es para el cuerpo, la mente es para el alma. Si la mente ve la gloria y hermosura de Cristo y su salvación presentada en el evangelio, excitará al corazón a desearlos como verdaderamente bueno, y el deseo para recibirlos y abrazarlos.

Pero si la mente esta ignorante del evangelio, o esta ciega por el prejuicio, entonces el corazón no será despertado para desear a Cristo, ni la voluntad será impulsada a abrazarlo. Si la mente es engañada, también el corazón y la voluntad serán engañados. Donde la mente esta depravada, así también estará el corazón (Ro. 1:28-32; 1Ti. 2:14; He. 3:12, 13; 2Co. 11:3).

Vemos, entonces, qué importantes son las palabras de Cristo cuando dijo, ‘Debes nacer de nuevo’.

11: La Muerte Natural y Espiritual Comparadas

Los no regenerados están en un estado de muerte espiritual. Para ser revividos, necesitan una obra poderosa y eficaz del Espíritu Santo hecha en sus almas. Esta obra es regeneración espiritual (Ef. 2:1, 5; Col 2:13; 2Co. 5:14). Y es llamada ‘dar vida’, u otorgamiento de vida en ellos (Ef. 2:5; Juan 5:21; 6:63).

Este estado de muerte es legal o espiritual. Toda la humanidad en Adán ha sido sentenciada a muerte según la ley (Gn. 2:17; Ro. 5:12). Esta es muerte legal o judicial y es solo por la justificación que somos liberados de ella. La muerte espiritual es similar a la muerte natural. Es porque los no regenerados están muertos espiritualmente, que no pueden hacer bien espiritual hasta que son ‘avivados’, o hechos vivos por el poder todopoderoso del Espíritu Santo. No hay persona no regenerada que pueda resistir al Espíritu Santo cuando así viene. Cuando una persona que esta muerta en delitos y pecados es avivada, ella es hecha viva. Viene a la vida en Cristo. ¿Pero que es esta nueva vida espiritual?

Cuando Dios crió a Adán ‘alentó en su nariz el soplo de vida, y fué el hombre en alma viviente’ (Gn. 2:7). El principio de vida en si mismo fué alentado al cuerpo del hombre por Dios, quien continúa haciendo esto en cada bebé que nace en este mundo.

El ‘aliento de vida’ o alma, alentado en el cuerpo, ‘hizo vivo’ o ‘hizo vivir’ ese cuerpo que hasta entonces estaba como muerto y sin poder moverse. El alma fué unida al cuerpo y causó al cuerpo a vivir, moverse y tener su ser.

La vida se ve por sus actividades. Es contrastada con la muerte que está en los ídolos (Sal. 115:4-7) Estas actividades de la vida que salen del carácter racional del hombre, principalmente el entendimiento y la voluntad, enseña que fué criado un agente vivo, libre y moral.

La muerte natural es una separación del alma del cuerpo. Cuando todas las actividades vitales cesan de funcionar y el alma es separada del cuerpo, entonces la muerte ocurre. El cuerpo es totalmente incapaz de llevar acabo cualquier actividad que es necesaria para la vida. Pero permanece en la muerte un poder pasivo e inactivo capaz de recibir la vida otra vez. Como fue el caso de Lázaro, quien fué totalmente incapaz de levantarse a si mismo de los muertos, la vida nos puede ser restaurada solo por Cristo Jesús.

VIDA ESPIRITUAL Y MUERTE ESPIRITUAL

Adán, en el estado de inocencia, aparte de su vida natural como un alma viviente, también tenía una vida sobrenatural. Esta vida sobrenatural lo capacitaba para vivir para Dios. Esto es llamado 'la vida de Dios' (Ef. 4:18). Esta es esa vida de la cual los hombres en su estado natural están ajenos. Así que el hombre natural ya no puede hacer lo que Dios requiere. No puede vivir para agradar a Dios. Ya no puede mas llevar a cabo ese propósito por el cual Dios lo crió. Pero en su creación original Adán estaba capacitado para vivir para la gloria de Dios y después hubiera entrado al goze completo de Dios. El gozar de Dios para siempre se le estableció delante de él como la cúspide de felicidad y el mas alto galardón que le pudiera ser dado.

Había un principio dador de vida que pertenecía a esta vida alentada en el cuerpo de Adán. Este principio era 'la imagen de Dios'. Por el poder de esta imagen de Dios en él, Adán estaba capacitado para ser como Dios. Su mente, corazón y voluntad eran gobernados y mandados por el amor de la santidad y justicia de Dios (Gn. 1:26, 27; Ec. 7:29).

El propósito entero de la vida de Adán era de agradar y glorificar a Dios. Dios le enseñó esto al imponer un pacto en él (Gn. 2:16, 17). Para poder vivir para Dios y glorificarlo a Adán le fué dada toda habilidad espiritual necesaria.

El principio gobernante de esta vida estaba totalmente y enteramente en el hombre mismo. Vino de la buena voluntad y poder de Dios, pero fué implantado en el hombre para crecer en ninguna otra raíz sino en la que estaba en el hombre mismo (Col. 3:3, 4; Ro. 8:11; Ro. 6:4; Ga. 2:20).

La vida espiritual en Adán puede ser comparada a esa vida espiritual que tenemos en Cristo. La nueva vida en Cristo tiene que ver con la revelación que Dios ha hecho de sí mismo en Cristo. Como consecuencia, nuevos deberes de obediencia ahora son requeridos de nosotros. Pero son de la misma clase de los que fueron requeridos de Adán (Ef. 4:23, 24; Col 3:10).

Todos los hombres nacen espiritualmente muertos, nunca habiendo tenido esa vida de Dios la cual Adán tuvo. En Adán la tuvieron, y en Adán la perdieron.

LA NATURALEZA DE LA MUERTE ESPIRITUAL

Esta muerte espiritual es una perdida de vida espiritual que nos capacita para vivir para Dios. Así como el cuerpo no puede vivir sin alma, así el alma no puede vivir para Dios sin esa vida espiritual. Sin esa vida espiritual el alma se vuelve moralmente corrupta (Ro. 8:7, 8; Juan 6:44, Mt. 7:18; 12:33; Jer. 13:23).

Así como el cuerpo solo tiene un poder pasivo para recibir vida, porque no se puede dar vida a si mismo y levantarse a si mismo de los muertos, así también el alma tiene solo

un poder pasivo para recibir la vida espiritual, porque no tiene poder para regenerarse a si misma de la muerte espiritual a la vida espiritual.

Las exhortaciones, promesas y amenazas en las Escrituras no nos dicen lo que podemos hacer, sino lo que debemos de hacer. Nos enseñan nuestro estado de muerte espiritual y nuestra inhabilidad de hacer cualquier bien espiritual. A Dios le agrada hacer estas exhortaciones y promesas el medio por el cual podamos recibir la vida espiritual (Stg. 1:18; 1P. 1:23).

Esta inhabilidad de vivir para Dios se debe al pecado (Ro. 5:12). Las personas no regeneradas pueden hacer algo para la regeneración, pero no cuidan de hacerlo, así que voluntariamente pecan. Aunque no pueden vivir para Dios, ellos pueden y resisten a Dios, porque sus mentes depravadas están ajenas de la vida de Dios. Las personas no regeneradas libremente y malvadamente escogen desobedecer a Dios.

Jesús se quejó, ‘Y no queréis venir a mi, para que tengáis vida’ (Juan 5:40). Hay en esta muerte un cesamiento de toda actividad vital. Las personas no regeneradas no pueden hacer ninguna actividad vital que se pueda llamar obediencia espiritual. La verdadera obediencia espiritual brota de la vida de Dios (Ef. 4:18). La regla de esta obediencia son ‘las palabras de esta vida’ (Hch. 5:20). Donde esta vida de Dios no existe, las obras de los hombres son ‘obras muertas’ (He. 9:14). Son obras muertas, porque salen de un principio gobernante de muerte (Ef. 5:11). Y terminan en muerte eterna (Stg. 1:15).

VIDA ESPIRITUAL: SU ORIGEN E IMPARTICION

Dios es el origen de toda vida y especialmente de la vida espiritual (Sal. 36:9). Así que nuestra vida esta ‘escondida con Cristo en Dios’ (Col 3:3).

Nuestra vida espiritual es diferente a cada otra clase de vida. No viene directamente a nosotros de Dios, pero es primero depositada en toda su plenitud en Cristo como mediador (Col. 1:19). Así que es de su plenitud que nosotros recibimos esta vida (Juan 1:16). Así que Cristo es nuestra vida (Col 3:4). Es, entonces, no tanto nosotros los que vivimos sino Cristo quien vive en nosotros (Ga. 2:20). No podemos hacer nada de nosotros mismos sino solo por el poder y virtud de Cristo (1Co. 15:10).

El origen de esta vida esta en Dios. La plenitud de esta vida esta en Cristo. Y es impartida a nosotros por el Espíritu Santo. La experimentamos como un nuevo poder y principio dirigente en nosotros (Ro. 8:11; Ef. 4:15, 16). Cristo es nuestra vida y sin él no podemos hacer nada (Juan 15:5). Esta vida espiritual impartida a nosotros por el Espíritu Santo es todavía también en Cristo. Por lo tanto, por esta vida estamos unidos a Cristo como una rama esta unida al árbol, deriva su vida del árbol y nunca puede vivir independientemente del árbol (Juan 15:4).

Esta vida espiritual nos es impartida por el Espíritu Santo para que podamos estar capacitados a obedecer los términos del pacto santo de Dios. Por esta nueva vida, Dios escribe su ley en nuestros corazones y entonces podemos andar en obediencia a sus mandamientos. Sin este principio gobernante de vida espiritual no puede haber obediencia espiritual.

El decir que podemos por nuestros propios esfuerzos pensar buenos pensamientos o darle a Dios una obediencia espiritual antes de que seamos regenerados espiritualmente es derribar el evangelio y la fe de la iglesia universal en todas las edades. No importa que tan poderosamente seamos motivados y alentados, sin regeneración no podemos hacer buenas obras las cuales son agradables y aceptables a Dios. Una vida religiosa, decente y moral derivada de uno mismo y no

‘nacida de Dios’ es tan pecaminosa como la peor de las vidas pecaminosas.

Objeción. ¿Si lo que se acaba de decir es cierto, entonces no sería igual de bueno el satisfacerse en pecados y concupiscencias en lugar de llevar una vida decente y moral? ¿Y para qué predicarles deberes a los no regenerados?

Respuesta. Todas las cosas buenas que los no regenerados hacen son en cierto sentido pecaminosas. Agustín llama a las virtudes de los no regenerados ‘pecados espléndidos.’ Para ser aceptable a Dios debe de haber dos cosas acompañando cada buena obra. Primero, Dios se debe agradar de esa obra, y segundo, debe ser hecha de una manera santa, siendo la persona que la hace santificada o apartada para la gloria de Dios.

Los no regenerados no pueden agradar a Dios.

El hombre no regenerado no puede llenar ninguna de estas condiciones porque no tiene fe, y ‘sin fe es imposible agradar a Dios’ (He. 11:6). Y a los no santificados, los que no son purificados por el lavamiento de la regeneración y por el Espíritu de gracia, todas las cosas están sucias porque sus conciencias y mentes están contaminadas (Tito 1:15). Pero como son hechas a la vista de los hombres, las buenas obras de los no regenerados son preferibles de cualquier modo a las obras malas y crueles. Como deberes son buenas. Como deberes hechos por los no regenerados son pecaminosos.

Eso lo que es bueno en sí mismo, aunque corrompido por los no regenerados, es todavía aprobado y aceptado en su lugar propio.

Pero los deberes se pueden hacer de dos formas. Pueden ser hechos en hipocresía y pretensión y así son totalmente aborrecidos por Dios en ambos, en lo que es hecho y como es hecho (Is. 1:11-15; Os. 1:4). Los deberes también se pueden hacer con toda honestidad y pureza de motivo de acuerdo con nuestra luz y convicción presente. La substancia de estas obras puede ser aprobada. Ningún hombre es exhortado a hacer cualquier cosa en hipocresía (Mt. 10:26). Así que por esta razón son aceptables entre los hombres.

El mismo deber hecho de acuerdo a la misma norma puede ser aceptado en uno y ser rechazado en otro, e.g., Caín y Abel (Gn. 4). La persona de Abel primero fue aceptada por Dios, y después su ofrenda. Abel ofreció en fe, sin la cual es imposible agradar a Dios. Pero Caín no fue aceptado y por eso su ofrenda no fué aceptada, porque no la ofreció en fe.

La voluntad de Dios es la norma de toda la obediencia que Dios requiere del hombre. El hombre, aunque pecador, todavía está obligado a obedecer a Dios, y Dios todavía tiene el derecho de demandar perfecta obediencia del hombre pecador. Es la culpa del hombre que no pueda obedecer a Dios, no la de Dios. Si Dios me manda a un cierto deber que yo no quiero hacer y para no hacerlo yo deliberadamente me lisió, él sería absolutamente justo y recto para castigarme por no hacer ese deber, aunque por mi propio deliberado acto yo mismo me haya hecho incapaz para hacerlo. Así es con el pecado.

Los predicadores deben enseñar la incapacidad natural.

Los predicadores del evangelio y otros tienen suficiente justificación para presionar en todos los hombres los deberes de arrepentimiento, fe y obediencia, aunque ellos saben que los no regenerados no tienen capacidad para hacer estas cosas. Deben enseñar a los no regenerados por qué no pueden y que es su propia culpa que no puedan hacer estos deberes.

Es la voluntad de Dios y el mandato de Dios que a los no regenerados se les digan sus deberes. No debemos considerar lo que el hombre puede hacer o hará, sino lo que Dios dice deben hacer. Hay dos buenas razones por que estos deberes deben ser presionados a los impíos. Los impíos deben ser detenidos de ir más adentro en el pecado y de ser endurecidos más y más, y estos deberes son los medios señalados por Dios para su conversión.

Y hay buenas razones por que los no regenerados deben prestar atención a estos deberes. Serán guardados de muchos pecados, especialmente el gran pecado de menospreciar a Dios. Al atender estos deberes, Dios los puede usar para ayudar a otros y promover su gloria en el mundo. Y al poner atención a estos deberes serán guardados en el camino de Dios y por la gracia de Dios obrando a su debido tiempo ser traídos a la conversión.

EN ESTE ESTADO DE MUERTE ESPIRITUAL LOS NO REGENERADOS NO TIENEN PODER NI DESEO DE VIVIR UNA VIDA ESPIRITUAL

Los no regenerados son como un cuerpo muerto que no tienen poder ni deseos de vivir.

Objeción. ¿Que de Balaam ‘deseando morir la muerte de los rectos’ (Nm. 23:10)? ¿Y que de Herodes, quien ‘oía a Juan el Bautista, de buena gana, y hacia muchas cosas, (Mr. 6:20)? *Respuesta.* No hay duda que los hombres no regenerados pueden hacer deberes

externos que son buenos en si mismos. Pueden realmente tener deseos por Dios como al que ellos creen que les puede traer perfecta felicidad. Pueden hacer grandes esfuerzos de ser como él y de agradarle. Pero hasta donde estos llegan son meramente deseos y esfuerzos naturales, y no brotan de una vida interna espiritual y de una naturaleza regenerada, ellos no son aceptables a Dios.

Aunque no hay deseos espirituales en los no regenerados, sin embargo los deseos que si tienen y los esfuerzos que si hacen para acercarse mas a Dios resulta del poder de Dios obrando en ellos, ya sea por medio de sus conciencias o por medio de la predicación de la ley y del evangelio o por el ejemplo de hombres piadosos. Estos deseos y esfuerzos hacia Dios en los impíos no salen de nada bueno que haya en ellos - porque en la carne no mora el bien (Ro. 7:18) - pero son el resultado del poder de Dios obrando en ellos y sobre ellos, aunque no lleve a la regeneración.

Estos deseos de ser bueno, y todos los deseos de agradar a Dios por buenas obras mostradas por los no regenerados, no salen de ninguna vida espiritual en ellos, ni tampoco despiertan el deseo de ser regenerados. Son producidos puramente por el poder de Dios por medio de la conciencia, predicación o ejemplo piadoso. Los hombres que están espiritualmente muertos pueden tener fuertes deseos de no morir eternamente, y hacen muchas cosas para prevenir este terrible juicio que les viene pero tales deseos de ser salvos no son evidencia de que en realidad son salvos, o aun que desean ser regenerados para ser salvos.

12: La Regeneracion En Si Misma

Es claro que los que viven y mueren no regenerados no pueden ser salvos. No hay salvación de la miseria eterna para los que no son liberados del estado de pecado. Si podemos ser salvos sin regeneración, sin la renovación de nuestra naturaleza, entonces no había necesidad de que todas las cosas fueran hechas nuevas por Cristo Jesús. Si los hombres pueden ser salvos en el estado de maldad traído a nosotros por la caída de Adán, entonces Cristo murió en vano.

Jesús dijo, 'El que no naciere otra vez, no puede ver el reino de Dios' (Juan 3:3). Lo que Jesús llama nacer otra vez en este verso, lo llama ser nacido del Espíritu en los versos cinco y seis porque es la obra del Espíritu Santo sola de hacer esta obra de regeneración (Juan 6:63; Ro. 8:11). Dios nos salva de acuerdo a su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y el renovamiento del Espíritu Santo (Tito 3:5; Juan 1:13; Santiago 1:18; 1Juan 3:9). Es claro, entonces, quien es el que hace esta obra de regeneración. Pero ahora debemos descubrir como lo hace y que medios usa.

LA VISTA PELAGIANA DE LA REGENERACION

De acuerdo al Pelagianismo, Dios da gracia a todos los que oyen predicar la ley y el evangelio. Los que hacen esto son persuadidos a arrepentirse y creer por las promesas del evangelio y las amenazas de la ley. Las cosas que se enseñan y mandan en la ley y en el evangelio se ven como no solamente buenas en si mismas sino totalmente razonables que cualquiera contentamente las recibiría si no fueran tan prejuiciosos, o deliberadamente escogieran continuar con su vida pecaminosa.

El hombre solo tiene que considerar estas promesas del evangelio y amenazas de la ley para quitar estos prejuicios y así reformarse a si mismo. Cuando el hombre cree al evangelio y lo obedece de su propia libre voluntad y elección, entonces él recibe el don del Espíritu Santo, entra a todos los privilegios del Nuevo Testamento, y tiene un derecho y titulo a todas las promesas concernientes a ambas al presente y la vida futura. Así dicen los Pelagianos.

De este modo el hombre se convierte a si mismo, y la gracia de nuestro Señor Jesucristo y la obra regeneradora del Espíritu Santo son excluidas. Todo lo que se necesita es la habilidad de persuadirlo a que se arrepienta de su pecado y crea y obedezca al evangelio.

Veamos ahora más de cerca esta doctrina del Pelagianismo o libre albedrío.

¿Cómo se persuade a una persona para que deje lo malo y haga lo bueno, de acuerdo al Pelagianismo? La persona es persuadida por las doctrinas, mandamientos, promesas y amenazas que están en la Palabra de Dios. La manera principal por la cual la Palabra de Dios es traída a las almas de los hombres es por el ministerio de la iglesia. La Palabra predicada de Dios es el único medio ordinario externo que el Espíritu Santo usa en la regeneración de un adulto. Esta predicación de la Palabra de Dios es un medio externo lo bastante suficiente para traer a una persona al arrepentimiento y a la fe. La revelación hecha de Dios y su mente es lo bastante suficiente para enseñar a los hombres todo lo que necesitan para creer y hacer, para que puedan convertirse a Dios y empezar a obedecerle.

Así, que primero, si los hombres no responden a la predicación de la doctrina los deja sin excusa (Is. 5:3-5; Pr. 29:1; 2Cr. 36:14-16). Segundo, la regeneración es el resultado de responder a la predicación de la Palabra (1Co. 4:15; Stg.1:18; 1P. 1:23).

¿Que entonces es la índole y el resultado de persuadir a la gente a ser buena? La índole de la obra es de que a la mente del hombre se le enseña la mente y voluntad de Dios y su deber hacia él. En verdad es cierto que el primer propósito de la revelación divina es para informar y alumbrar a la mente y hacernos saber la voluntad de Dios (Mt. 4:15, 16; Lucas 4:18, 19; Hch. 26:16-18; 20:20, 21, 26, 27). A un hombre primero se le debe enseñar la necesidad de la regeneración y lo que se le requiere que él haga al respecto.

Suponiendo que la mente sea alumbrada e informada, entonces cuando la Palabra de Dios es predicada, una obra poderosamente persuasiva atrae al no regenerado a rendirse y

a obedecerla. Sí, la Palabra de Dios es poderosamente persuasiva en si misma, pero hasta no nacer de nuevo, el hombre no regenerado no puede y no será persuadido por ella.

Los no regenerados deben ser persuadidos de que estas no son ‘fábulas por arte compuestas’ (2Pedro 1:16). Las cosas en la Escritura no son solo verdades, sino verdades divinas. Estas son cosas que la ‘boca del Señor hablo’. Y solo cuando una persona es nacida de nuevo las creerá.

Los no regenerados deben ser persuadidos que las cosas predicadas son buenas, hermosas y excelentes. Deben ser persuadidos que solo la fe en Dios los puede traer a la cúspide de toda felicidad. Deben de ser persuadidos que el único modo de que podrán ser aceptados por Dios, y que el único modo de que él se reconciliará con ellos, es por medio de la fe en la muerte sacrificial de su Hijo. Deben de ser persuadidos de la depravación pecaminosa de sus almas y de su completa inhabilidad de hacer algún bien aceptable para Dios sin primero haber sido nacido otra vez por su Espíritu. Todas estas verdades son verdades divinas, y por eso la persona que las oye debe de ser convencida que han sido reveladas por alguien que tiene autoridad divina. No solo la mente debe ser persuadida sino también el corazón debe ser activado para desear y la voluntad para abrazar de corazón estas cosas para salvación.

Si la predicación de la Palabra de Dios es hecha con gran elocuencia y habilidad del habla, entonces el hombre será persuadido a arrepentirse y creer, dicen los Pelagianos. Pero Pablo completamente rechaza esto en su ministerio. El dice, ‘Y ni mi palabra ni mi predicación fueron con palabras persuasivas de humana sabiduría, mas con demostración del Espíritu y de poder’ (1Co. 2:4). Algunos han tratado de hacer que las palabras ‘del Espíritu y de poder’ signifiquen la habilidad de Pablo para hacer milagros, como una persuasión agregada a los hombres. Pero esto va en contra de toda la enseñanza de Pablo en este capítulo y también en contra del consentimiento de los mejores expositores.

La verdadera efectividad de predicar no esta en la habilidad oratoria astuta del hombre, ni en la habilidad de respaldar las predicaciones haciendo milagros. Está en las siguientes dos cosas. Primero la predicación debe de haber sido instituida por Dios. Él a puesto la predicación de su Palabra para ser el único medio externo para la conversión de las almas de los hombres (1Co. 1:17-20; Mr.16:15, 16; Ro. 1:16).

Segundo, el poder que hace a la predicación efectiva en los corazones de los hombres para su salvación esta en las manos de Dios únicamente. Para algunos, la predicación es efectiva para salvación, para otros para condenación. Dios también da a sus asignados predicadores especiales dones espirituales y habilidades para predicar su Palabra (Ef. 4:11-13). Así que el poder para persuadir a una persona al arrepentimiento y creer al evangelio por la predicación esta en la voluntad soberna de Dios.

Los Pelagianos y todos los que creen que los pecadores primero se tienen que arrepentir y creer antes de que sean nacidos otra vez dicen que la única obra que el Espíritu Santo hace en la predicación es persuadir con motivos, argumentos y razonamientos dados a la mente natural e inconversa, y que solo por estos el pecador es

convencido y persuadido a arrepentirse. El pecador entonces se arrepiente y cree de su propia libre voluntad y opción.

Pero ya hemos demostrado que la mente del hombre está tan corrupta y depravada, que al menos que la predicación esté acompañada por el poder del Espíritu Santo en la regeneración ningún pecador será persuadido a arrepentirse y creer. Los medios externos de conversión entonces son la predicación de la Palabra de Dios. La obra interna necesaria para persuadir al hombre para que responda a la predicación es la regeneración, la cual es transformadora, no meramente una obra persuasiva hecha en las almas de los hombres por el Espíritu Santo, como ahora lo demostraremos.

Si el Espíritu Santo no hace mas que presentar razones, argumentos y motivos para la conversión, la voluntad de la persona no regenerada se mantendrá inmóvil. Si está primero en el no regenerado a arrepentirse y creer antes que el Espíritu Santo haga su obra de regeneración, entonces esto niega que la salvación sea por la gracia soberana de Dios.

Es en verdad cierto que la voluntad de los no regenerados puede resistir y rehusar al evangelio y la gracia que acompaña su predicación. Pero es falso decir que Dios no puede efectuar una obra de gracia en nosotros que no se puede resistir y que infaliblemente lleva a la conversión. Es falso decir que la única obra de gracia que Dios puede hacer en nosotros es la que se puede resistir y rechazar. Es falso decir que la voluntad de los no regenerados puede o no hacer uso de esa gracia de Dios, así como lo desee. Es falso decir que el poder de conversión descansa solo en el pecador, y que Dios no puede regenerar al pecador y traerlo a la conversión sin que el pecador haya primero dado su consentimiento. Esto es Pelagianismo.

Estas cosas son falsas porque éstas dan toda la gloria de nuestra regeneración y conversión a nosotros mismos y no a la gracia soberana de Dios. Son falsas también porque deja al hombre decidir quien estará en el cielo y quien no. A pesar del propósito de Dios de salvar, y a pesar de la encarnación y redención de Cristo, nadie podría ser salvo y Dios sería frustrado y decepcionado de su voluntad y propósito soberano.

Estas cosas son falsas porque esta enseñanza es contraria a la Escritura, la cual nos dice que la conversión depende de principio a fin en la gracia de Dios (Fil. 2:13). Dios obra en nosotros el querer nuestra conversión, y por su poder soberano la lleva a cabo.

Si la regeneración no es mas que persuadir a una persona de ser buena, entonces ninguna fuerza nueva, real, y sobrenatural ha sido conferida en el alma, aunque los prejuicios hayan sido removidos de la mente. De acuerdo a esta enseñanza, el hombre no tiene necesidad de tal poder sobrenatural, porque ha podido por su propio poder, el poder de su voluntad, para vencer a su depravada, pecaminosa y corrupta naturaleza, remover todos los errores y prejuicios de su mente y traerse a si mismo a tal santidad de vida como para hacerse totalmente aceptable a Dios. Este es el poder de la libre voluntad el cual algunos han creído y enseñado. Tales personas niegan que el hombre debe de nacer otra vez antes de que pueda hacer algo agradable y aceptable a Dios.

Algunos enseñan que la gracia de Dios ilumina la mente, y que todo lo que el hombre tiene que hacer es escoger lo bueno que la gracia de Dios le ha ensañado, y entonces esa gracia obrará juntamente con su voluntad y opción y así traer al alma al nuevo nacimiento. Pero todo lo que la gracia de Dios esta haciendo aquí es alumbrando a la mente, excitando a los deseos y ayudando a la voluntad, y esto solo al persuadir a la persona a arrepentirse y creer. Ninguna fuerza real es impartida al alma. La voluntad es dejada perfectamente libre para cooperar o no con esta gracia, así como lo desee. Esto también niega la gracia entera de Cristo y la hace sin ningún uso en la salvación. Atribuye a la libre voluntad del hombre el honor por su conversión. Hace al hombre darse el nacimiento a si mismo lo cual son tonterías. Destruye la analogía entre la obra del Espíritu Santo al formar el cuerpo natural de Cristo en el vientre y la obra del Espíritu Santo al formar su cuerpo místico en la regeneración. Hace el hecho de vivir para Dios por medio de fe y obediencia ser simplemente un acto natural humano no el resultado de la mediación de Cristo. No permite al Espíritu de Dios mas poder en regenerarnos que el que hay en un ministro que predica la Palabra o el de un orador que elecuentemente y sentimentalmente persuade a una persona de volverse del mal a hacer bien.

Nosotros no oramos a Dios por nada sino por lo que él ha prometido darnos. ¿Acaso alguno entonces ora que Dios meramente lo persuada a él o a otros para que crean y obedezcan? ¿Ora la gente para ser convertidos o para convertirse ellos mismos? La iglesia de Dios siempre haorado que Dios obre estas cosas en nosotros. Aquellos que verdaderamente están preocupados por sus almas oran que Dios los traiga a un verdadero arrepentimiento y fe, que él benignamente obre estas cosas en sus corazones. Oran que Dios les dé fe por amor de Cristo y lo engrandezca en ellos y que él obre en ellos por la sobresaliente grandeza de su poder ambos el deseo y el hacer de acuerdo a su buena voluntad.

El pensar que por todas estas oraciones, y con todos estos ejemplos de oración dadas a nosotros en la Escritura, no deseamos mas que Dios nos persuada, excite y nos conmueva para obrar por nuestro propio poder y habilidad para traer la respuesta a nuestras oraciones por nuestros propios esfuerzos, es contrario a toda experiencia Cristiana. Porque para el hombre orar con importunidad, seriedad y con ferviente celo por eso que él es lo bastante capaz de hacer por si mismo, y lo cual no puede ser hecho al menos que él desee que sea hecha por su propia libre opción, es ridículo. Se burlan de Dios los que oran a él para que haga por ellos lo que ellos pueden hacer por si mismos. Supón que un hombre tiene la habilidad para creer y arrepentirse. Supón que su habilidad para creer y arrepentirse este solo en su libre albedrío y que Dios no puede por su gracia obrar en él, sino solo persuadirlo a arrepentirse y creer, y de darle buenas razones porque lo deba de hacer, ¿cual seria el propósito de orar a Dios? ¿Porque pedirle a Dios que le de fe y arrepentimiento?

Es porque muchos creen que tienen en su propio poder el arrepentirse y creer cuando así lo deseen, porque piensan que las oraciones Cristianas son sin uso y tontas.

Pero es igual de fácil persuadir a una persona a regenerarse por medio de persuadirse a si mismo de arrepentirse y creer como lo es de persuadir a un hombre ciego que vea, o un cojo que ande normal o aun muerto que se levante de la tumba.

Conclusión: La obra de regeneración no es el Espíritu Santo persuadiendo a los pecadores a arrepentirse y creer.

COMO LA REGENERACIÓN ES CUMPLIDA

Al regenerar a una persona el Espíritu Santo hace uso de la ley y el evangelio. No hay solamente una obra moral sino también una obra directa de cambio de naturaleza del Espíritu Santo en las mentes o almas de los hombres en la regeneración. Esto es de lo que nos debemos sostener, o toda la gloria de la gracia de Dios es perdida y la gracia que viene a nosotros por Cristo será descuidada. Pablo nos dice de esta obra directa del Espíritu: 'Para que sepáis. . . cual sea aquella supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, por la operación de la potencia de su fortaleza, la cual obró en Cristo, resucitándole de los muertos' (Ef. 1:18-20). El poder aquí mencionado tiene una supereminente grandeza atribuida, porque por este poder Cristo fué físicamente levantado de los muertos. Pablo nos deja saber que el mismo gran poder el cual Dios obró en Cristo cuando lo levanto de los muertos es el mismo gran poder el cual el Espíritu Santo obra en nosotros cuando nos levanta de la muerte espiritual a la vida espiritual en la regeneración. Por este mismo gran poder somos preservados por Dios hasta el día de salvación. Es por este mismo gran poder que continuamente obra en los Cristianos que son preservados de jamás caerse como para estar eternamente perdidos.

Es dicho que Dios 'hincha de bondad todo buen intento, y toda obra de fe con potencia' (2Ts. 1:11; 2P. 1:3). Por lo tanto en la Escritura la obra de gracia en la conversión se le llama hacer vivo, crear, formar, el dar un corazón nuevo. Todo esto enseña que una verdadera obra se ha hecho en las almas de los hombres. Y todas estas actividades son atribuidas a Dios. Es Dios quien nos crea de nuevo, nos hace vivos y nos enjendra de su propia voluntad. Pero cuando la regeneración se refiera a nosotros, estas actividades son expresadas pasivamente. Somos creados en Cristo Jesús. Somos nuevas criaturas. Somos nacidos otra vez. A menos que estas cosas sean forjados en nosotros por el poder directo de Dios el Espíritu Santo como la Biblia lo dice, tales cosas no podrían posiblemente existir. Así entonces la Escritura claramente nos enseña que el Espíritu Santo sí hace una obra poderosa, efectiva y directa en nuestras almas y mentes cuando nos regenera.

Esta obra es infalible, por la cual quiere decir que no falla en hacer su obra en el que él escoge para regenerar. No puede ser resistida, y siempre es victoriosa. Donde Dios se propone regenerar una persona, esa persona es regenerada y no puede de ningún modo resistir a la voluntad de Dios en la cuestión.

Donde alguna obra de gracia empezada en una persona no tiene como resultado la regeneración y la salvación de esa persona es porque Dios nunca se propuso regenerar a esa persona, y por lo tanto no obró esa obra en él.

Hay un principio doctrinal importante para aprender aquí. Cuando el Espíritu Santo se propone regenerar a una persona, remueve todos los obstáculos, vence toda resistencia y oposición, e infaliblemente produce el resultado que se propuso.

Cuando el Espíritu Santo hace su obra de regeneración en nosotros él obra de acuerdo a la naturaleza de nuestras mentes, corazones y voluntad, no pasando por encima, forzándolos o lastimándolos. Él obra en nuestras almas de acuerdo a su naturaleza, poder y habilidad. Aquí hay algunos ejemplos de la Biblia. ‘Conviérteme y seré convertido’ (Jer. 31:18). ‘Llévame en pos de ti, correremos’ (Cnt.1:4). Dios nos acerca con las ‘cuerdas de un hombre’. La obra misma es descrita como persuasión. ‘Dios persuadirá a Japhet’ (Gn. 9:27). La obra también es descrita como ‘inductiva’. ‘Yo la induciré, y la llevare al desierto, y hablare a su corazón’ (Óseas 2:14).

De la misma manera como en estas obras del Espíritu Santo, la regeneración de ninguna manera lastima nuestras facultades naturales.

El Espíritu Santo en nuestra regeneración no forma en la mente grandes impresiones entusiastas. Ni tampoco obra en nosotros como lo hizo en los profetas, por inspiración especial, por la cual sus mentes y órganos del cuerpo eran meramente instrumentos pasivos, movidos por él por encima de su propia capacidad y actividad natural. Pero él obra en las mentes de los hombres y en y por sus propias actividades naturales, por medio de una influencia e impresión directa forjada en ellos por su poder. ‘Crea en mi, o Dios, un corazón limpio; y renueva un espíritu recto dentro de mí’ (Sal. 51:10). El Espíritu Santo ‘obra el querer como el hacer’ (Fil. 2:13).

El Espíritu Santo entonces no fuerza o compela a la voluntad. Si la voluntad es forzada, es destruida. En la parábola de la gran cena donde el amo de la casa manda a sus sirvientes a traer mas gente, el dice, ‘Fuérzalos a entrar’ (Lucas 14:23). Esto no quiere decir, ‘fuérzalos en contra de su voluntad’, si no mejor dicho demuestra la seguridad de la invitación invalidando su sorpresa e incredulidad, de que ellos de todas las gentes hubieran sido invitados.

Pero la voluntad del no regenerado esta ‘ajena a la vida de Dios’ (Ef. 4:18). Esto es, esta llena y poseída por el odio a lo que es espiritualmente bueno. Está en continua oposición a la voluntad de Dios porque está bajo el poder de la ‘mente carnal’ la cual es ‘enemistad contra Dios’ (Ro. 8:7).

Sin embargo, a pesar de estas cosas, el Espíritu Santo vence toda oposición y triunfa en su obra. Pero, bien podemos preguntar, ¿como se puede hacer esto sin forzar y compeler a la voluntad?

En la obra de la conversión a Dios, hay reacción entre la gracia y la voluntad. Inicialmente la gracia y la voluntad de los no regenerados están opuestas la una a la otra. Sin embargo la gracia gana la victoria sobre la rebelde y no regenerada voluntad, por las siguientes razones.

La enemistad y oposición de la voluntad no regenerada esta en contra de la gracia así como se le presenta a la voluntad en la Palabra de Dios. De esta forma los hombres resisten al Espíritu porque resisten a la predicación de la gracia. Ahora si la predicación de la gracia es solo presentada a la voluntad, entonces los hombres siempre la resistirán. La enemistad en su corazón prevalecerá en contra de la predicación. Pero la obra de regeneración es una obra interna, transformando nuestra mera naturaleza. Esta obra de regeneración no es predicada a la voluntad y por eso no es resistida por la voluntad, sino obra efectivamente en la voluntad, renovándola maravillosamente.

La voluntad, en el primer acto de conversión, no desea o escoge actuar primero y después es regenerada. Mejor dicho primero es renovada por la regeneración y entonces desea o escoge. La voluntad queda pasiva e inerte hasta que es animada por el Espíritu Santo en la regeneración. Hay un acto secreto, todopoderoso e interno de poder produciendo o obrando en nosotros el deseo de ser convertidos a Dios. Este acto de poder obra de tal forma en nuestra voluntad que libremente y felizmente deseamos lo que Dios quiere que nosotros deseemos y escojamos, lo cual es hacer su voluntad.

El Espíritu Santo entiende a nuestras almas mas maravillosamente que lo que nosotros jamás pudiéramos. Así que al hacer esta obra de regeneración en nuestras almas él maravillosamente cuida de ellas, las preserva y, de ninguna manera lastimando la libertad de nuestra voluntad, efectivamente obra en ellas la regeneración y conversión a Dios.

Así que aprendemos dos grandes principios bíblicos:

(1) Aprendemos que la obra de conversión misma, especialmente el acto de creer, es expresadamente dicho ser la obra de Dios. Él es el que obra la conversión en nosotros, y él es quien nos da fe.

Nada es dicho en la Escritura sobre algún poder dado al hombre para capacitarlo a creer antes de que crea.

Objeción: ¿Pero que de Pablo diciendo, ‘Todo lo puedo en Cristo que me fortalece’ (Fil 4:13)?

Respuesta: Si lees el verso cuidadosamente no encontraras nada en el que nos diga que a la persona no regenerada se le ha dado un poder para capacitarlo para cumplir su primer acto de fe en Cristo. Todo lo que Pablo esta hablando es de un poder en sí mismo como creyente. El regenerado tiene gracia morando en él para recurrir. El no regenerado no tiene tal gracia morando en él.

La Palabra de Dios crea fe.

La palabra de Dios obra fe en nosotros por una obra de creación (Ef. 2:10; 2Co. 5:17). La primera obra de Dios en nosotros es de capacitarnos para querer (Fil. 2:13). Ahora el querer creer es creer. Este Dios obra en nosotros por gracia. Él obra en nosotros sin nuestra ayuda, la voluntad siendo pasiva. Pero la voluntad en su propia naturaleza es lo

bastante capaz para que el Espíritu Santo obre en ella, quien por su gracia la levanta a la fe y obediencia. Si Dios puede restablecer la vida y salud a un cuerpo muerto, él es bien capaz para restaurar a la voluntad a su propósito original de su creación.

Algunos creen y enseñan que a todos los que se les predica el evangelio se les dá el poder para creerlo si así lo desean. Ellos citan Marcos 16:16, que enseña que todos los que no creen al evangelio perecerán eternamente. Pero, se discute, no sería recto que ellos perecieran eternamente al menos que tuvieran el poder para creer al evangelio cuando se les predica.

Los que no creen no tienen remedio para sus pecados (Juan 8:24). Pero la inhabilidad del hombre para creer es su propia culpa (Juan 12:39). Los que rechazan al evangelio lo hacen por su propia libre opción (Mt. 23:37; Juan 5:40). La Escritura claramente enseña que los hombres están completamente incapacitados para creer (Juan 12:39; 1Co. 2:14). No les es dado a todos los hombres el conocer los misterios del reino celestial, sino solo a algunos (Mt. 11:25; 13:11). 'No es de todos la fe' (2 Ts. 3:2). Solo los escogidos de Dios tienen fe (Tito 1:1; Hch. 13:48).

Sería también engañoso para nosotros que se nos diga en la Escritura que Dios obra la fe en nosotros, si en realidad él no hace semejante cosa (Fil. 1:29; 2:13).

Jesús nos dice que nadie puede venir a él si el Padre no lo trae (Juan 6:65). Pablo nos dice que la fe por la cual somos salvos 'no es de vosotros pues es un don de Dios' (Ef. 2:8). Sería engañoso que la Biblia nos diga que la fe es un don de Dios para nosotros, si no es su don después de todo, sino algo que nosotros podemos hacer.

Dios da Arrepentimiento

La Biblia claramente enseña que cuando Dios convierte a un pecador por el mismo poder que levantó a Cristo de los muertos, él verdaderamente obra la fe y el arrepentimiento en el pecador (2 Ti. 2:25; Hch. 11:18). Es verdadero arrepentimiento y verdadera fe lo que Dios obra en nosotros, y no solo un poder para arrepentirse y creer, el cual podemos escoger si usarlo o no como lo deseemos cuando lo tenemos.

(ii) El segundo principio bíblico que aprendemos es que cuando Dios obra la fe y el arrepentimiento en nosotros, lo hace por su poder, y la obra es hecha infaliblemente y no puede ser resistida por la voluntad del hombre. Al hacer esta obra de regeneración, el Espíritu Santo quita todo sentimiento de repugnancia y vence toda resistencia a Cristo y a su evangelio (Dt. 30:6).

Pablo explica lo que es tener un corazón circuncidado (Col. 2:11). Es el quitar el cuerpo de pecados de la carne por la circuncisión de Cristo, esto es, por nuestra conversión a Dios.

Jamás algún hombre a circuncidado su corazón. Ningún hombre puede decir que empezó a hacerlo por el poder de su propia voluntad, y después Dios lo ayudo por su

gracia. La circuncisión del corazón hecha por el Espíritu Santo quita la ceguera, obstinación y terquedad que está naturalmente en nosotros. La circuncisión del corazón quita todos los prejuicios de la mente y el corazón los cuales estorban y resisten a la conversión. Ahora, si toda esta resistencia y oposición son quitadas, ¿cómo puede el corazón resistir la obra de gracia? (Véase Ez. 36:26, 27; Jer. 24:7; 31:33, Is. 44:3-5).

¿Esta bien que oremos que Dios haga en nosotros y en otros lo que él ha prometido hacer?

Podemos orar por ambos, por nosotros y otros, que la obra de nuestra conversión sea renovada, continuada y perfeccionada. Pablo dice, ‘Estando confiado de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionara hasta el día de Jesucristo’ (Fil. 1:6).

La regeneración es una obra completa y terminada, pero también es el principio de la obra de santificación. Mientras estemos en este mundo la santificación no es una obra completa, y como tal debe de ser continuamente renovada. La santificación es la mortificación continua de los restos del pecado en nosotros y el continuo crecimiento y fortalecimiento de la gracia de Dios en nosotros. Y es correcto que debamos orar por otros por la misma obra que Dios obra en nosotros.

¿Verdaderamente Dios hace en nosotros lo que él prometió hacer?

Si no lo hace, ¿donde esta su veracidad y fidelidad? ¿Prometió él convertirnos solo si nos convertimos nosotros mismos? Si Dios no obra en nosotros como él prometió, es porque no puede, o porque no lo hará. Pero ninguna de estas se puede decir de Dios.

El sujeto de estas promesas es el corazón. Antes de la obra de gracia el corazón es de ‘piedra’. No puede hacer nada mas que lo que una piedra puede hacer para agradar a Dios. Un corazón de piedra es obstinado y terco. Pero Dios dice que él quitará el corazón de piedra (Ez. 11:19). Él no dice que tratara y lo quitará, o darnos algún poder para que nosotros lo podamos quitar, sino que él lo quitara. Cuando Dios dice que él lo quitará, él quiere decir que él infaliblemente lo quitará y que nada lo puede parar de quitarlo. Él promete darnos un corazón nuevo y un espíritu nuevo. ‘Yo os daré un corazón nuevo’ (Ez. 36:26). Él hace esto para que le temamos y andemos en sus caminos. Él prometió escribir su ley en nuestros corazones. Esto simplemente significa que él pondrá dentro de nosotros una habilidad y poder para andar en obediencia a él (e.g., Hechos 16:14).

LA GRACIA DE LA REGENERACIÓN

La regeneración es llamada ‘levantamiento a vida’ o ‘dar vida’ (Ef. 2:5; Juan 5:25; Ro. 6:11). La obra misma es nuestra regeneración (Ef. 4:23, 24; Juan 3:6).

El Espíritu Santo obra en la mente

Él dá entendimiento (1Juan 5:20). El hombre por el pecado vino a ser como las bestias, sin entendimiento (Sal. 49:12, 20; Jer. 4:22; Ro. 3:11). David ora por entendimiento (Sal. 119:34). Pablo ora para que los creyentes experimenten la revelación de Cristo (Ef. 1:17, 18). Por esto él quiere decir iluminación subjetiva para que nosotros podamos comprender lo que es revelado, no nuevas revelaciones objetivas. Pablo no ora para que los Cristianos en Efeso recibieran nuevas revelaciones.

Hay un ‘ojo’ en el entendimiento del hombre. Este ojo es la habilidad para ver cosas espirituales. A veces es dicho que esta ciego, cerrado en oscuridad. Por estas descripciones se nos enseña que la mente natural no puede conocer a Dios personalmente para salvación, y tampoco puede ver, esto es, discernir cosas espirituales. Es la obra del Espíritu de gracia de abrir este ojo (Lucas 4:18; Hechos 26:18). Él hace esto, primeramente, al darnos el espíritu de sabiduría y revelación. Segundamente, nos da un corazón para conocerle (Jer. 24:7).

Hay entonces en la conversión una obra efectiva, poderosa y creativa del Espíritu Santo en y dentro de las mentes de los hombres, capacitándoles para ver o discernir las cosas espirituales de una manera espiritual. Esto se llama la renovación de nuestras mentes (Ef. 4: 23; Col 3:10; Ro. 12:2; Tito 3:5). Por ello Dios da luz a nuestras mentes (2Co. 4:6).

El Espíritu Santo obra en la voluntad

La frase ‘muertos en pecado’ se refiere a la voluntad naturalmente depravada del no regenerado. La voluntad se puede ver de dos modos. Puede ser vista como la facultad vital y racional de nuestras almas, o puede ser vista como un principio libre y gobernante, la libertad siendo de su esencia o naturaleza.

Esta voluntad, entonces, es renovada en nuestra conversión por el Espíritu Santo. El Espíritu Santo implanta en la voluntad un principio nuevo de vida espiritual y santidad.

Si el Espíritu Santo no obra directamente y efectivamente en la voluntad, si él no crea en la voluntad un nuevo principio gobernante de fe y obediencia, si él no infaliblemente determina todos los actos libres de la voluntad, entonces toda la gloria de nuestra conversión es para nosotros. Entonces sería por nuestra propia libre voluntad obedientemente respondiendo al evangelio que nos haría diferenciarnos de otros que no responden al evangelio. Todas estas semejantes afirmaciones falsas van en contra de las enseñanzas de Pablo (1Co. 4:7).

Si es por nuestra propia libre voluntad y opción que somos salvos, entonces el propósito de Dios de convertir a una sola alma puede ser frustrado. Dios puede determinar salvar a un alma. Pero después que ha hecho todo lo que se debe hacer o puede hacerse para la salvación de esa alma, sin embargo si la voluntad queda sin cambiar, y Dios no puede hacer nada para renovar esa voluntad, el alma no será convertida. Así la voluntad determinada de Dios es frustrada. Esto es contrario a los testimonios de Cristo (Mt. 11:25, 26; Juan 6:37; Ro. 8:29). Tampoco pueden las

promesas que Dios hizo a Jesús concerniente al gran numero de gente que creerían en él ser infaliblemente llevadas acabo, si es que es posible que ninguno creeria en él. Entonces todo dependería en la libre voluntad indeterminada del hombre si cree en Jesús o no y la salvación seria ‘de aquel que desea,’ y de aquel ‘que corre,’ y no ‘de Dios que tiene misericordia del que tiene misericordia’ (Ro. 9:15, 16). Por lo tanto hacer al propósito de Dios de salvar por su gracia depender de la voluntad del hombre no es consistente con nosotros ser la ‘hechura de Dios, criados en Cristo Jesús para buenas obras’ (Ef. 2:10). Ni tampoco, en esta suposición, los hombres conocen lo que oran cuando oran por la conversión propia y de otros a Dios.

Tal obra del Espíritu Santo en nuestra voluntad ya que puede curar y quitar la depravación es por eso necesaria. La voluntad debe ser liberada del estado de muerte espiritual y capacitada para vivir para Dios. La voluntad debe ser renovada y reestablecida a un nuevo principio gobernante de fe y obediencia.

El Espíritu Santo nos hace criaturas nuevas.

Todo esto es la obra del Espíritu Santo. Él nos trae, los que estábamos muertos en delitos y pecados, a la vida. Él nos da un corazón nuevo y pone un espíritu nuevo en nosotros. Él escribe su ley en nuestros corazones, para que sepamos y hagamos la voluntad de Dios y así caminar en sus caminos. Él obra en nosotros el querer como el hacer por su buena voluntad. Hace a los indispuestos y obstinados a querer y ser obedientes, y eso por su propia libre voluntad y opción.

De la misma forma, él implanta en nuestros corazones un prevaleciente amor a Dios, causando al alma a aferrarse a él y a sus caminos con deleite y satisfacción (Dt. 30:6; Col 2:11).

Por naturaleza, el corazón esta depravado, para que la mente y la voluntad deseen llenar las concupiscencias que están en él. (Ga. 5:24; Snt. 1:14, 15), pero el Espíritu Santo circuncida el corazón con sus concupiscencias y deseos, y nos llena con amor santo y espiritual, gozo, temor y deleite. El Espíritu Santo no cambia la esencia de nuestros deseos pero los santifica y los guía por su luz salvadora y sabiduría. Por medio de esto él une los deseos con su objeto propio el cual es Cristo.

Conclusión.

La regeneración es claramente atribuida en las Escrituras a Dios o específicamente a su Espíritu (1P. 1:3; Stg. 1:18; Juan 3:5, 6, 8; 1Juan 3:9). La Escritura excluye a la voluntad del hombre de cualquier parte activa en la regeneración (1P. 1:23; Juan 1:13; Mt. 16:17; Tito 3:5; Ef. 2:9, 10)

13: LA OBRA DE CONVERSIÓN

El principio corrupto de pecado obra temprano en nuestras naturalezas, y en la mayor parte evita a la gracia de obrar en nosotros (Sal. 58:3). Al nosotros crecer mentalmente y físicamente, nuestras naturalezas cada vez mas vienen a ser los dispuestos instrumentos de iniquidad (Ro. 6:13). Este gobernante principio perverso en nosotros se revela mas y más al nosotros crecer (Ec. 11:10). Así que el niño, al ir creciendo, empieza a cometer verdaderos pecados, e.g., mintiendo.

El pecado crece

Los hombres al crecer en su estado no regenerado, el pecado gana territorio subjetivamente y objetivamente. Los deseos subjetivos naturales del cuerpo se fortalecen, y objetivamente los órganos físicos para el cumplimiento de estos deseos se están desarrollando. Pero esos deseos subjetivos gobernados por el pecado vienen a ser deseos pecaminosos, y los órganos para el cumplimiento de esos deseos vienen a ser instrumentos de pecado. De este modo cuando Pablo fue confrontado por los mandamientos de Dios los cuales le prohibieron de cumplir esos deseos pecaminosos, fue tentado mas fuerte para satisfacer sus concupiscencias (Ro. 7:8). A Timoteo se le advierte de ‘huir de los deseos juveniles’ (2Ti. 2:22). David oró de que sus pecados de su mocedad no fueran recordados y tomados en contra de él (Sal 25:7). Son estos pecados de la mocedad que frecuentemente son los tormentos de la vejez (Job 20:11).

Dios frecuentemente permite a los hombres caer en grandes verdaderos pecados para despertar sus conciencias o como un juicio a ellos (Hechos 2:36, 37). Les permite llevar a cabo los deseos de su corazón. Entonces un hábito dominante de pecar toma posesión del hombre. Los hombres se endurecen en el pecado y pierden todo sentido de vergüenza.

Sin embargo todavía hay esperanza, aun para los peores de los pecadores (1Co. 6:9-11; Mt. 12:31, 32; Lc. 12:10). Primeramente, porque, a pesar de la depravación de la naturaleza, varios sentimientos, temores, presentimientos, o lo que se les a haya enseñado o oído en sermones puede despertar al casi apagado ‘fuego celestial’ dentro del hombre. Estas son nociones innatas de lo bueno y lo malo, lo recto y lo incorrecto, los premios y los castigos, acoplados con el sentido que Dios nos puede ver, y que él puede estar dispuesto a ayudarnos, si solo nosotros no tuviéramos pavor a encararlo. Y segundo, Dios obra en el hombre por su Espíritu por medio de muchos medios externos para hacerlos que lo consideren. ‘No hay Dios en todos sus pensamientos’ (Sal. 10:4). Lo que sea que hacen en la religión no es para glorificar a Dios (Amos 5:25).

Variedad en los caminos de Dios

Dios puede empezar su obra de varias maneras. Él puede empezarla por medio de juicios repentinos y alarmantes (Ro. 1:18; Sal. 107:25-28; Jonas 1:4-7; Ex 9:28). Él puede empezarla por medio de desastres y aflicciones personales (Job 33:19, 20; Sal. 78:34, 35; Óseas 5:15; 1R. 17:18; Gn. 42:21, 22; Ec. 7:14). Él puede empezarla por medio de liberaciones extraordinarias de la muerte juntamente con otras grandes misericordias (2R. 5:15-17). Él puede empezarla por medio de testimonios de otros (1P. 3:1, 2). Él puede empezarla por medio de la Palabra de Dios (1Co. 14:24, 25, Ro.7:7).

Sin embargo aparte de todo esto, los hombres frecuentemente no ponen atención porque sus mentes todavía están oscuras. Piensan que son tan buenos como pueden ser. Aman el ser populares y temen perder a sus amigos. Tienen buenas intenciones las cuales vienen a hacer nada. Satanás les ciega sus mentes y están llenos de amor para sus concupiscencias y placeres.

El Espíritu convence de pecado

Al llamar a los hombres para Dios el Espíritu Santo primero los convence del pecado. Al pecador se le hace considerar su pecado, y sentir su culpabilidad en su conciencia.

El Espíritu Santo convence de pecado por medio de la predicación de la ley (Sal. 50:21; Ro. 7:7; Juan 16:8).

Algunos pierden todo el sentido de convicción porque el poder de sus concupiscencias apaga esta convicción. Son curados superficialmente pero no ha habido un arrepentimiento real. Así son llevados a un falso sentido de paz con Dios. El mundo los atrae de nuevo a sus malvadas garras (Pr. 1:11-14). No son castigados inmediatamente por sus pecados (Ec. 8:11; 2P. 3:4).

En otros el Espíritu Santo se agrada de llevar a cabo esta obra de convicción hasta que resulta en conversión. Un conflicto entre corrupciones y convicciones se levanta (Ro. 7:7-9). Promesas de ser y hacer mejor se hacen (Oseas 6:4). Una gran aflicción se puede levantar en el alma al ser despedazada entre el poder de la corrupción y el terror de la convicción.

El Espíritu Santo despierta en ellos un pavor sobre su eterno destino. Sienten dolor y vergüenza (Gn. 3:7; Hechos 2:37). Empiezan a temer a la ira y condenación eterna (He. 2:15; Gn. 3:8, 10). Quieren conocer el camino de la salvación (Mi. 6:6, 7; Hch. 2:37; 16:30). Empiezan a orar por la salvación, se abstienen del pecado y hacen cada esfuerzo para vivir una vida mejor. Son traídos bajo el espíritu de servitud para temer (Ro. 8:15; Ga. 4:22-24).

Estos temores no son requeridos como un deber que el hombre debe llenar antes de ser salvo. Él en verdad puede sentir estos temores, pero Dios bien fácilmente puede convertirlo sin ellos. Dios trata con cada persona diferentemente. Pero dos cosas son necesarias.

El pecador debe de ser traído a reconocer su culpabilidad delante de Dios sin excusas o culpar a otros (Ro. 3:19; Ga. 3:22). Debe de reconocer su necesidad de un medico.

Como su única esperanza de salvación está en recibir y creer al evangelio, esto él debe hacer o no será salvo. Su deber entonces es claro. Debe de recibir la revelación de Jesucristo y la justicia de Dios en él (Juan 1:12). Debe de aceptar la sentencia de la ley (Ro. 3:4, 19, 20; 7:12, 13). Debe de tener cuidado de no creer todo lo que se le pone de

cómo puede ser salvo (Mi. 6:6, 7). En particular debe de estar alerta por falsos cultos religiosos, y de creer que de algún modo él se puede salvar por su propia justicia.

Hay dos peligros de los cuales hay que estar alerta. El primero es pensar, 'No he tenido suficiente pesar o verdaderamente me he arrepentido de mi pecado'. No se han prescrito grados de pena en el evangelio. Solo Dios puede obrar verdadero arrepentimiento en ti. El arrepentimiento es su regalo para ti.

El segundo gran peligro es pensar que tú eres un pecador tan malo que es imposible que Cristo te salve. Recuerda, que entre más dificultosa sea la enfermedad para curar, la más gloria el médico toma cuando la cura. Cristo llama a sí mismo a los peores de los pecadores, para que así él tome la gloria más grande por su salvación.

Fe en Cristo.

Dios termina su obra de conversión regenerando al pecador y así capacitándole para volverse de sus pecados y creer en el Señor Jesucristo. Esta es la obra especial de el evangelio (Juan 1:17; Ro. 1:16; 1P. 1:23; Stg. 1:18; Ef. 3:8-10). El evangelio debe de ser predicado (Ro. 10:13-15). La predicación del evangelio es acompañada con una revelación de la voluntad de Dios (Juan 6:29). 'Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo' (Hch. 16:31). El rechazar a este llamado hace a Dios mentiroso porque enseña desprecio a su amor y gracia (1Juan 5:10; Juan 3:33).

Cristo debe de ser predicado como crucificado (Juan 3:14, 15; Ga. 3:1; Is. 55:1-3; 65:1), y ser visto como el único Salvador de los pecadores (Mt. 1:21; 1Ts. 1:10). ¡Hay un camino de escape de la maldición de la ley (Sal 130:4; Job 33:24; Hechos 4:12; Ro. 3:25; 2Co. 5:21; Ga. 3:13)! Dios está bien complacido con la expiación de Cristo y quiere que la aceptemos (2Co. 5:18-20; Is. 53:11, 12; Ro. 5:10, 11). Si creemos, seremos perdonados (Ro. 8:1, 3, 4; 10:3, 4; 1Co. 1:30, 31; 2Co. 5:21; Ef. 2:8-10).

El evangelio está lleno con tales razones, invitaciones, alientos, exhortaciones y promesas para persuadirnos a recibir a Cristo. Están todos designados a explicar y declarar el amor, gracia, fidelidad y buena voluntad de Dios en Cristo.

Al predicar, Dios frecuentemente causa alguna palabra especial a pegarse en la mente del pecador, y por el obrar efectivo del Espíritu Santo esa palabra es hecha el medio para traer al pecador a la conversión.

El Espíritu Santo da el deseo de obedecer a Cristo

Cuando el Espíritu Santo trae a un pecador a poner su fe en Cristo, su corazón también es lleno por el mismo Espíritu Santo con un deseo santo de todo corazón de obedecer a Cristo y volverse de todo pecado.

Aquellos de este modo convertidos a Cristo, son, en sus confesiones o profesiones de fe, admitidos a la sociedad de la iglesia y a todos los misterios de la fe.

14: La Naturaleza De la Santificación y Santidad Evangélica

La oración de Pablo para los Cristianos es de que el Dios de paz los santifique completamente (1 Ts. 5:23). Su seguridad es que 'fiel es, el que lo hará (V.24).

De esta oración primero aprendemos, que el que nos santifica es Dios. Así como Dios nos dio nuestro ser, así nos da nuestra santidad. No es por naturaleza sino por gracia que somos hechos santos. Segundo, aprendemos que el que nos santifica es declarado enfáticamente de ser Dios mismo. Si Dios no lo hace, nadie más lo hará. Y por tercero, aprendemos que el que nos santifica es 'el Dios de paz' (Ro. 15:33; 16:20; 2Co. 13:11; Fil 4:9; He. 13:20).

Santificados por el Dios de paz

La santificación es un fruto de esa paz con Dios la cual él ha hecho y preparado para nosotros por Jesucristo. 'Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo a sí' (2Co. 5:19).

Dios, al santificar nuestra naturaleza, mantiene esa paz la cual tenemos con él. Es la santidad que mantiene una sensación de paz con Dios, e impide esos pecados espirituales los cuales todavía tienden a escaparse de la naturaleza corrupta que está todavía en nosotros. Por lo tanto Dios, como el autor de nuestra paz, es también el autor de nuestra santidad.

Él nos santificara completamente, esto es, enteramente, Ninguna parte nuestra se quedara pecaminosa o bajo el poder del pecado. Nuestra naturaleza entera es el sujeto de esta obra. Él hará santa cada parte de nosotros. Y esta obra eventualmente será perfeccionada.

Pablo ora, primero, que nuestra naturaleza entera, nuestro espíritu entero, alma y cuerpo sean santificados, y entonces él ora de que seamos preservados sin mancha en la paz de Dios a la venida de nuestro Señor Jesucristo. Esto, él deja saber a los Cristianos, es el propósito entero de nuestra santificación.

La santificación la obra del Espíritu.

La santificación entonces, es la obra directa del Espíritu Santo en nuestra naturaleza entera. Procede de la paz hecha para nosotros por Jesucristo. Por esta paz con Dios por medio de Jesucristo, seremos preservados sin mancha, o seremos mantenidos en un estado de gracia y aceptación continua con Dios, de acuerdo a los términos de su pacto, hasta el fin.

Pero antes de ir más lejos debemos realizar que hay dos clases de santificación. Hay la santificación por la cual la gente o cosas son dedicadas, consagradas, o separadas por el servicio de Dios, por su nombramiento. Tales personas o cosas son en las Escrituras

llamadas santas. Hay también esa santificación la cual es un principio gobernante de la santidad impartida a nuestra naturaleza, resultando en una vida de obediencia santa a Dios. Ahora estamos considerando la segunda clase.

¿Que, pues, es santidad? La santidad no es nada mas que el inplantamiento, el escribir y el vivir el evangelio en nuestras almas (Ef. 4:24). El evangelio es la ‘verdad que es según la piedad (Tito 1:1). Jesús oró ‘Santificalos en tu verdad: tu palabra es verdad’ (Juan 17:17). Esta es ‘la verdad la cual os libertara’ (Juan 8:32).

La santidad evangélica es un fruto forjado en nosotros por el Espíritu de santificación. La santidad, entonces, es un misterio para el razonamiento carnal (Job 28:20-23, 28; 1Co. 2:11, 12).

Santidad verdadera

Los creyentes frecuentemente están ignorantes de la verdadera santidad. No entienden totalmente su naturaleza verdadera, su origen o los frutos que produce. Se ve extraño que aunque los creyentes son hechos santos no entiendan lo que es forjado en ellos y lo que habita en ellos.

¿Pero acaso entendemos nuestra propia creación (Sal. 139:13-16)? Esta obra de santidad en nosotros es maravillosa. Es una obra sobrenatural y es conocida solo por una revelación sobrenatural.

No debemos de ser engañados por una santidad falsa. La santidad no es solo una vida reformada.

La santidad nos es solo para esta vida, sino viene con nosotros hacia la eternidad y la gloria. La muerte no tiene poder para destruir la santidad. Las actividades de la santidad en verdad son momentáneas y transitorias, pero sus frutos duran para siempre en su galardón (Ap. 14:13; He. 6:10). La santidad dura para siempre y entra a la gloria con nosotros (1Co. 13:8).

La santidad revela algo de la gloria celestial y espiritual aún en este mundo (2Co. 3:18). El verdadero creyente es ‘todo ilustre de dentro’ (Sal. 45:13). La santidad, entonces, es una obra gloriosa del Espíritu Santo.

El propósito de Dios en el evangelio

El primer propósito de Dios en el y por el evangelio es de glorificarse a si mismo, a su sabiduría, bondad, amor, gracia, justicia y santidad por Jesucristo, y esto para siempre (Ef. 1:5, 6). Pero el evangelio simultáneamente revela el amor y gracia de Dios a los pecadores perdidos la cual nos es traída por la mediación de Jesucristo. Y es solo por

Jesucristo como Dios encarnado que Dios será glorificado y los pecadores salvados. (Hch. 26:18).

El propósito del evangelio es también de persuadir a los hombres por la predicación de la verdad y el aliento de las promesas de renunciar a sus pecados y todas otras maneras de satisfacer a Dios, y de recibir por fe esa manera de vida y salvación que por el evangelio es predicada a ellos (2Co. 5:18-21; Col. 1:25-28).

El propósito del evangelio también es de ser el medio para traer y dar a los pecadores un derecho y un título a esa gracia y misericordia, a esa vida y justicia, revelada y ofrecida a ellos en el evangelio (Mr. 16:16). También revela el camino y los medios de impartir la gracia y fuerza del Espíritu Santo a los escogidos, capacitándolos para creer y recibir la salvación (Ga. 3:2).

El propósito del evangelio es también de traer a los creyentes a una unión con Cristo como su cabeza espiritual y mística y afirmar sus corazones y almas en fe, confianza y amor directamente en el Hijo de Dios como encarnado, y como su mediador (Juan 14:1). Es para invitar y alentar a los pecadores perdidos a creer y aceptar el camino de gracia, vida y salvación por Jesucristo.

Dios requiere que seamos santos. Él requiere que constantemente usemos todos esos medios que nos ha dado por los cuales la santidad se puede obtener y acrecentar.

Lo que Dios requiere

Dios no nos requiere que hagamos expiación o satisfacción por nuestros pecados -aunque eso es lo que los pecadores culpables y condenados piensan (Mi. 6:6, 7). Pero en el evangelio se ofrece un perdón gratuito e incondicional por los pecados. Ninguna satisfacción o compensación es requerida por Dios para que sea hecha por ellos. Cristo ha hecho una expiación completa y perfecta por los pecados. Cualquier intento de expiar por nuestros pecados en lugar de confiar en la expiación de Cristo es pisotear el evangelio (2Co. 5:18-21).

Lo que Dios sí requiere de nosotros es ‘hacer juicio, y amar misericordia y humillarte para andar con él (Mic 6:8). Él no requiere que nos hagamos justos a nosotros mismos para poder ser justificados porque somos justificados gratuitamente por su gracia (Ro. 10:3, 4; 3:24, 28; 8:3, 4).

Dios no nos requiere que compremos o que merezcamos la vida y salvación por nosotros mismos (Ef. 2:8, 9; Tito 3:5; Ro. 4:4; 6:23; 11:6; Lc. 17:10). Ni tampoco requiere de nosotros buenas obras para expiar por nuestros pecados u obras de supererogación para expiar por los pecados de otros (Lucas 17:10; Gn. 17:1).

Dios ha prometido santificarnos, de obrar esta santidad en nosotros; él no nos deja que lo hagamos por nuestra propia habilidad y poder (Jer. 31:33; 32:39, 40; Ez.36:26, 27).

Dios nos manda que seamos santos y el promete hacernos santos.

La respuesta del creyente

¿Que, pues, debe de ser nuestra respuesta al mandamiento de Dios de ser santos? Nuestra primera respuesta debe ser que hagamos este deber un asunto de conciencia porque viene a nosotros con toda la autoridad de Dios. La santidad debe salir de la obediencia si no, no es santidad. La segunda respuesta debe ser de ver que razonable es este mandamiento. Tercero, debemos de amar este mandamiento porque es justo y santo y bueno y porque las cosas que requiere son rectas, fáciles y placenteras a la nueva naturaleza.

¿Y cual debe de ser nuestra respuesta a la promesa de que Dios nos hará santos? Primero, debemos recordar nuestra inhabilidad total para obedecer a este mandamiento de ser santo. Entonces debemos de ver que nuestra suficiencia esta en Dios. Segundo, debemos adorar esa gracia la cual ha prometido hacer en nosotros lo que nosotros no podemos hacer. Tercero, debemos orar en fe, creyendo la promesa de Dios de hacernos santos, y mirar a él para que nos supla con toda la gracia necesaria para andar en santidad. Por cuarto, debemos orar especialmente por esa gracia que nos mantenga santos en tiempos de tentación y cuando se nos llame a llevar acabo deberes especiales y difíciles.

Finalmente, nunca debemos olvidar que es el Espíritu Santo el que santifica a todos lo creyentes, y el que produce toda la santidad en ellos (Sal. 51:10-12; Ez. 11:19; 36:25-27; Ro. 8:9-14; 1Co. 6:11; 1P. 1:2; Is. 4:4; 44:3, 4; Tito 3:4, 5).

15: La Santificación es una Obra de Toda la Vida

La santificación es la renovación completa de nuestras naturalezas por el Espíritu Santo, por la cual somos cambiados a la imagen de Dios, por medio de Jesucristo. Es la obra del Espíritu Santo en las almas de todos los creyentes. Sus naturalezas son purificadas de la contaminación del pecado. Es la renovación de nuestra naturaleza a la imagen de Dios. Así somos capacitados para obedecer a Dios primeramente por un principio gobernante interno y espiritual de gracia, y segundo por virtud de la vida y muerte de Jesucristo de acuerdo a los términos del nuevo pacto, por el cual Dios escribe sus leyes en nuestros corazones y nos capacita para obedecerlas por el Espíritu Santo morando en nosotros.

La Santidad descrita

La santidad es una obediencia santa a Dios que sale de una naturaleza renovada. Esta obediencia santa es por Jesucristo y de acuerdo a los términos del pacto de gracia.

Esta obra de santificación es diferente a la regeneración. La regeneración es instantánea. Es un solo acto de creación, mientras que la santificación es progresiva.

Empieza al momento de la regeneración y continua gradualmente (2 P. 3:17, 18; 2Ts. 1:3; Col. 2:19; Fil. 1:6).

La santidad es como la semilla sembrada en la tierra. Crece gradualmente a una planta entera.

ACRECENTACION DE GRACIAS

La obra de santificación es llevada a cabo en nosotros al incrementar y fortalecer esas gracias de santidad las cuales hemos recibido y por las cuales obedecemos. Cualquier deber hacia Dios que el hombre pueda hacer, si no son motivados por la fe y amor, no pertenecen a esa vida espiritual por la cual vivimos para Dios (Lucas 17:5; Ef. 3:17; 1Ts. 3:12, 13).

El Espíritu Santo hace esto de tres formas.

Primero, el Espíritu Santo hace esta obra de santidad estimulando estas gracias dentro de nosotros. Entre mas estimula estas gracias en nosotros, y entre mas somos movidos a una vida santa por ellas, más vienen a ser un hábito en nosotros. Y entre mas fuerte el hábito, más fuerte es el poder de estas gracias en nosotros. De este modo el Espíritu Santo las causa a crecer día a día en nosotros (Os. 6:3).

El Espíritu Santo estimula a las gracias de fe y amor de dos maneras. Lo hace moralmente por las ordenanzas de adoración y predicación por las cuales los objetos reales de fe y amor son puestos delante de nosotros (Juan 16:14, 15; 14:26; He. 4:2). Él lo hace al morar en los creyentes y así preservar en ellos la raíz y principio gobernante de sus gracias por su propio poder directo (Gal. 5:22, 23; Fil. 2:13).

Segundo, el Espíritu Santo hace esta obra de santidad al suplir a los creyentes con experiencia de la verdad, realidad y excelencia de las cosas que se creen. La experiencia de la realidad, excelencia, poder y efectividad de las cosas que creen es un medio efectivo de incrementar fe y amor. Así Dios raciocina con su iglesia (Is. 40:27, 28; 2Co. 1:4; Ro. 12:2; Col. 2:2; Sal. 22:9, 10).

Es el Espíritu Santo quien nos da todas nuestras experiencias espirituales porque en ellas esta nuestro consuelo. El Espíritu Santo consuela a los creyentes haciendo las cosas que ellos creen una realidad poderosa para ellos (Ro. 5:5).

Tercero, el Espíritu Santo hace esta obra de santidad al fortalecer estas gracias en nosotros (Zac. 12:8; Ef. 3:16, 17; Col. 1:10, 11; Is. 40:29; Sal. 138:8).

GRACIAS AGREGADAS

El Espíritu Santo también hace esta obra de santidad agregando una gracia a otra. Hay algunas gracias las cuales son estimuladas solo ocasionalmente porque no siempre son necesarias a la vida de gracia como la fe y el amor.

La santidad entonces es fortalecida y crece agregándole una gracia a otra, hasta que como una planta completamente crecida se ve en toda su gloria (2 P. 1:5-7).

Lo que es necesario es nuestro esfuerzo y diligencia extrema para agregar a la fe todas estas otras gracias. Lo que Pedro esta diciendo es de que cada gracia debe de ser ejercitada a su propio tiempo y a su situación apropiada. Esta agregación de gracias es del Espíritu Santo, él cual las agrega de tres formas.

Primeramente, él agrega estas gracias al ordenar la situación apropiada de acuerdo a su gobierno soberano sobre todas las cosas, y luego trayéndonos a esa situación para que la gracia particular que necesita ser ejercitada sea llamada a la acción (Stg. 1:2-4).

Segundo, él agrega estas gracias al recordarnos nuestro deber y enseñándonos qué gracia necesita ser ejercitada en esta situación particular (Is. 30:21).

Tercero, él agrega estas gracias al estimular y activar todas las gracias necesarias en cualquier situación particular.

Es el Espíritu Santo quien obra todo esto en nosotros y refresca su gracia en nosotros, así como un jardinero refresca a sus plantas al regarlas (Is. 27:3; Gal. 2:20).

Cristo la fuente de santidad

Nuestra santidad viene del manantial y fuente de toda gracia que esta en Cristo Jesús, la cabeza del cuerpo (Col. 3:3). Así como todo el cuerpo saca fuerzas y habilidad de la cabeza, así por el Espíritu Santo todas las provisiones de santidad en nuestra cabeza, Jesucristo, son traídas a cada miembro en su cuerpo (Col. 2:19). Así como la rama es alimentada por la vid de la cual crece, y por ese alimento puede dar fruto, así nosotros, siendo injertados en Cristo, recibimos de él todas las provisiones necesarias de santidad par dar fruto para su gloria. Y estas provisiones de santidad son traídas a nosotros y hechas efectivas en nosotros por el Espíritu Santo. Así que Dios nos advierte de no enaltecernos, sino recordar que hemos sido injertados en Cristo por gracia, y de él recibimos todas las provisiones de gracia necesarias (Ro. 11:20).

Objeción. Si Dios obra cada obra buena de santidad por él mismo, y si, sin su obra en nosotros, no podemos hacer nada, ¿entonces cual es el propósito de la diligencia, deber y obediencia?

Respuesta. 2Pedro 1:3. Sabiendo esta grande verdad, dice Pedro, deberíamos dejar que nos motive y nos aliente a toda diligencia para hacernos santo (v.5). Así que dos cosas son requeridas. Primero, que esperemos en Dios por provisiones de su Espíritu y gracia, sin las cuales no podemos hacer nada, y segundo, cuando esas provisiones lleguen,

debemos ser diligentes en nuestro uso de ellas. Sin las provisiones de la base, un ejército no puede pelear efectivamente. Pero cuando las provisiones llegan cada soldado es llamado a hacer su deber diligentemente.

Así como los árboles y plantas tienen un principio gobernante de crecimiento en sí mismas, así también la gracia (Juan 4:14). Y como el árbol o la planta debe de ser regada desde arriba o se secará y no prosperará ni crecerá, así la gracia debe ser regada desde arriba.

El crecimiento de árboles y plantas toma lugar tan despaciosamente que no se ve fácilmente. A diario notamos pequeños cambios. Pero, al curso del tiempo, vemos que un gran cambio a pasado. Así es con la gracia. La santificación es progresiva, una obra de toda la vida (Pr. 4:18). Es una obra sorprendente de la gracia de Dios y es una obra por la cual se debe orar (Ro. 8:27).

EL ESPIRITU SANTO NOS ENSEÑA Y NOS CAPACITA PARA ORAR

El Espíritu Santo nos enseña y nos capacita para orar al darnos una penetración especial a las promesas de Dios y a la gracia de su pacto. Así que cuando vemos espiritualmente la misericordia y gracia que Dios nos a preparado, sabemos por que pedir.

El Espíritu Santo nos enseña y nos capacita para orar al hacer que nos demos cuenta de nuestra necesidad la cual nos lleva a Dios quien es el unico que puede suplir esa necesidad.

El Espíritu Santo nos enseña y capacita a orar al crear y despertar en nosotros deseos que salen de la nueva obra de creación que él ha hecho en nosotros. ¡Las criaturas recién nacidas necesitan ser amadas, cuidadas, alimentadas y ejercitadas para poder crecer saludables y fuertes!

La respuesta a todas nuestras oraciones es nuestra santificación completa. Muchos se quejan de que la santificación parece llegar a un alto completo mas tarde en la vida Cristiana. Entonces el alma parece ser un desierto, vacío y muerto, el cual es lo bastante opuesto a sus experiencias en los primeros años de sus vidas Cristianas. Pero deben entender que mientras es natural para la gracia y santidad, crecer hasta la perfección, no crecerá si su crecimiento no es ayudado sino estorbado. La negligencia pecaminosa y satisfacción propia, o el amor por este mundo presente, estorba a este crecimiento en la gracia. Una cosa es tener santidad verdaderamente creciendo y floreciendo en el alma; es completamente otra que esa alma lo sepa y este satisfecha con ella.

Si suponemos que el creyente no esta descuidando todos los medios para el crecimiento de la santidad, entonces se le puede ayudar con lo siguiente.

La santidad, siendo el sujeto de tantas promesas del evangelio, debe de ser recibida por fe. La promesa es de que los que son participantes del pacto crecerán en santidad. La santidad depende de la fidelidad de Dios, y no en nuestros sentimientos o el darnos cuenta de ella. Debemos poner nuestra fe en la fidelidad de Dios.

Es nuestro deber de crecer y florecer en la santidad. Ahora lo que Dios requiere de nosotros, debemos creer que él nos ayudara a realizar. Pero no solamente debemos creer que él nos ayudara, sino también debemos creer que él ya nos esta ayudando. No debemos confiar en nuestros sentimientos o si nos damos cuenta si somos más santos o no.

EL CRECIMIENTO DE LA SANTIDAD ES MISTERIOSO

La obra de sanidad es secreta y misteriosa (2Co. 4:16). Así como el hombre externo esta muriendo lentamente y casi siempre no nos damos cuenta, así es con el crecimiento de la gracia en el hombre interno. Debemos orar como David, 'Examíname, O Dios, y conoce mi corazón; pruébame y reconoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno' (Sal. 139:23, 24). En otras palabras, 'Ayúdame a conocer el verdadero estado de santidad en mi.'

El Cristiano puede ser como un barco sacudido en la tormenta. Nadie a bordo puede darse cuenta que el barco esta avanzando del todo. Sin embargo esta navegando a grande velocidad.

Las tormentas producen crecimiento.

Los grandes vientos y tormentas ayudan a los arboles de fruto. Así también las corrupciones y las tentaciones ayudan a la fructuosidad de la gracia y santidad. La tormenta afloja la tierra alrededor de sus raíces para que el árbol pueda meter sus raíces más hondo hacia la tierra donde recibe provisiones frescas de alimento. Pero solo mucho después se verá que produzca mejor fruto. Así las corrupciones y tentaciones desarrollan las raíces de humildad, negación propia y duelo en una búsqueda mas profunda por esa gracia por la cual la santidad crece fuerte. Pero solamente después habrá frutos visibles de santidad incrementada.

Dios tiene cuidado de la nueva creación.

Dios, quien en sabiduría infinita crea a la nueva criatura, también la cuida. Él tiene cuidado de la vida de gracia forjada en nosotros por su Espíritu. Él anhela verla crecer saludable y fuerte. Él sabe exactamente como promover ese crecimiento, precisamente como un buen jardinero sabe exactamente como producir las mejores plantas. Pero cómo Dios obra para hacer esto no podríamos explicarlo: a veces estaremos perplejos al saber lo que él esta haciendo con nosotros.

En los primeros días de la fe, las corrientes parecen correr en pastos verdes, y el nuevo Cristiano siempre parece fresco y verde en los caminos de gracia y santidad. Pero después en la vida Cristiana, le parece bueno a Dios voltear la corriente a otro canal. Él ve que el ejercitar la humildad, duelo piadoso, temor, guerra diligente con las tentaciones y todas las cosas que atacan a la mera raíz de la fe y el amor, ahora son más necesarias.

Así que los Cristianos con más experiencia y viejos frecuentemente tienen más grandes problemas, tentaciones y dificultades en el mundo. Dios tiene nuevos trabajos para que ellos hagan. Él ahora planea que todas las gracias que tienen sean usadas en nuevos y más difíciles caminos. Tal vez no encuentren que sus deseos espirituales sean tan fuertes como antes, ni que tengan tal deleite en los deberes espirituales como antes lo tenían. Por esto, sienten que la gracia se les a secado en ellos. Ya no sienten y disfrutan los manantiales de santidad que antes felizmente corría en ellos. No saben donde están o lo que son. Pero a pesar de todo esto, la verdadera obra de santificación todavía esta prosperando en ellos y el Espíritu Santo todavía la esta obrando efectivamente en ellos. Dios es fiel. Por lo tanto aferrémonos a nuestra esperanza sin vacilar.

Objeción. La Escritura enseña que tan a menudo Dios acusa a su gente de deslizamiento y ser estériles en la fe y amor. Entonces ¿como estos deslizamientos pasan si la santificación es un crecimiento continuo y progresivo en el creyente?

Respuesta. Estos deslizamientos son ocasionales y anormales a la verdadera naturaleza de la nueva criatura. Es un disturbio a las obras ordinarias de gracia, así como un terremoto es a las obras ordinarias de la naturaleza. Así como el cuerpo puede estar enfermo con enfermedades, así el alma puede estar espiritualmente enferma con enfermedades espirituales. Y aunque nuestra santificación y crecimiento en santidad son las obras del Espíritu Santo, sin embargo son también nuestra propia obra y el deber al cual somos llamados.

Hay dos maneras por las cuales podemos resistir a esta obra. Primero, al permitir cualquier concupiscencia en nosotros crecer hasta que nos rendimos a sus tentaciones. Si hacemos esto descuidamos el deber de matar al pecado. Segundo, podemos resistirla al no alentar a la santidad a crecer y florecer en nosotros.

Para que la santidad crezca y florezca en nosotros, necesita a ambos el constante uso de las ordenanzas y medios que Dios ha señalado y obediencia fiel a todos sus deberes mandados. Debe también haber buena voluntad de ejercitar cada gracia espiritual a su tiempo y lugar propio. El descuido de estas cosas grandemente estorbara al crecimiento de santidad. Es como descuidar todos los medios correctos para una vida saludable.

Se nos requiere dar toda diligencia para acresentar la gracia (2P. 1:5-7). Debemos abundar en toda diligencia (2Co. 8:7). Debemos mostrar la misma diligencia hasta el final (He. 6:11).

Si descuidamos nuestro deber, la obra de santificación será estorbada y la santidad no florecerá en nosotros.

Porque los creyentes frecuentemente descuidan sus deberes.

Hay tres razones porque muchos descuidan estos deberes en los cuales la vida de obediencia y consuelo espiritual dependen.

La primera razón es una presunción de que ya son perfectos. Si verdaderamente creen esto, entonces no ven ninguna necesidad futura para obediencia evangélica, y así se vuelven a justificarse a sí mismos por medio de la obediencia a la ley, para su ruina eterna.

Pablo completamente rechaza la perfección absoluta como inalcanzable en esta vida (Fil. 3:12-14). El propósito de la vida Cristiana es de traer al creyente a las bendiciones y gloria eterna para que pueda gozar a Dios para siempre. Pablo también enseña que el camino por el cual debemos proseguir hacia esta meta de perfección es por medio de un continuo, no interrumpido proseguir y tratar de alcanzarlo. Todo esto enseña que la vida Cristiana es un progreso constante en obediencia santa acompañada por diligencia de todo corazón.

La segunda razón por la cual muchos descuidan estos deberes es una suposición tonta de que, estando en un estado de gracia, no necesitan molestarse sobre la obediencia y santidad exacta en todas las cosas, tal como lo hacían antes de que tuvieran seguridad. Pablo trata con esto en su carta a los Romanos (6:1, 2). ¿Podemos decir que estamos en un estado de gracia si no estamos preocupados por el crecimiento de la gracia en nosotros?

La tercera razón por la cual muchos descuidan estos deberes es cansancio, desesperación y depresión que salen de varias oposiciones a esta obra de santidad. Tales personas deberían de tomar valor de la abundancia de alientos que la Escritura dá para continuar en el camino de fe.

16: Solo Los Creyentes Son Santificados

Todos los que sinceramente creen en el Señor Jesucristo, y en Dios por medio de Jesucristo -y solamente los que lo hacen- son santificados (Juan 17:17, 19, 20; 7:38, 39; 1Ts. 1:1; 5:23).

Objeción: Si el Espíritu de santificación es dado solo a los creyentes, entonces ¿como los hombres se hacen creyentes? Si no tenemos el Espíritu Santo hasta después de que creemos, entonces debemos de creer por nuestros esfuerzos. ¿No es esto lo que dice Pedro en los Hechos? (2:38). Él les dice que primero deben arrepentirse y ser bautizados y entonces recibirán el don del Espíritu Santo. ¿Y acaso no nos dice Jesús que el mundo no puede recibir el Espíritu Santo? (Juan 14:17). Parece que la fe y obediencia son queridas como una cualidad necesaria para recibir el Espíritu Santo. Si esto es cierto,

entonces la fe y la obediencia son nuestras obras y no una obra forjada en nosotros por la gracia de Dios, lo cual es Pelagianismo.

Respuesta. Primero, se dice que el Espíritu Santo es prometido a nosotros y recibido por nosotros para una obra particular. Aunque él es ‘uno y el mismo propio Espíritu’ y él mismo es prometido, dado y recibido, sin embargo tiene muchas deferentes obras para hacer. Así que recibimos el Espíritu Santo por muchas diferentes razones. Para los inconversos el Espíritu Santo es prometido y recibido de ellos como el que viene para hacerlos creyentes. Y a los creyentes es prometido y recibido por ellos como el que ha venido para santificarlos y hacerlos santos.

Segundo, el Espíritu Santo es prometido y recibido para hacer dos obras mayores. Es prometido a los escogidos y recibido por ellos para regenerarlos. Y para los entonces regenerados, él es prometido y recibido por ellos para santificarlos, o hacerlos santos.

Esta obra de santificación debe ser considerada de dos maneras: primero, como el mantenimiento del Espíritu Santo de tener vivo el principio de la santidad que ha sido dado a los creyentes; segundo, como su obra de santidad progresiva incluyendo crecimiento en la fe. La fe también debe ser considerada de dos maneras: primero, como su infusión original en el alma como un don de Dios; segundo, como su actividad y frutos, que se ven en una vida entera de profesión de fe y en obediencia santa.

Tercero, el Espíritu Santo es prometido como el consolador. Para esta obra él no es prometido a los regenerados como tal, porque muchos podrán ser regenerados que no recibirán consolación, ni tampoco la necesitan, como es el caso de los infantes regenerados. Ni tampoco es prometido totalmente y absolutamente en todas sus capacidades a los creyentes adultos, porque muchos creyentes adultos todavía no han sido traídos a esa condición en la cual el consuelo del Espíritu Santo sería de beneficio para ellos.

Cuarto, el Espíritu Santo es prometido y recibido como el dador de dones espirituales para la edificación de la iglesia (Hch. 2:38, 39).

La razón por la cual el Espíritu es dado para la regeneración es la elección. La razón por la cual el Espíritu es dado para la santificación es la regeneración. La razón por la cual el Espíritu es dado para consuelo es la santificación, juntamente con las tentaciones y problemas por las cuales los que están siendo santificados están pasando. Es por estos problemas que los creyentes necesitan al Espíritu Santo como consolador.

¿Cuál es entonces la razón de porque el Espíritu es dado para la edificación de la vida espiritual de la iglesia? La razón es la profesión de la verdad del evangelio y su adoración, con un llamamiento a alentar y ayudar a otros (1Co. 12:7).

Aquí debemos tomar nota particular de las siguientes dos observaciones. Primero, el Espíritu Santo no da sus dones para la edificación de la iglesia a cualquiera que esta fuera del redil de la iglesia, o a cualquiera que no profesa la verdad y adoración del evangelio.

Segundo, el Espíritu Santo es soberano y escoge dar sus dones a quien él desea. Él no está forzado a dar sus dones a alguno o a todos (1Co. 12:11).

Pregunta. Así como el Espíritu de santificación es prometido a los creyentes, ¿podemos en nuestras oraciones alegar el hecho de que somos creyentes, que somos regenerados, como una razón para persuadir a Dios para que nos dé más gracia por su Espíritu?

Respuesta. No podemos alegar propiamente cualquier cualidad en nosotros, como si Dios estuviera obligado a darnos gracia incrementada porque nos la merecemos. Jesús dijo, ‘Cuando hubiereis hecho todo lo que os es mandado, decid “Siervos inútiles somos”’ (Lucas 17:10). Pero podemos alegar la fidelidad y la justicia de Dios como el que mantiene sus promesas. Deberíamos orar que él ‘no dejara la obra de su manos’; que ‘él que a empezado la buena obra en nosotros la continuará hasta que la haya traído a la perfección en el día de Jesucristo’; que al respecto a su pacto y promesas, el mantendrá seguro bajo su cuidado a esa nueva criatura, esa naturaleza divina, la cual él a formado e implantado en nosotros. Cuando nos damos cuenta de la debilidad de cualquier gracia, podemos confesarlo humildemente y orar para que esa gracia sea fortalecida en nosotros.

Pregunta. ¿Pueden los creyentes que están en problemas orar por el Espíritu como Consolador con respecto a sus problemas, viendo que es a tales personas que él es prometido?

Respuesta. Ellos pueden y deberían orar por el consuelo del Espíritu en todos sus problemas. Si ellos no lo hacen, es una señal que ellos están mirando a otra parte para su consuelo. Los problemas son de dos clases, espirituales y temporales. Los problemas espirituales o son subjetivos, que salen de oscuridad interna y aflicciones por el pecado, o son objetivos, saliendo de persecuciones por el nombre de Cristo y el evangelio. Es mayormente por esto que el Espíritu Santo es prometido como Consolador.

Los problemas temporales, por otra parte, son comunes a todos los hombres. Salen de tales cosas como duelo y pérdida de propiedad o libertad. Los Cristianos deben orar por el Espíritu como Consolador para que los consuelos de Dios puedan pesar mucho más que sus problemas y que estos consuelos de Dios los capaciten a alentarse a sí mismos en otros deberes.

Pregunta. ¿Pueden todos los creyentes sinceros del evangelio orar para que el Espíritu les dé dones espirituales para la edificación de otros, especialmente de la iglesia, viendo que es por esa razón que él es prometido?

Respuesta. Lo pueden hacer, pero con los siguientes requisitos. Lo deben hacer con sujeción a la soberanía del Espíritu quien ‘da a cada hombre como él quiere’. Lo deben hacer con respecto a esa posición y deber que tienen en la iglesia por la providencia y llamamiento de Dios. Uno que no es llamado a predicar no puede orar por el don de predicador. Los que no son llamados a predicar o a enseñar o a ministrar en la iglesia no tienen justificación para orar por dones ministeriales. Deben orar por esos dones que

mejor los capaciten a llenar sus deberes legítimos. Los padres, por ejemplo, deben orar por dones paternos.

Pregunta. ¿Puede uno que no es regenerado orar por el Espíritu de regeneración que haga esa obra en él? Como el Espíritu de regeneración él es solo prometido a los escogidos. Entonces ¿como un infiel puede saber si es uno de los escogidos?

Respuesta. La elección no es un requisito de nuestra parte para ser usado como un ruego en la oración. La elección es el propósito secreto de Dios. Los que son escogidos nos son solamente revelados cuando vienen a ser creyentes. Los que son convencidos de pecado pueden y deben orar que Dios les mande su Espíritu y los regenere. Esta es una manera en la cual nos ‘libramos de la ira venidera’ (Mt 3:7). El objeto especial de sus oraciones es gracia soberana, bondad y misericordia como nos es declarado en y por Jesucristo. Los que están bajo tales convicciones de pecado a veces han realmente tenido las semillas de la regeneración impartida en ellos ya de antemano. Ellos entonces en verdad continuaran orando por la obra de regeneración que sea propiamente hecha en ellos. Entonces a su debido tiempo les serán dadas las evidencias de esa obra que a sido hecha en ellos.

Fe: esencial para la santidad

Por lo tanto aprendemos que nadie es santificado, nadie es hecho santo, excepto aquellos que verdaderamente creen en Dios por medio de Jesucristo para salvación eterna. Esto es porque sin fe es imposible agradar a Dios (He. 11:6). Esta fe es la fe que ‘justifica’. Ahora la santidad, dondequiera que esté, agrada a Dios. Por eso, sin fe, es imposible para nosotros ser santos y agradar a Dios (1Ts. 4:3, 7).

Nuestro Señor Jesucristo dice que los hombres son santificados por fe en él (Hch. 26:18). Si hubiera alguna otra forma o medio por el cual el hombre pudiera ser santificado o hecho santo, no lo hubiera limitado a ‘fe en Cristo’. El creer que podemos ser santos sin fe en Jesús es tenerlo en desprecio. La fe es el medio que causa nuestra santificación. Así que donde no hay fe, la santidad no puede ser forjada en nosotros (Hch. 15:9; Ro. 1:5; 1P. 1:20-22; Col. 2:12-14; 3:7-11).

Toda la gracia primero es entregada a Cristo Jesús. Así que debemos ser unidos a él en el cual toda la plenitud mora si vamos a tener cualquier cosa de él (Juan 15:4). Para tener una verdadera, prospera, y eterna santidad debemos empezar con fe en Cristo.

La verdadera santidad renueva

La verdadera santidad es el renovamiento completo de nuestra persona entera, cuerpo, alma y espíritu. El hombre fue criado a la imagen de Dios. Si el pecado no hubiera entrado, el hombre hubiera propagado hijos a la misma imagen de Dios por virtud del pacto de creación. Pero por la entrada del pecado, esta imagen de Dios, la cual era justicia y santidad del hombre ante Dios, fue completamente desfigurada y perdida. Así que la naturaleza entera del hombre, cada parte de él, fue depravada. ‘Todo el designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal’ (Gn. 6:5). Por lo

tanto todas las acciones externas de personas en este estado y condición son malas, siendo las obras infructuosas de las tinieblas. La Escritura incluye al cuerpo en esta depravación de la naturaleza del hombre por el pecado (Ro. 6:19; 3:12-15).

Por lo tanto la santificación debe ser la renovación de nuestra naturaleza entera, cuerpo, alma y espíritu, y especialmente la mente (Ro. 12:2; Ef. 4:23; Col. 3:10).

Toda nuestra naturaleza renovada

El sujeto entonces de la santidad evangélica es nuestra naturaleza entera. Así la nueva naturaleza es llamada el 'nuevo hombre' (Ef. 4:24). Un corazón nuevo es dado. El corazón en la Escritura es tomado por toda el alma y todas sus habilidades. Cualquier cosa entonces que es forjada en el corazón es forjada en toda el alma. Un corazón nuevo entonces es un corazón dominado y gobernado por un principio gobernante nuevo de santidad y obediencia a Dios.

La santificación entonces tiene un efecto en ambas nuestras almas y cuerpos, capacitando a todos sus poderes y habilidades para actuar de una manera santa. Así la santidad reside en cada parte del alma, llenándola por todos lados, no dejando ni una parte del alma sin tocar con su influencia.

El cuerpo también está envuelto en la santidad (1Ts. 5:23). El pecado es dicho que reina en nuestros cuerpos mortales, y los miembros del cuerpo son siervos a la injusticia (Ro. 6:12, 19). Por lo tanto también el cuerpo es tomado en la obra de santidad. ¿Pero como?

Nuestras almas son los primeros sujetos propios del hábito o principio de santidad infundido. Y nuestros cuerpos, como partes esenciales de nuestra naturaleza, también son hechos participantes de la santidad.

Nuestros cuerpos también son hechos participantes de la santidad por una influencia especial de la gracia de Dios en ellos, porque nuestros cuerpos son miembros de Cristo (1Co. 6:15). Son también hechos participantes de la santidad porque el Espíritu Santo mora en ellos, haciéndolos sus templos (1Co. 3:16, 17). El resultado es de que los miembros del cuerpo ahora vienen a ser siervos a la justicia para santidad (Ro. 6:19).

La santidad, entonces, no cambia a una persona naturalmente, o constitucionalmente, sino moralmente.

17: La Obra de Santificación Misma.

La santificación es la purificación de nuestras naturalezas de la contaminación del pecado. Es la obra principal del Espíritu Santo (Pr. 30:12; Ez. 36:25-27; Is. 4:4; Nm. 31:23; Mal. 3:2, 3). La obra del Espíritu Santo de santificación o purificación de

nuestras almas es hecha por su aplicación de la muerte y sangre de Cristo a ellas (Ef. 5:25, 26; Tito 2:14; 1Juan 1:7; Ap. 1:5; He. 1:3; 9:14). Sin embargo a los creyentes también se les manda que se purifiquen a sí mismos de los pecados (Is. 1:16; Jer. 4:14; 2Co. 7:1; 1Juan 3:3; Sal. 119:9; 2Ti. 2:21).

El bautismo es la grandiosa señal externa del ‘lavamiento interno de regeneración’ (Tito 3:5; 1P. 3:21), es el medio externo de nuestra iniciación hacia el Señor Cristo y la insignia de nuestra lealtad al evangelio. Simboliza el purificamiento interno de nuestras almas y conciencias por la gracia del Espíritu Santo (Col. 2:11).

Hay un ensuciamiento espiritual en el pecado. El pecado en la Escritura es comparado a la sangre, a las heridas, llagas, lepra, escoria, enfermedades odiosas y a semejantes cosas malas. Del pecado debemos ser lavados, purgados, purificados y limpiados. Los creyentes encuentran al pecado vergonzoso, y se aborrecen y se odian ellos mismos por él. Se regocijan en la sangre de Cristo la cual los limpia de todo pecado y les da valor para acercarse al trono de gracia (He. 10:19-22).

LA NATURALEZA DE EL ENSUCIAMIENTO DEL PECADO

Algunos piensan que el ensuciamiento del pecado descansa en la culpabilidad con vergüenza y temor. Es de esto que Cristo nos purga (He. 1:3). Algunos pecados tienen efectos especialmente contaminantes en las almas (1Co. 6:18). La santidad se opone a esta contaminación (1 Ts. 4:3). La contaminación del pecado directamente se opone a la santidad de Dios, y Dios nos dice que su santidad se opone a el ensuciamiento del pecado (Hab. 1:13; Sal. 5:4-6; Jer. 44:4). La santidad de Dios es la infinita y absoluta perfección de su naturaleza. Él es el eterno cianotipo y patrón de verdad, justicia y comportamiento recto en todas sus criaturas morales. Dios nos manda que seamos santos, así como él es santo. Por lo tanto él detesta el pecado y el ensuciamiento del pecado el cual es revelado por la ley.

La ley moral revela la autoridad de Dios en ambos sus mandamientos y amenazas. La transgresión de ello produce ambos el temor y la culpa.

La ley revela la santidad de Dios y su verdad. El no ser santo como Dios es santo es pecado. El pecador, a la luz de la santidad de Dios, se ve a sí mismo sucio y por lo tanto se avergüenza. Adán miro su desnudez y se avergonzó. Esta es la suciedad del pecado la cual es purgada en nuestra santificación, para que una vez mas seamos hechos santos.

Por medio del temor se le enseña al hombre la culpabilidad del pecado. Por medio de la vergüenza se le enseña al hombre la suciedad del pecado.

Por medio de los sacrificios de expiación, Dios enseñó a su gente la culpabilidad del pecado. Por medio de las ordenanzas para purificación, Dios enseñó a su gente la suciedad del pecado. Por medio de estas leyes levíticas, los sacrificios y purificaciones,

las cosas internas y espirituales eran simbolizadas. Eran la figura de Cristo y su obra, el cual trajo verdadera y real limpieza espiritual (He. 9:13, 14). Así toda la obra de santificación es descrita por ‘una fuente abierta para el pecado y la inmundicia’ (Zac. 13:1).

LA VERGÜENZA Y EL ENSUCIAMIENTO DEL PECADO

La belleza espiritual y atracción del alma descansa en que sea como Dios. La gracia da belleza (Sal. 45:2). La iglesia, adornada con gracia, es bella y hermosa (Cnt. 1:5; 6:4; 7:6; Ef. 5:27). El pecado produce manchas, marcas y arrugas en el alma.

Es la santidad y el ser como Dios que hace a nuestras almas verdaderamente nobles. Todo lo que es opuesto a y en contra de la santidad es bajo, vil e indigno del alma del hombre (Is. 57:9; Jer. 2:26; Job 42:5, 6; Sal. 38:5).

Esta depravación o desorden espiritual, el cual es el ensuciamiento vergonzoso del pecado, es revelado en dos formas. Es revelado por la inmundicia de nuestra naturaleza la cual es gráficamente ilustrada por un infeliz, contaminado infante (Ez. 16:3-5). Todos los poderes y habilidades de nuestras almas son desde el nacimiento vergonzosamente y detestablemente depravados. De ninguna manera obran para hacernos santos como Dios es santo. Esta depravación es revelada también por la perversidad de nuestro comportamiento que sale del alma depravada y ensuciada.

El Pecado trae ensuciamiento

Cualquier pecado que sea, siempre hay contaminación en el. Por lo tanto Pablo nos amonesta que nos ‘limpiemos de toda inmundicia de carne y de espíritu’ (2Co. 7:1). Los pecados espirituales tales como la soberbia, amor propio, codicia, incredulidad y justicia propia todos tienen un efecto contaminante, así como lo tienen los pecados carnales y sensuales.

Esta depravación de nuestras naturalezas hace aun a nuestros mejores deberes inmundos (Is. 64:6). Cada persona nacida a este mundo esta contaminada por el pecado. Pero con el pecado actual hay grados de contaminación. Entre más grande el pecado, de su naturaleza o circunstancia, más grande es el ensuciamiento. (Ez. 16:36, 37). La contaminación es peor cuando la persona entera es ensuciada, tal como en el caso de la fornicación. La contaminación se hace aun peor cuando la persona se tira a un continuo curso de pecar. Es descrito como ‘revolcarse en cieno’ (2P. 2:22).

El juicio final en contra de pecadores obstinados los pone para siempre en ese estado de contaminación (Ap. 22:11).

Teniendo un conocimiento claro del pecado y su contaminación nos ayuda a entender más claramente la naturaleza de la santidad.

El lavamiento es vital

Donde esta inmundicia queda sin purgar, no puede haber verdadera santidad (Ef. 4:22-24). Donde no hay purificación en absoluto, ninguna obra de santidad se ha empezado. Pero donde la purificación del pecado ha empezado, será continuada a través de la vida del creyente. Cualquiera que no está purgado de la inmundicia de su naturaleza es abominación al Señor (Tito 1:15). Al menos que la inmundicia del pecado sea purgada fuera, jamás podremos gozar de Dios (Ap. 21:27). Ni uno por sus propios esfuerzos puede librarse de la contaminación del pecado. Solo lo puede hacer con la ayuda de Dios el Espíritu Santo. Ningún hombre puede librarse del hábito de pecar, ni tampoco puede limpiarse a sí mismo de la contaminación de sus pecados.

Aunque se nos manda que ‘nos lavemos’, que ‘nos limpiemos de los pecados’, que ‘nos purguemos de todas nuestras iniquidades’, sin embargo el imaginarnos que podemos hacer estas cosas por nuestro propio esfuerzo es pisotear la cruz y gracia de Jesucristo. Lo que sea que Dios obre en nosotros por su gracia, él nos manda que lo hagamos como nuestro deber. Dios obra todo en nosotros y por medio de nosotros. La inhabilidad del hombre para hacerse limpio es vista por ambos Job y Jeremías (Job 9:29-31; Jer. 2:22).

La ley ceremonial impotente para limpiar.

Esas ordenanzas de la ley ceremonial de Dios dadas a Moisés para purificar la inmundicia no podían de sí mismas verdaderamente limpiar a la gente de la contaminación de sus pecados. Solo purificaban al inmundo legalmente. La ley pronunciaba a la persona que se había sometido a la ordenanza purificadora limpio y apto para tomar parte en la adoración santa. La ley solo los *declaraba* limpios, reconociéndolos como si verdaderamente hubieran sido limpios (He. 9:13). Pero ninguna persona por el uso de estas ordenanzas podía realmente limpiarse de la contaminación del pecado (He. 10:1-4). Estas ordenanzas ceremoniales de purificación bajo el Antiguo Testamento solo simbolizaban como el pecado sería purgado. Así Dios promete abrir otro camino por el cual los pecadores podrían realmente y verdaderamente ser limpiados de la contaminación del pecado (Zac. 13:1).

Enseñanzas Falsas

La iglesia Católica Romana ha inventado muchas maneras por las cuales pretende que el hombre puede ser limpiado de la contaminación del pecado. Pero todas son vanidades necias. Enseña que el bautismo quita toda inmundicia de nuestras naturalezas de ambos el pecado original y todo pecado real cometido hasta nuestro bautismo. ¡Pero esto no paso con Simón Mago (Hch. 8:13, 18-24)!

Otras maneras por las cuales se supone que el pecado puede ser limpiado de las almas contaminadas son roseando agua bendita, confesarse a un sacerdote haciendo penitencias y por medio de ayunos.

Pero aun después de hacer todas estas cosas y más, los Católicos Romanos todavía no pueden encontrar paz y satisfacción del alma. Todavía sienten la culpabilidad y contaminación del pecado. Así que dicen que después de la muerte deben ir al purgatorio y allí ser purificados por fuego.

Es innecesario decir que ninguna de estas cosas será encontrada en las Escrituras. Son los perversos inventos de una falsa y ilegítima Cristiandad.

18: La Obra del Espíritu en Purificar a los Creyentes del Pecado.

El Espíritu Santo es el obrero principal de santidad en nosotros en el fundamento de la sangre derramada por Cristo en la cruz por la cual el derecho del Espíritu Santo para obrar la santidad en nosotros fue comprado.

Esta santidad, o santificación, es producida en nosotros por dos medios: fe y los problemas o aflicciones.

Somos purgados del pecado por el Espíritu de Dios. Es de nuestras naturalezas depravadas que el pecado sale con toda su contaminación. Así que es por la renovación de nuestras naturalezas vueltas a la imagen de Dios que somos hechos santos (Ef. 4:23, 24; Tito 3:5). El Espíritu Santo nos limpia fortaleciendo nuestras almas por su gracia para cumplir nuestros deberes y para resistir a los pecados actuales. Pero si pecamos, es la sangre de Cristo que nos limpia (1Juan 1:7-9).

Es la sangre de Cristo aplicada a nuestras almas por el Espíritu Santo que verdaderamente purga a nuestras almas de los pecados (1Juan 1:7; Ap. 1:5; He. 9:14; Ef. 5:25, 26; Tito 2:14), como Zacarías lo anticipó (Zac. 13:1).

La sangre de Cristo aquí es la sangre de su sacrificio, juntamente con su poder, virtud y efectividad.

La Sangre en el Antiguo Testamento

La sangre de un sacrificio era considerada como una ofrenda a Dios para hacer expiación y reconciliación. Era rociada en las cosas para su purificación y santificación (Lv. 1:11; 16:14; He. 9:19, 20, 22). Así la sangre de Cristo es considerada como el ofrecimiento de sí mismo por el eterno Espíritu a Dios para hacer expiación por el pecado y para procurar redención eterna. Es rociada por el mismo Espíritu en la conciencia de los creyentes para purificarlos de obras muertas (He. 9:12-14; 12:24; 1P. 1:2). Pero la sangre de Cristo en su sacrificio todavía siempre esta en la misma condición que estaba en esa hora en la cual fue derramada. Es la misma en fuerza y en efectividad.

La sangre fría y coagulada no era de uso para rociar. La sangre fue señalada para expiación, porque la vida del animal esta en la sangre (Lv. 17:11). Pero la sangre de un

animal pronto se enfriaba y entonces se cuajaba. Pero la sangre de Cristo siempre esta caliente y nunca se cuaja, porque tiene el mismo Espíritu de vida y santificación todavía moviéndose en ella. Así tenemos un nuevo camino vivo hacia Dios (He. 10:20). Siempre esta viviendo, sin embargo siempre como si recién muerto.

Había diferentes clases de ofrendas propiciatorias donde la sangre era rociada. Había la ofrenda de fuego continuo. Por medio de esta y el esparcimiento de su sangre, la congregación era purificada para ser santa al Señor. Así es como el lavamiento de pecados secretos y desconocidos era simbolizado.

En el día del sábado, el sacrificio era doble en ambos la mañana y en la tarde. Esto enseñaba un derramamiento especial y más abundante de misericordia y de gracia purificante.

Había un gran sacrificio anual en la fiesta de expiación cuando por medio del sacrificio de la ofrenda por los pecados y del chivo expiatorio la congregación entera era purificada de todos los pecados grandes y conocidos y eran traídos a un estado de santidad legal.

Había sacrificios ocasionales para todos de acuerdo a cada sentido de necesidad de cada persona. Había un camino continuamente listo para la purificación de cualquier hombre al traer una ofrenda.

Ahora la sangre de Cristo debe continuamente y en todas ocasiones llevar a cabo espiritualmente lo que estos sacrificios cumplían legalmente (Heb 9:9-14). Y así lo hace.

La vaca bermeja

En el libro de Números leemos de otra manera por la cual el pueblo de Dios bajo el Antiguo Testamento era purificado. (Nm. 19). Una vaca bermeja era sacrificada. La sangre era llevada y rociada en el tabernáculo, pero la vaca era quemada. Las cenizas de la vaca entonces eran guardadas y cuando alguno deseaba ser purificado de contaminaciones legales, algunas de las cenizas eran mezcladas con agua y rociadas en la persona inmunda. Ahora, así como las cenizas de la vaca bermeja siempre estaban disponibles para la purificación, así es la sangre de Cristo ahora para nosotros. Cualquier persona inmunda que no se purificaba con las cenizas de la vaca debía de ser cortada de su gente (Nm. 19:20). Y así es también con aquellos que rehúsan ser purificados por la sangre de Cristo como el 'manantial abierto para el pecado y la inmundicia' (Zac. 13:1).

La sangre limpiadora de Cristo.

Ahora la sangre de Cristo nos limpia de todos nuestros pecados. La sangre de Cristo quita del pecador toda la odiosidad del pecado en la vista de Dios. Ahora el pecador es visto como uno que es lavado y purificado y apto para estar en su santa presencia (Is. 1:16-18; Sal. 51:7; Ef. 5:25-27). La sangre de Cristo quita la vergüenza de la conciencia y dá al alma libertad en la presencia de Dios (He. 10:19-22). Cuando estas cosas son hechas, entonces el pecado es purgado y nuestras almas son limpiadas.

¿Pero cómo venimos a ser participantes de esa sangre limpiadora? Es el Espíritu Santo quien nos enseña y nos convence espiritualmente de el ensuciamiento causado por el pecado (Juan 16:8). Solo cuando vemos como el pecado nos a ensuciado seremos llevados a la sangre de Cristo para limpieza.

El Espíritu Santo nos propone, declara y presenta el único verdadero remedio para nuestra limpieza. Si se nos deja a nosotros, nos volteamos a los medios equivocados (Os.5:13). Es el Espíritu Santo quien nos enseña las cosas de Cristo (Juan 16:14).

Fe y limpieza

El Espíritu Santo también obra la fe en nosotros por la cual somos hechos participantes de la virtud purificante de la sangre de Cristo. Por la fe recibimos a Cristo y por fe recibimos todo lo que Cristo nos da (Sal. 51:7; Lv. 14:2-7; Nm. 19:4-6; Hch. 13:39; He. 9:13, 14; 10:1-3).

La verdadera aplicación por medio de la fe de la sangre de Cristo para limpiar descansa en cuatro cosas. Primero, debemos mirar por fe a la sangre de Cristo así derramada en la cruz por nuestros pecados, así como los antiguos Israelitas miraron a la serpiente de bronce en la bandera para ser sanados del veneno de las víboras que los mordían. (Is. 45:22; Nm. 21:8; cf. Juan 3:14). Segundo, la fe de hecho confía y descansa en la sangre de Cristo para limpieza de todo pecado (Ro. 3:25; He. 9:13, 14; 10:22). Tercero, la fe ora fervientemente para que esa sangre limpiadora sea aplicada (He. 4:15, 16). Y cuarto, la fe acepta la veracidad y fidelidad de Dios de limpiar por la sangre de Cristo.

El Espíritu Santo realmente aplica la virtud purificante y limpiadora de la sangre de Cristo a nuestras almas y conciencias para que seamos libres de vergüenza y tengamos libertad hacia Dios.

Es por la fe que nuestras almas son purificadas (Hch. 15:9). La fe es la mano del alma que se agarra de la sangre de Cristo para limpieza.

Hay dos evidencias indefectibles de una fe sincera. Internamente, ella purifica el corazón y externamente, ella obra por amor (1P. 1:22; Tito 1:15).

Somos purificados por fe porque la fe es la gracia mayor por la cual nuestra naturaleza es restaurada a la imagen de Dios y así librada del ensuciamiento original (Col. 3:10; 1Juan 3:3). Es también por fe de nuestra parte que recibimos la virtud purificante e influencias de la sangre de Cristo (Dt. 4:4; Jos. 23:8; Hch. 11:22). Y aún mas, es mayormente por fe que nuestras codicias y corrupciones las cuales nos ensucian son muertas, sometidas y gradualmente conducidas fuera de nuestras mentes (He. 12:15; Stg. 1:14; Juan 15:3-5).

La fe se agarra de los motivos que nos son presentados para provocarnos a la santidad, y para usar todo los caminos que Dios nos a dado por los cuales podemos evitarnos de ser

ensuciados por el pecado, y por los cuales nuestras mentes y conciencias pueden ser limpiadas de obras muertas.

Dos motivos excelentes nos son presentados. El primer motivo excelente viene de las maravillosas promesas de Dios que ahora se nos dan (2Co. 7:1). El segundo motivo viene del pensamiento de ser como Cristo cuando le veamos así como él es en la gloria eterna (1Juan 3:2, 3).

AFLICCIONES Y SANTIDAD

Dios nos envía problemas para purificarnos del pecado (Is. 31:9; 48:10; 1Co. 3:12, 13).

Cuando estamos bajo el dominio del pecado y de su juicio, las penas son una maldición y a menudo resultan en más actos pecaminosos. Pero cuando la gracia reina en nosotros, las penas son un medio para santificarnos y son el medio por el cual las gracias son fortalecidas, resultando en santidad. La cruz de Cristo arrojada a las aguas de aflicción las hace saludables y un gran medio de gracia y santidad (Ex. 15:22-25). Todo el dolor y sufrimiento que su pueblo experimenta, él lo siente primero (Is. 63:9; Hch. 9:5; Col 1:24).

Todas nuestras penas y aflicciones son los medios de Dios para hacernos mas y mas como su Hijo (Ro. 8:29). Ellas nos ayudan a tener un sentido mas profundo de la vileza del pecado así como Dios lo ve. Las penas son usadas por Dios para disciplinar y corregir a sus hijos. Así como tales, no deben de ser despreciadas (He. 12:3-11). Las penas nos ayudan a depender menos y menos en las cosas creadas para nuestra comodidad y de regocijarnos mas en las cosas de Cristo (Ga. 6:14). Las penas nos ayudan a matar nuestras codicias o deseos corruptos. Somos liberados mas y más de las contaminaciones del pecado y somos hechos mas y mas santos, así como él es santo (2Co. 4:16-18). Las penas son la manera de Dios para sacar de todos nosotros las gracias del Espíritu para que sean constantemente y diligentemente ejercitadas.

EI CAMINO A LA FUENTE LIMPIADORA

Trata de entender la odiosidad del pecado con sus efectos sucios y el gran peligro de no ser limpiado del pecado (Ap. 3:16-18). Escudriña las Escrituras y considera seriamente lo que enseña sobre nuestra condición después que perdimos la imagen y semejanza de Dios (Sal. 53:3). El que há recibido el testimonio de la Escritura sobre su estado contaminado tratará y encontrará la razón para ello. Él descubrirá sus propias llagas y gritará, ‘¡Inmundo! ¡Inmundo!’

Ora también por luz y orientación sobre tu contaminación y para como tratar con ella. La luz natural no es suficiente para conocer la profundidad de tu depravación (Ro. 2:14, 15).

Para ser purificado de la contaminación del pecado, debemos de avergonzarnos de la suciedad del pecado (Esdras 9:6; Jer. 3:25). Hay dos clases de vergüenza. Hay vergüenza legal la cual es producida por una convicción legal del pecado. Por ejemplo, Adán, después de su caída, sintió una vergüenza la cual lo llevo al miedo y al terror. Así que corrió y se escondió de Dios. Hay también vergüenza evangélica la cual sale de un sentido de vileza del pecado y de las riquezas de la gracia de Dios al perdonarnos y purificarnos de este (Ez. 16:60-63; Ro. 6:21).

Tristemente, sin embargo, muchos son completamente insensitivos a su verdadera condición. Están mas avergonzados de cómo se ven delante de los ojos de los hombres que de cómo parecen sus corazones a la vista de Dios. Algunos son puros delante de sus propios ojos (Pr. 30:12), e.g., los Fariseos (Is. 65:4,5). Algunos todavía se jactan abiertamente de su vergüenza y pecado. Proclaman su pecado como Sodoma (Is. 3:9; Jer. 6:15; 8:12) y no solo se jactan de su pecado, sino aprueban y se deleitan en los que pecan como ellos (Ro. 1:32).

Nuestro deber de entender la manera de Dios de limpiar

La importancia de este deber se nos enseña por Dios mismo. Las instituciones legales del Antiguo Testamento nos enseñan la importancia de este deber, porque cada sacrificio tenia algo en ello para purificar de la inmundicia. Las mas grandes promesas del Antiguo Testamento se enfocan en la limpieza del pecado (e.g. Ez. 36:25, 29). En el evangelio, se nos enseña que la necesidad más grande es de ser limpiado del pecado.

El poder limpiador de la sangre de Cristo y la aplicación del Espíritu de esa sangre a nuestros corazones nos es presentada en las promesas del pacto (2P. 1:4). La única manera para gozar personalmente de las cosas buenas presentadas en las promesas es por fe (He. 4:2; 11:17; Rom. 4:19-21; 10:6-9).

Dos cosas hacen a esta fe efectiva. La primera es la excelencia de la gracia o del deber mismo. La fe desecha cualquiera otra manera de limpieza. Da toda la gloria a Dios por su poder, fidelidad, bondad y gracia a pesar de todas las dificultades y oposiciones. La fe glorifica la sabiduría de Dios por obrar este camino para que nosotros seamos limpiados. Glorifica la gracia infinita de Dios al proveer esta fuente para toda inmundicia cuando estábamos perdidos y bajo su maldición. De este modo somos unidos a Cristo del cual solo de él viene toda nuestra limpieza.

Los deberes de los creyentes

El primer deber es de estar en una continua negación de si mismo. En tu propia estimación, ponte en el asiento mas bajo, así como Cristo les dijo a los Judíos que hicieran cuando estuvieran en un banquete. Recuerda el estado sucio y contaminado del cual has sido liberado (Dt. 26:1-5; Ez. 16:3-5; Sal. 51:5; Ef. 2:11-13; 1Co. 6:9-11; Tito 3:5).

El segundo deber es de estar continuamente agradecido por esa liberación de la contaminación original del pecado la cual Cristo te ha dado (Lc. 17:17; Ap. 1:5, 6). Debemos valorizar el rociamiento de la sangre de Cristo en la santificación del Espíritu. Estar consciente de ese gozo y satisfacción interna que puedas tener porque has sido liberado de esa vergüenza la cual nos privaba de todo valor y confianza para venir a Dios, y estar agradecido. Alabad a Dios por estas cosas.

Debemos, entonces por eso, cuidar en contra del pecado, especialmente con sus estímulos tempranos en el corazón. Recuerda su peligro y castigo. Considera el terror del Señor y las amenazas de la ley. No te hundas en el temor servil que anhela deshacerse de Dios, sino busca ese temor el cual te detiene del pecado y hace al alma mas determinada a agarrarse de Dios. Considera el efecto contaminante y odioso del pecado (1Co. 3:16, 17; 6:15-19).

Anda humildemente delante del Señor. Recuerda que las mejores obras que hacemos son como trapos de inmundicia (Is. 64:6). Y cuando hagamos hecho todo lo que se nos a mandado a hacer, todavía debemos vernos como siervos inútiles (Lc. 17:10). Mata de hambre a la raíz del pecado (Stg. 1:13-15). No alimentes a tus deseos pecaminosos.

Ven continuamente a Cristo para limpieza por su Espíritu y el rociamiento de su sangre en tu conciencia para purgarla de obras muertas esas obras por las cuales el alma, descuidando la fuente establecida para su limpieza, intenta limpiarse a si misma del pecado y su contaminación.

Pregunta. ¿Pero como el que es santo, inofensivo, sin mancha y apartado de los pecadores puede ser unido y tener comunión con aquellos que están contaminados y en un estado de oscuridad? ¿No nos dice la Escritura que no puede haber compañerismo entre la justicia y la injusticia, ni comunión entre la luz y las tinieblas (2Co. 6:14)?

Respuesta. Los que estan enteramente bajo el dominio de su suciedad original no tienen ni tampoco pueden tener unión o comunión con Cristo (1Juan 1:6). Ninguna persona no regenerada puede ser unida a Cristo.

Cualquiera que nuestra suciedad sea, Cristo que es luz no es ensuciado por ellos. La luz no es contaminada al alumbrar un montón de estiércol. Una llaga en la pierna no contamina a la cabeza, aunque la cabeza sufre con la pierna.

El propósito de Cristo al unirse con nosotros es de purgarnos de todos nuestros pecados (Ef. 5:25-27). No es necesario que para que seamos unidos a Cristo seamos completamente santificados. Somos unidos a Cristo para ser completamente santificados (Juan 15:1-5). De este modo, donde la obra de santificación y limpieza espiritual ha verdaderamente empezado en alguien, allí la persona entera ahora es considerada ser santa. Nuestra unión con Cristo es directamente por la nueva creación en nosotros. Esta nueva creación la cual esta unida a Cristo fue formada en nosotros por el Espíritu de santidad y es entonces en si misma santa.

Hay muchos pecados por los cuales los creyentes son ensuciados. Pero hay un camino de limpieza todavía abierto para ellos. Si continuamente usan ese camino de limpieza, ninguna suciedad de pecado puede estorbar su comunión con Cristo.

Bajo el Antiguo Testamento, una provisión fue hecha para la suciedad. Si una persona no hacía uso de esta provisión cuando era ensuciada, era cortada de su pueblo. Dios nos ha proveído con la sangre de Cristo para limpiarnos de toda suciedad del pecado, y él espera que los creyentes la usen. Si no hacemos uso de ella no podemos tener comunión con Cristo, ni tampoco podemos tener verdadero compañerismo con otros creyentes (1Juan 1:6, 7).

Debemos orar como David lo hizo (Sal. 19:12, 13). Su oración era un constante reconocimiento humilde de sus pecados. ‘¿Quién puede entender sus errores?’ Él busca una limpieza diaria de esos ensuciamientos los cuales los pecados más pequeños y secretos traen. ‘Líbrame de los que me son ocultos’. Él oró que fuera guardado de ‘pecados de soberbia’ o pecados intencionales cometidos deliberadamente en contra de la luz conocida. Mientras los creyentes sean guardados dentro de los límites puestos en la oración de David, aun aunque son ensuciados por el pecado, sin embargo hay en ellos nada inconsistente con su unión con Cristo. Nuestra bendita cabeza no solo es pura y santa, él es también misericordioso y bueno. Él no cortara a un miembro de su cuerpo porque esta enfermo o tiene una llaga.

Conclusión. Hay, entonces, una gran diferencia éntre la verdadera santidad forjada en nosotros por el Espíritu Santo y una vida moralmente decente producida por un esfuerzo propio. Aun más, la vida de santidad forjada en nosotros por el Espíritu Santo necesita ser mantenida pura y sin ensuciar por el Espíritu de Dios y la sangre de Cristo, mientras que la vida moralmente decente, producida por un esfuerzo propio, se esfuerza por mantenerse pura por ‘buenas resoluciones’.

19: La Obra del Espíritu al Renovar la Vida Espiritual de los Creyentes.

Cuando el Espíritu Santo santifica a los creyentes, él hace una obra completa en ellos. Les pone en sus mentes, voluntades y corazones, un principio sobrenatural de gracia el cual los llena con un deseo santo de vivir para Dios. Toda la vida y el ser de santidad descansan en esto. Esta es la nueva creación.

La Santidad Consiste de Obediencia a Dios

La santidad es actual obediencia a Dios de acuerdo a los términos del pacto de gracia. De acuerdo a esos términos Dios promete escribir su ley en nuestros corazones para que le temamos y guardemos sus estatutos.

Dios ha dado una norma o nivel, seguro y fijo para esta obediencia. Esta es su voluntad revelada en la Escritura. (Mi. 6:8). Todo lo que Dios ha mandado en la Escritura debemos hacer. No debemos agregarle o quitarle (Dt. 4:2; 12:32; Jos. 1:7; Pr. 30:6 Ap. 22:18, 19). Debemos obedecer porque Dios lo ha mandado (Dt. 6:24, 25; 29:29; Sal. 119:9).

La luz natural no es suficiente (Ro. 2:14, 15). La luz natural no es la norma del evangelio. La Palabra de Dios es la norma del evangelio y Dios prometió a su Espíritu junto con su Palabra. Ha prometido que el Espíritu traiga nueva vida a nuestras almas y su Palabra para que nos guíe (Is. 59:21).

La Palabra de Dios es nuestra norma en tres formas. Primero, requiere que seamos restaurados a la imagen de Dios. La santidad no es nada más que la Palabra cambiada a gracia en nuestros corazones. Somos nacidos de nuevo por la semilla incorruptible de la Palabra de Dios. Esta semilla es implantada en nuestras almas por el Espíritu Santo, quien nada obra en nosotros excepto lo que la Palabra primero nos requiere. Segundo, todos nuestros pensamientos, deseos, y hechos deben de ser regulados por la Palabra de Dios. Y tercero, todos nuestros hechos y deberes externos, ambos privados y públicos, deben ser ordenados por la Palabra de Dios. Así como la Escritura es la norma de obediencia a Dios, así la norma para que Dios acepte nuestra obediencia son los términos del nuevo pacto (Gn. 17:1).

En el estado de justicia original, la norma de nuestra aceptación con Dios era obediencia a la ley y al pacto de obras. La obediencia debía de ser perfecta. Ahora, aunque verdaderamente y realmente renovados por gracia a la imagen de Dios, todavía no somos perfectos. Todavía tenemos en nosotros mucha ignorancia y pecado en contra del cual debemos pelear (Ga. 5: 16, 17). Dios en el pacto de gracia le agrada aceptar esa obediencia santa la cual hacemos sinceramente. Cristo llevó acabo una obediencia perfecta por nosotros, por lo tanto nuestra obediencia evangélica no nos hace aceptados por Dios. Es solo la fe en Cristo que hace eso. La obediencia evangélica es la forma de enseñar nuestra gratitud a Dios.

Por la tanto aprendemos dos grandes doctrinas:

(1) Aprendemos que en la mente y alma de todos los creyentes esta forjada y preservada por el Espíritu de Dios una obra sobrenatural de gracia y santidad. Es por esta obra, que los creyentes son hechos aptos para Dios y capacitados para vivir para Dios. Por esta obra los creyentes también son capacitados para realizar esa obediencia la cual Dios requiere y acepta por medio de Cristo en el pacto de gracia.

(2) Aprendemos también que en cada acto de obediencia, ya sea interna solamente, tal como creer y amar, o externa también, en buenas obras, una obra directa de gracia por el Espíritu Santo en el creyente es necesaria.

Hay una obra tan sobrenatural creada en los creyentes por el Espíritu Santo la cual siempre habita en ellos. Esta obra del Espíritu Santo inclina la mente, la voluntad y el corazón a obras de santidad y así nos hace aptos para vivir para Dios. Esa obra también

da poder al alma capacitándola para vivir para Dios en toda obediencia santa. Esta obra se diferencia específicamente de todos los otros hábitos, intelectuales o morales, que podamos lograr por nuestros esfuerzos, o por dones espirituales que se nos puedan dar.

LA VERDADERA VIDA ESPIRITUAL UN HABITO SOBRENATURAL DE GRACIA

¿Que queremos decir con un habito sobrenatural? No es cualquier acto individual de obediencia a Dios. Actos individuales de obediencia pueden comprobar la santidad pero no crearla (1Co. 13:3; Is. 1:11-15). Un habito sobrenatural es una virtud, un poder, un principio de vida espiritual y gracia forjada en nuestras almas y todas nuestras facultades. El habito sobrenatural constantemente habita en los creyentes; existe antes que cualquier obra actual de santidad sea hecha, y es en si mismo la causa y origen de toda verdadera obra y santidad.

Este hábito sobrenatural en nosotros no produce obras de santidad por su propia habilidad innata, así como en los hábitos físicos ordinarios. Lo hace por el Espíritu Santo capacitándolo para producirlos. Todo el poder e influencia de este hábito sobrenatural es de Cristo nuestra cabeza (Ef. 4:15, 16; Col. 3:3; Juan 4:14). Está en nosotros así como la savia está en la rama. Aún más, varía en fuerza y florece más en unos creyentes que en otros. Y mientras no es adquirido por obras de obediencia, sin embargo es nuestro deber de cuidarlo, ayudarlo a crecer dentro de nosotros y de fortalecerlo y mejorarlo. Debemos de ejercitar nuestras gracias espirituales así como ejercitamos a nuestros cuerpos.

Hay un hábito espiritual o un principio gobernante de vida espiritual forjado en los creyentes del cual viene toda la santidad (Dt. 30:6; Jer. 31:33; Ez. 36:26, 27; Juan 3:6; Ga. 5:17; 2P. 1:4). El Espíritu de Dios crea en el creyente una naturaleza nueva la cual se expresa a sí misma en todas las actividades de la vida de Dios en nosotros (Ef. 4:23, 24; Col. 3:10). Y por esta vida espiritual forjada en nosotros estamos continuamente unidos a Cristo.

Unión con Cristo

El Espíritu Santo que mora en nosotros es la causa de esta unión con Cristo, pero la naturaleza nueva es el medio por el cual somos unidos a Cristo (Ef. 5:30; 1Co. 6:17; He. 2:11, 14). Nuestra semejanza a Dios esta en este hábito nuevo espiritual creado en nosotros, porque por él la imagen de Dios es reparada en nosotros (Ef. 4:23, 24; Col. 3:10). Y es por esta vida espiritual nueva en nosotros que somos capacitados para vivir para Dios. Este es el principio gobernante interno de vida del cual todos los actos vitales en la vida de Dios vienen. Esta es la vida la cual Pablo describe, como ‘escondida con Cristo en Dios’ (Col. 3:3). Él así de este modo cubre con un velo esta vida espiritual, sabiendo que somos incapaces de ver firmemente a su gloria y belleza.

Por lo tanto aprendamos a no satisfacernos a nosotros mismos, ni a descansar en ninguno de los actos o deberes de obediencia, ni tampoco en ninguna obra buena, por mas buena y útil que sea, las cuales no salgan de este principio vital de santidad en nuestros corazones (Is. 1:11-15).

En lo que toca a estos deberes, ya sea de moralidad o de religión, son buenos en si mismos, y deben ser aprobados y alentados. Pueden hacerse de motivos equivocados (Ro. 9:31, 32; 10:3, 4). Pero el mundo necesita hasta las buenas obras de hombres malos, aunque debamos persuadirlos de no confiar en estas obras buenas sino solo en Cristo para la salvación.

Donde exista este principio gobernante de santidad en el corazón de los creyentes adultos, se manifestará en el comportamiento externo (Tito 2:11, 12).

Todos los Cristianos concuerdan, cuando menos en palabras, que la santidad es absolutamente necesaria para salvación por Cristo Jesús (He. 12:14). Pero muchos piensan que haciendo lo mejor que podamos para vivir una vida moralmente decente es santidad (1Co. 2:14). No se dan cuenta que es una obra más grande el ser verdaderamente y realmente santo que lo que la mayoría de la gente piensa.

La santidad es la obra de Dios el Padre (1Tes. 5:23). Es una obra tan grandiosa que solo el Dios de paz la puede hacer. Para que podamos nacer de nuevo, la sangre de Cristo tiene que ser derramada y el Espíritu Santo ser dado. Vamos, entonces, a no contentarnos con solo el nombre de Cristiano, pero estemos seguros que tengamos la realidad de una verdadera vida Cristiana.

Los Deberes del Creyente.

Ahora si hemos recibido este principio gobernante de santidad, entonces somos llamados a los siguientes deberes.

Debemos cuidadosamente y diligentemente apreciar y cuidar de esta nueva vida espiritual nacida en nosotros. Ha sido confiada a nosotros y se espera de nosotros que cuidemos de ella, la amemos y que fomentemos su crecimiento. Si nosotros de buena gana, o por descuido, permitimos que sea lastimada por tentaciones, debilitada por corrupciones, o no ejercitada en todos sus deberes conocidos, nuestra culpa y nuestros problemas serán grandes.

Es también nuestro deber demostrar convincentemente que tenemos esta nueva vida. Debemos dejarla que se revele por sus frutos. Los frutos de esta vida son la matanza de deseos corruptos y el ejercitar de todos los deberes de santidad, justicia, amor y devoción a Dios en este mundo. Una razón porque Dios nos dió esta nueva vida fue para que fuera glorificado. Y al menos que esos frutos visibles de santidad sean vistos, nos exponemos a cargos de hipocresía. Vamos entonces a revelar en nuestras vidas lo que hemos recibido.

Esta gracia de santidad forjada en nosotros lleva a un hábito nuevo de vida, inclinándonos y empujándonos a obras y actos de santidad. Hábitos morales nos llevan a acciones morales. Pero esta gracia de santidad nos capacita para ser santos y para vivir para Dios. El hombre natural es ajeno a esta vida (Ef. 4:18; Ro. 8:6). El hombre natural encuentra a la santidad aburrida y trabajosa (Mal. 1:13). Aborrece la santidad porque su actitud hacia Dios es una de enemistad, y por lo tal no puede agradar a Dios (Ro. 8:7-8).

La naturaleza nueva, por la otra parte, se comporta muy diferente. Da un nuevo deseo e inclinación al corazón el cual la Escritura llama temor, amor y deleite (Dt. 5:29; Jer 32:39; Ez. 11:19; Os. 3:5). La nueva naturaleza da a la mente una perspectiva y dirección nueva. Esta nueva perspectiva y dirección se llama inclinación espiritual (Ro. 8:6; Col. 3:1, 2; Sal. 63:8; Fil. 3:13, 14; 1P. 2:2).

Por este principio gobernante de santidad en nosotros, el pecado es debilitado y gradualmente quitado y el alma constantemente desea ser santa.

El corazón santificado desea llevar acabo cada deber conocido de santidad porque está involucrado en obedecer todos los mandamientos de Dios. La santidad falsa del príncipe joven rico fue expuesta cuando Cristo lo llamo a vender todo lo que tenía y darlo a los pobres. Se fue triste porque tenía muchas posesiones.

Naaman el Sirio, después de ser sanado de su lepra por Eliseo, todavía quería agradar a sus amos terrestres al inclinarse en la casa de Rimmon (2R. 5:18). La santidad verdadera a veces puede resbalar y volver atrás, pero no volverá a todo el curso de pecado. El corazón santificado sigue en la santidad cual sea la oposición. La persona santa teme al señor todo el día. La santidad es como un torrente corriendo constantemente cual sea la obstrucción. (Juan 4:14).

Simple moralidad externa es como un barco velero dependiendo en los vientos externos para soplarlo a lo largo. Pero la persona que tiene este principio gobernante de santidad en él es como un barco con su propio poder interno moviéndose independientemente de cualquier viento que pueda o no soplar.

La gracia de santidad es permanente y habita para siempre. Nunca dejara de alentar al alma entera para cada deber hasta que venga al completo gozo de Dios. Es esa agua viva que mana a la vida eterna (Juan 4:14). Está prometida en el pacto (Jer. 32:40). Capacita al creyente a no descuidar ningún deber (He. 6:11; Is. 40:31).

NO PERFECTOS TODAVÍA

Todos los que tienen esta gracia de santidad también tienen dentro de ellos la naturaleza vieja con sus deseos pecaminosos. Este es el pecado que mora en nosotros. También es llamado el cuerpo de muerte (Ro. 7:24). En los creyentes estas disposiciones contrarias, la gracia de santidad y el cuerpo de pecado están en las mismas facultades. De este modo

la carne pelea contra los deseos espirituales y la naturaleza nueva bajo el principio gobernante de santidad pelea contra los deseos carnales (Ga. 5:17).

El pecado y la gracia no pueden llevar el dominio en el mismo corazón al mismo tiempo. Ni tampoco pueden ser igual en fortaleza, si no entonces ninguna obra fuera posible. En el hombre natural, la carne o naturaleza depravada lleva el dominio (Gn. 6:5; Ro. 8:8). Pero cuando la gracia es introducida, este hábito de pecado es debilitado y su fortaleza incapacitada para que no pueda llevar a la persona al pecado así como lo hacía antes (Ro. 6:12). Sin embargo, todavía hay restos del pecado en los creyentes los cuales buscan ser entronados.

En el estado natural, el pecado dominaba, pero las dos luces, a saber la conciencia y la mente, se oponían. En el estado de regeneración, la gracia de santidad domina, pero se le oponen los restos del pecado que aún mora. Y así como la conciencia y el razonamiento paran mucho a un pecador de pecar así los restos del pecado estorban la naturaleza regenerada de hacer muchas cosas buenas.

La gracia de santidad inclina al alma a todo acto de obediencia. El deseo de obedecer las reglas de Dios está en el regenerado- su corazón esta fijo para la santidad así como la aguja del compás apunta al norte, aunque a veces en la prescencia del hierro la aguja puede ser desviada.

La gracia de santidad se revelara a si misma en su resistencia a todo lo que trate de desviarla de su meta, la cual es el perfeccionamiento de la imagen de Dios en el ama. Donde esto no pasa, allí no hay santidad.

La adoración religiosa, emparejada con el comportamiento moral, decente y honrado no es santidad auténtica, al menos que el alma entera sea dominada por deseos para eso que es espiritualmente bueno y todo el comportamiento es producido por la nueva naturaleza regenerada la cual es la imagen de Dios renovada en nuestra alma.

Deberes externos que salen de la luz y de la convicción pueden ser muchos, pero si no brotan de la raíz de la gracia en el corazón, pronto se marchitan y mueren (Mt. 13:20, 21).

La evidencia mas clara que nuestras almas han sido renovadas es de que la mente y el alma desean ser santas. Este deseo es gratis, genuino y no forzado. Es un deseo firme para obedecer y hacer todo lo que es santo. Es un deseo que rompe toda oposición a la santidad y mira hacia ese día cuando sea perfeccionado en la santidad.

Pregunta. ¿Porque David ora que Dios incline su corazón a los testimonios de Dios (Sal. 119:36)? ¿Esta David buscando un nuevo acto de gracia, o no sale esta inclinación del corazón a los testimonios de Dios, del hábito de gracia ya implantado en el alma?

Respuesta. A pesar de todo el poder y obra de este hábito de gracia, también hay un requerimiento de una obra adicional del Espíritu Santo para capacitar a este hábito de gracia para que actualmente lleve sus deberes en casos especiales.

Dios inclina nuestros corazones a deberes y a la obediencia mayormente por fortaleciendo, incrementando y activando la gracia que hemos recibido, y la cual está en nosotros. Pero ni tenemos ahora, ni tampoco tendremos en este mundo, tal reserva de fortaleza espiritual que ya no necesitaremos orar por mas.

El poder de este hábito de gracia no solo capacita al creyente a vivir una vida santa, sino también estimula en él deseos para mas santidad (Ez. 36:26, 27). En nuestro estado no regenerado estábamos sin fuerzas (Ro. 5:6). Eramos impíos y no teníamos poder para vivir para Dios. Pero ahora en y por la gracia de regeneración y santificación tenemos una habilidad que nos capacita a vivir para Dios (Is. 40:31; Col. 1:11; Ef. 3:16; Fil. 4:13; 2P. 1:3; Juan 4:14; 2Co. 12:9). Donde hay vida, hay fuerza.

¿Cuál es entonces esta fuerza espiritual, y de donde viene ya que el hombre natural esta totalmente incapacitado para hacer cualquier bien espiritual?

Hay tres facultades en nuestras almas las cuales son capaces de recibir fuerza espiritual. Son el entendimiento, los deseos y la voluntad. Así que cualquier habilidad espiritual que tengamos debe ser porque ha sido impartida a estas facultades.

La fuerza espiritual en la mente descansa en una habilidad y luz espiritual para entender las cosas espirituales de una manera espiritual. Los hombres en su estado natural están totalmente desprovistos de esta habilidad. Solo el Espíritu Santo imparte el principio de vida espiritual y santidad (2Co. 4:6; 3:17, 18; Ef. 1:17,18). No todos los creyentes tienen el mismo grado de habilidad y luz espiritual (He. 6:1-6). Pero no hay excusa para ninguno (1Co. 2:12; 1Juan 2:20, 27; He. 5:14).

La fuerza espiritual en la voluntad descansa en su libertad y habilidad de acordar con, escoger y abrazar las cosas espirituales. Los creyentes tienen libre voluntad para escoger lo que es espiritualmente bueno, porque son libres de esa esclavitud al pecado a la cual estaban sujetos antes que fueran regenerados.

Una libre voluntad que hace al hombre totalmente independiente de Dios es desconocida en la Escritura. Somos totalmente dependientes en él para todas nuestras buenas acciones y para esa raíz y fuente de santidad en nosotros de la cual todas las acciones espirituales salen.

En el estado natural, todos los hombres están esclavizados al pecado. El pecado domina su mente, sus corazones y voluntades para que ni deseen ni hagan algún bien espiritual. Pero de acuerdo a la Escritura, cuando una persona es regenerada tiene una libre voluntad, no para escoger lo bueno o lo malo imparcialmente (como si no importara que escogiera) sino para que le guste, ame, escoja y se aferre de Dios y su voluntad en todas las cosas. La voluntad ahora libre de la esclavitud del pecado e iluminada por la luz

y amor, desea y escoge libremente las cosas de Dios. La voluntad hace esto porque há recibido fuerza espiritual y habilidad para hacerlo. Es la verdad que deja a la voluntad libre (Juan 8:32, 36).

ALGUNAS VERDADES DE LA ESCRITURA SOBRE LA LIBRE VOLUNTAD

El hombre no puede, independientemente de Dios, desear hacer cualquier cosa si Dios no desea esa cosa también. Es Dios el que controla todas las acciones del hombre. Es Dios el que gobierna sobre todas las cosas por su voluntad, poder y providencia. Es Dios quien determina que o que no pasará en el futuro. Si el hombre pudiera llevar acabo al máximo todo lo que desea hacer sin importar la voluntad de Dios de que no debería hacerlo, entonces sería inconsistente con el preconocimiento, autoridad, decretos y dominio de Dios y pronto probaría ser ruinoso y destructivo para nosotros.

El hombre no regenerado es totalmente incapaz de cualquier bien espiritual o creer y obedecer a la voluntad de Dios. El hombre no regenerado no tiene libertad, poder o capacidad para escoger y hacer la voluntad de Dios. Si pudiera, entonces la Escritura está errónea y la gracia de nuestro Señor Jesucristo sería destruida.

La verdadera libertad de voluntad dada a los creyentes descansa en una libertad de gracia y habilidad para escoger, desear y hacer lo que sea espiritualmente bueno, y rechazar lo que sea malo. La libertad de voluntad dada a los creyentes no significa que tienen el poder para escoger el bien o el mal y hacer bien o mal así como la voluntad determine. Esto es una voluntad libre ficticia e imaginaria. Al contrario la voluntad libre dada a los creyentes es consistente con la doctrina de Dios como la primera causa soberana de todas las cosas. La verdadera libertad piadosa de la voluntad se sujeta a la gracia especial de Dios y a la obra del Espíritu Santo. Es una libertad por la cual nuestra obediencia y salvación son aseguradas. Es una voluntad libre que responde a las promesas del pacto por el cual Dios escribe sus leyes en nuestros corazones y pone su Espíritu en nosotros, para capacitarnos para andar obedientemente.

En la regeneración los deseos y sentimientos los cuales son naturalmente los primeros sirvientes e instrumentos del pecado, son vueltos a amar y desear a Dios (Dt. 30:6).

En la santificación el Espíritu Santo crea en nosotros un principio de gracia nuevo, espiritual y vital. Este reside en todas las facultades de nuestras almas. A este el Espíritu Santo lo abriga, preserva, incrementa y fortalece continuamente por suministraciones efectivas de gracia de parte de Jesucristo. Por este principio de gracia el Espíritu Santo dispone, inclina y capacita al alma entera a hacer esa obediencia santa por la cual vivimos para Dios. Por esta gracia espiritual, el Espíritu Santo se opone, resiste y finalmente conquista a toda oposición pecaminosa.

Por su gracia espiritual y poder el Espíritu Santo hace listo al creyente para cualquier deber santo y él hace la obediencia espiritual fácil para el creyente. El Espíritu Santo da esta disposición al quitar todas esas cargas las cuales estan aptas para tapar nuestras

mentes y estórbolas en su disposición para obedecer y ser santos. Estorbos especiales a la mente son el pecado, el mundo, pereza espiritual e incredulidad (He. 12:1; Lucas 12:35; 1P. 1:13; 4:1; Ef. 6:14; Mr. 14:38).

ESTORBOS A LA SANTIDAD

En el no regenerado, esta el pecado de procrastinar (Pr. 6:10). Pero en el regenerado la pereza y el procrastinar también son evidentes (Cnt. 5:2, 3). Para superar estos pecados debemos de poner nuestra mente en las cosas de arriba (Col. 3:2). Debemos de agarrar una idea de la belleza y la gloria de la santidad. Debemos despertar nuestros deseos para deleitarnos en la santidad. Esto crea una facilidad en obediencia espiritual porque hemos recibido una nueva naturaleza. En este sentido, así como es natural para nosotros ser un ser humano, así ahora es ‘natural’ ser un ser humano espiritual.

Dios escribe sus leyes en nuestros corazones. Por naturaleza las cosas de la ley de Dios son ajenas a nosotros (Os. 8:12). Hay en nuestra mente enemistad en contra de ellas (Ro. 8:7). Pero todo esto es quitado por gracia. Los mandamientos de Dios ya no son penosos (1Juan 5:3). Todos los caminos de Dios ahora son placenteros. (Pr. 3:17). La gracia guarda el corazón y así a la persona entera continuamente activa en la santidad, y la repetición hace a los deberes más fáciles. Es un manantial de agua viva continuamente burbujeando en nosotros, revelandose a si mismo en la oración, lectura de la Biblia, y comunión santa. Se muestra a si mismo en misericordia, bondad, caridad y bondad fraternal hacia todos los hombres. La gracia trae la ayuda de Cristo y su Espíritu. Cristo el Señor cuida de esta naturaleza nueva y la fortalece por las gracias del Espíritu Santo, para que su yugo sea fácil y su carga liviana (Mt. 11:30).

Algunos creyentes no encontraran los deberes espirituales livianos y fáciles, sino pesados y dificultosos. Si ese es el caso necesitamos examinarnos a nosotros mismos y ver de donde sale esa carga. Si sale de desgana interna para llevar el yugo de Cristo y nuestra religión se mantiene por miedo y convicciones de pecado, entonces todavía no estamos regenerados. Pero si sale de deseos internos y añoramos ser libres del pecado y vivir para Dios en obediencia santa, para que solo estemos muy contentos de tomar el yugo de Cristo y pelear contra todo el pecado conocido, entonces si somos verdaderamente regenerados. Debemos, entonces, examinarnos a nosotros mismos si hemos sido constantes y diligentes en hacer todos los deberes que nos son más difíciles.

La gracia primero nos hace ser constantes en los deberes espirituales. La gracia después nos hace ser diligentes en todos los deberes y de encontrar a todos los deberes fáciles y placenteros.

Las dificultades pueden ser causadas por tentaciones de preocupación las cuales cansan, perturban y distraen la mente.

Problema. ‘¿Hay verdadera santidad en mí o estoy siendo engañado por algo falso?’

Repuesta. Estamos engañados si pensamos que la verdadera santidad son las intenciones buenas y ocasionales para dejar el pecado y vivir para Dios las cuales son traídas por problemas, enfermedades, culpabilidad o miedo a la muerte. (Mr. 6:20 véase también Sal. 78:34-37; Os. 6:4).

Estamos engañados si pensamos que teniendo los dones del Espíritu prueba que somos santos de corazón. Los dones son del Espíritu Santo y deben valorarse grandemente. Conducen a los hombres a hacer deberes los cuales tienen una grande apariencia de santidad, oran, predicán y mantienen un compañerismo espiritual con los verdaderos creyentes. Pero los deberes hechos por el estímulo de los dones espirituales no es verdadera obediencia santa. En los verdaderos creyentes, los dones promueven santidad pero son siervos para santidad. Ni tampoco la moralidad y deberes meramente morales es santidad.

Así que aprendemos que este principio o hábito de santidad es lo bastante distinto de todos los otros hábitos de la mente cualquiera que sean, ya sea intelectual o moral, congénito o adquirido. Es también diferente de la gracia común y sus efectos, de la cual los no regenerados también pueden ser participantes.

El principio de santidad es motivado por un deseo para la gloria de Dios en Cristo Jesús. Ningún hombre puede tener tal deseo al menos que sea regenerado. Aquí hay un ejemplo. Un hombre dando dinero a los pobres es primero motivado por un deseo de ayudar al pobre; pero en el fondo su motivo si él no es regenerado es si mismo, un deseo de ganar merito, un deseo de ganar un buen nombre para si mismo, un deseo por la alabanza del hombre, o un deseo de una expiación por sus pecados. Pero nunca es movido por el deseo de glorificar a Dios en Cristo Jesús.

La santidad sale del propósito de Dios en la elección (Ef. 1:4); tiene una naturaleza especial dada sólo a los escogidos de Dios (2Ts. 2:13; Ro. 8:29, 30; 2P. 1:5-7, 10; Ro. 9:11; 11:5, 7). Si nuestra fe fracasa en producir santidad no es la fe de los escogidos de Dios (Tito 1:1).

Aquí hay tres maneras por las cuales podemos saber si nuestras gracias o deberes son verdaderamente los frutos y evidencias de la elección:

- (i) ¿Están estas gracias creciendo en nosotros (Juan 4:14)?
- (ii) ¿Nos estimula el sentir del elegido amor de Dios para un uso diligente de estas gracias (Ro. 5:2-5; Jer. 3:13)? Un sentido del amor eterno de Dios nos acerca a Dios en fe y obediencia. Los deberes activados meramente por miedo, asombro, esperanza y una conciencia despertada no son del amor escogido.
- (iii) ¿Están esas gracias de santidad haciéndonos mas como Cristo? Si somos escogidos en Cristo y predestinados para ser como él, las verdaderas gracias santas obraran en nosotros la imagen de Cristo. Tales gracias son la humildad, mansedumbre, negación propia, menosprecio al mundo, una disposición para

pasar los males hechos a uno mismo, de perdonar a nuestros enemigos y amar y hacer bien a todos.

CRISTO NUESTRA SANTIFICACIÓN

La santidad fue comprada para nosotros por Cristo Jesús. Es él quien ‘nos ha sido hecho por Dios santificación’ (1Co. 1:30). Cristo nos ha sido hecho por Dios santificación por medio de su oficio sacerdotal. Somos limpios de nuestros pecados por la sangre de Cristo en ambos su ofrecimiento y su aplicación a nuestras almas (Ef. 5:25-27; Tito 2:14; 1Juan 1:7; He. 9:14).

Cristo en realidad santifica nuestras almas al impartirnos santidad. Esta impartición de santidad a nosotros es el resultado de su intercesión sacerdotal. La oración de Cristo es la bendita raíz de nuestra santidad (Juan 17:17). Todas las gracias santas en nosotros son por esa oración. Si en verdad tenemos intenciones de ser santos, es nuestro deber constante de resonar la oración de Cristo para el incremento de santidad. Esto es por lo que los apóstoles oraron y así también debemos nosotros (Lc. 17:5).

Cristo, por su Palabra y doctrina por medio de su oficio profético, nos enseña santidad y la obrá en nosotros por su verdad. La doctrina del evangelio es el único estándar adecuado de santidad y el único medio por el cual podemos ser santos. El evangelio requiere la muerte al pecado, dolor piadoso y el lavamiento diario de nuestros corazones y mentes. El evangelio también requiere los actos mas espirituales de comunión con Dios por Cristo, juntamente con toda esa fe y amor la cual se nos requiere dar a Cristo.

Solo el evangelio engendra fe en nosotros (Ro. 1:16; Hch. 20:32; Ro. 10:17; Ga. 3:2). Es por la Palabra que somos engendrados en Cristo Jesús (1Co. 4:15; Stg. 1:18; 1P. 1:23-25).

Ahora aquí hay dos maneras por las cuales podemos saber si nuestra santidad es o no es santidad evangélica.

- (1) ¿Nos es difícil obedecer los mandamientos del evangelio o son fáciles y placenteros?
- (2) ¿Son las verdades del evangelio ajenas a nosotros? Si son entonces no tenemos verdadera santidad evangélica.

Cristo es hecho para nosotros santificación como el ejemplo perfecto de santidad (Ro. 8:29; 1P. 2:9). En la pureza de sus dos naturalezas, la santidad de su Persona, la gloria de sus gracias la inocencia y utilidad de su vida en el mundo, él es nuestro gran ejemplo. Él solo es el patrón perfecto, absoluto y glorioso o el cianotipo de toda gracia, santidad, virtud y obediencia. Este patrón debe ser preferido por encima de todos los otros. En él esta la luz y en él no hay nada de tinieblas. Él no hizo pecado, ni engaño fue encontrado

en su boca. Es nombrado por Dios para este mismo propósito, para ser un patrón de santidad para nosotros. Debemos de contemplar a Cristo (Is. 45:22; Zac. 12:10; 2Co. 3:18; 4:6).

Debemos ser conmovidos por el ejemplo de Cristo para ser como él. Ya que todo lo que hizo fue hecho por amor a nosotros (1Juan 3:3; Fil. 3:21; He. 2:14, 15; Fil. 2:5-8; Juan 17:19; Ga. 2:20). Todo lo que hizo fue por nuestro bien; imitarlo será la mejor cosa que podamos hacer para nuestro bien (Ro. 5:19).

Debemos de imitar la mansedumbre de Cristo su paciencia, negación propia, el silencio a soportar reproches, desprecio para el mundo, celo por la gloria de Dios, compasión por las almas de los hombres y el soportar las debilidades de todos.

No solo debemos de creer en Cristo para justificación, también debemos creer en él como nuestro ejemplo para santificación. Si camináramos como Cristo caminó, entonces debemos pensar mucho de Cristo, lo que él era, lo que él hizo, y como en ambos deberes y en pruebas se comportó con los de alrededor de él. Esto debemos de hacer hasta que hayamos implantado en nuestras mentes la imagen de su santidad perfecta.

Lo que mayormente distingue la santidad evangélica con respecto a Cristo como nuestra santificación es que de él como nuestra cabeza se deriva la vida espiritual de santidad. También en virtud de nuestra unión con él, verdaderas provisiones de fuerza y gracia espiritual (por la cual la santidad es preservada, mantenida e incrementada) están constantemente fluyendo de él a nosotros. Cualquier gracia que Dios promete a cualquiera, cualquier gracia que Dios otorga a cualquiera, cualquier gracia que Dios obra en cualquiera, todo es hecho por y por medio de Cristo Jesús como el mediador. Dios es la absoluta fuente infinita, la causa suprema de toda gracia y santidad. Solo él es ambos, originalmente y esencialmente santo. Solo él es bueno y así la primera causa de toda santidad y bondad para otros. Él es el Dios de toda gracia (1P. 5:10). Él tiene vida en si mismo (Juan 5:26). En él esta la fuente de vida (Sal. 36:9). Él es el Padre de las luces (Stg. 1:17).

Dios, de su llenura, derrama su gracia a sus criaturas, ya sea naturalmente o por gracia. Por naturaleza él implantó su imagen en nosotros en perfecta justicia y santidad. Si el pecado no hubiera entrado, la misma imagen de Dios hubiera pasado por propagación natural. Pero desde la caída, Dios ya no implanta la santidad en nadie por medio de propagación natural de otro modo no habría necesidad de nacer de nuevo. Ahora ya no tenemos en nosotros nada de la imagen de Dios por naturaleza.

Dios no imparte nada por el camino de la gracia a nadie sino por Cristo como mediador y cabeza de la iglesia (Juan 1:18). En la vieja creación, todas las cosas fueron hechas por la palabra eterna, la Persona del Hijo como la sabiduría de Dios (Juan 1:3; Col. 1:16). Cristo también 'sostiene todas las cosas por la palabra de su poder' (He. 1:3). Así también en la nueva creación Dios no hace nada ni otorga nada excepto por y por medio de su Hijo Cristo Jesús como mediador (Col. 1:15, 17, 18). Es por Cristo que la nueva vida y santidad son dadas en la nueva creación (Ef. 2:10; 1Co. 11:3).

Dios obra en los creyentes una verdadera, efectiva y santificadora gracia, fuerza espiritual y santidad. Por medio de esta obra de gracia Dios los capacita para creer, para ser santos y para perseverar hasta el fin. Por esta obra también los mantiene ‘sin mancha hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo’. Lo que sea forjado en los creyentes por el Espíritu de Cristo, es por medio de su unión a la Persona de Cristo (Juan 16:13-15) al cual somos unidos por el Espíritu.

Pregunta: ¿Recibimos entonces el Espíritu del evangelio de la Persona de Cristo o no?

Respuesta: Recibimos el Espíritu por la predicación del evangelio (Hch. 2:33).

Objeción: Si es por el Espíritu Santo que estamos unidos a Cristo, entonces debemos ser santos y obedientes antes de que le recibamos a él por el cual somos unidos a Cristo. Cristo no une a pecadores impíos e impuros a si mismo. Eso seria para él la más grande deshonra imaginable. Debemos por eso entonces ser santos, obedientes y semejantes a Cristo antes que podamos ser unidos a él por su Espíritu.

Respuesta: Primero, si esto es cierto, entonces no es por la obra del Espíritu Santo que somos santos, obedientes y semejantes a Cristo. Debemos entonces purificarnos sin la sangre de Cristo y santificarnos nosotros mismos sin el Espíritu Santo. Segundo, Cristo el Señor por su Palabra verdaderamente prepara las almas hasta cierto punto para que el Espíritu Santo more. Tercero, Cristo no une a pecadores impuros e impíos a si mismo para que puedan continuar siendo impuros e impíos. Si no en el mismo momento y por el mismo acto en el cual son unidos a Cristo, son verdaderamente y permanentemente purificados y santificados. Donde esta el Espíritu de Dios, hay libertad pureza y santidad.

La obra adicional del Espíritu Santo es de impartirnos todas las gracias de Cristo por virtud de esa unión que tenemos con Cristo. Hay un cuerpo espiritual y místico del cual Cristo es la cabeza y la iglesia sus miembros (Ef. 1:22, 23; 1Co. 12:12). Esta unidad esta ilustrada en muchos lugares de la Escritura: Cristo es la vid y nosotros sus pámpanos (Juan 15:1, 4, 5; Ro. 11:16-24). Nosotros somos piedras vivas edificados en una casa espiritual (1P. 2:4, 5). Cristo vive en nosotros (Ga. 2:20).

Conclusión. Toda gracia y santidad viene de Cristo, nada de nosotros. La causa directa de toda la santidad evangélica es el Espíritu Santo. La santidad evangélica es un fruto y un efecto del pacto de gracia y su propósito es de renovar en nosotros la imagen de Dios.

20: LAS ACTIVIDADES Y DEBERES DE LA SANTIDAD

Hemos visto en los capitulos pasados que la santidad sale de un principio gobernante impartido a nosotros por el Espíritu Santo. Pero lo que ahora debemos aprender es que no hemos tenido este nuevo principio gobernante impartido a nosotros para que lo podamos usar como lo deseemos. Es Dios el que obra en nosotros el querer como el hacer por su buena voluntad no la nuestra (Fil. 2:12, 13).

Todas las actividades y deberes de santidad pueden ser clasificados bajo dos encabezamientos. Hay esas actividades y deberes en cuanto a la obediencia a los mandamientos positivos de Dios y hay esos en cuanto a las cosas que nos ha prohibido hacer. Ambos nos conciernen en nuestra oposición diaria al pecado.

Necesitamos ver que tan dependientes somos del Espíritu Santo si vamos a llevar acabo estas actividades y deberes aceptables a Dios.

DEBERES INTERNOS Y EXTERNOS

Primero, hay esos deberes internos los cuales conciernen actos de fe, amor, confianza, esperanza, temor, reverencia y deleite hacia Dios, pero no se revelan en ningún deber externo. Estas actividades verdaderamente prueban que tenemos vida espiritual impartida a nosotros. Cuando estas actividades están fuertes, sabemos que nuestra vida espiritual esta fuerte. Cuando están débiles, entonces sabemos que nuestra vida espiritual esta débil. Así por estas podemos probar que tan espiritualmente saludables estamos y que tan preocupados estamos de crecer en santidad. Es posible de hacer muchos deberes externos que pueden ser vistos por los hombres, y sin embargo que nuestros corazones estén ajenos a Dios. Así que podemos tener ‘un nombre para vivir, pero en realidad estar muertos’ (Is. 1:11-15). Pero cuando la fe, temor, confianza y amor abundan en nosotros, prueban que nuestras almas están fuertes y saludables.

Segundo, hay esos deberes externos los cuales son hechos a Dios y para su gloria. Estos deberes son oraciones y alabanzas para la santificación del nombre de Dios en adoración santa. Entonces hay esos deberes los cuales debemos a los hombres los cuales también son hechos para la gloria de Dios. Estos deberes son sumados por Pablo. ‘Porque la gracia de Dios que trae salvación a todos los hombres, se manifestó, enseñandonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos vivamos en este siglo templada, justa, y piamente (Tito 2:11,1 2). En todos estos deberes, ya sean hechos a Dios o a los hombres, si son verdaderos actos de santidad, y si son aceptados por Dios, entonces salen de una obra especial del Espíritu Santo en nosotros. Esto aprendemos de las siguientes verdades.

Por este nuevo principio gobernante de vida espiritual impartida a ellos por el Espíritu Santo, los creyentes ahora están dispuestos a hacer la voluntad de Dios. Ningún creyente puede, de si mismo, hacer algo agradable a Dios. La ayuda del Espíritu Santo es indispensablemente requerida para cualquier acto de obediencia santa, ya sea que salga de la mente o de la voluntad del corazón. A pesar del poder o habilidad la cual los creyentes han recibido de este nuevo hábito de gracia implantado en ellos, estarán en necesidad de gracia actual para que los capacite realmente a llevar acabo los deberes de santidad hacia Dios.

LA NUEVA CREACION

Cuando Dios hizo al hombre lo formó ‘del polvo de la tierra, y sopló en su nariz el aliento de vida; y el hombre vino a ser un alma viviente’ (Gn. 2:7). Por este principio de vida dado por Dios, el hombre estaba capacitado y apto para llevar acabo todas las actividades relacionadas con esa vida física. Pero esto no significa que el hombre pueda actuar independientemente de Dios. Si Dios quita este principio de vida, el hombre viene a ser un cuerpo muerto. Un cuerpo muerto solo puede ser movido por una fuerza externa, y es cambiado diariamente por un decaimiento y corrupción interna.

Es lo mismo con el alma del hombre. Si al alma del hombre le falta este principio gobernante de vida espiritual es como un cuerpo muerto. Esta ‘muerto en delitos y pecados’ (Ef. 2:1). El alma en este estado solo puede ser movida para buenas obras por fuerzas externas tales como convicciones de pecados y terrores de juicio, y es diariamente alterada para lo peor por corrupciones internas. Pero aquellos en quien este nuevo principio de vida espiritual existe están capacitados para llevar acabo todos los deberes santos que salen de esta vida, aunque nunca independientemente de Dios. Jesús dijo, ‘Sin mí nada podéis hacer’ (Juan 15:5). Pablo dijo, ‘En Dios vivimos, y nos movemos, y somos’ (Hch. 17:28). Si alguno pudiera actuar independientemente de Dios, entonces él mismo debe ser absolutamente la primera y única causa de esa acción, lo cual significa que debe ser el creador de un nuevo ser. ¿Pero que dice la Escritura? ‘Porque somos hechura suya, criados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó para que anduviéremos en ellas’ (Ef. 2:10).

En el principio Dios crió todas las cosas de la nada. Pero Dios entonces no las dejó por sí solas y a sus propios poderes y habilidades. Él continuó confirmándolas, sosteniéndolas, y preservandolas de acuerdo a los principios de sus seres y obró poderosamente en y por ellas de acuerdo a sus naturalezas. Sin el continuo sustento de Dios para ellas por su divino poder, toda la fábrica de la naturaleza se disolvería en confusión y en nada. Así que, sin la influencia de Dios y su obramiento continuo con sus criaturas, capacitándolas para actuar, todas las cosas estarían muertas y ni un acto natural se podría llevar acabo.

Es lo mismo en esta obra nueva de creación por Jesucristo ‘Somos hechura de Dios’. Él nos a formado y labrado para si mismo al renovar nuestras naturalezas una vez mas a su imagen. Nos ha hecho aptos para buenas obras y para producir los frutos de justicia, los cuales a señalado como la manera que debemos de vivir para él. Esta nueva criatura, esta naturaleza divina en nosotros, Dios la sostiene y preserva. Sin su continuo poder obrando en nosotros e influenciándonos, esta nueva vida espiritual en nosotros perecería. Pero esto no es todo. Dios también en verdad causa esta nueva vida a moverse y actuar y llevar acabo cada deber santo agradable a él por continuas provisiones nuevas de gracia. Así que lo que ahora probaremos es, que hay una verdadera obra del Espíritu Santo en nosotros la cual es absolutamente necesaria para capacitarnos a llevar acabo cualquier acto o deber de lo que sea de santidad. Sin esta obra del Espíritu Santo, estamos totalmente incapacitados para producir o hacer un deber santo o actividad. Esta es la segunda parte de su obra de santificacion en nosotros.

LA NECESIDAD POR LA OBRA DEL ESPIRITU

Que esta obra indispensable del Espíritu Santo es necesaria se ve en los siguientes puntos:

La Escritura enseña la inhabilidad total del hombre para hacer cualquier bien espiritual (Juan 15:5; 1Co. 15:10; 2Co. 3:4, 5; 9:8; 12:9; Ga. 2:20). También enseña que todas las obras de gracia y todos los buenos deberes son en realidad del Espíritu Santo.

Hay muchos lugares donde se nos dice ser llevados, guiados y capacitados para actuar por el Espíritu Santo. Vivimos, caminamos y hacemos cosas por el Espíritu Santo quien mora en nosotros. ¿Que más aprendemos de estas Escrituras sino que el Espíritu Santo actúa en nuestras almas y por sus actividades en ellas somos capacitados para actuar?

Se nos dice ‘andad en el Espíritu’ (Ga. 5:16). Esto es de andar en obediencia a Dios dependiendo en las provisiones de gracia las cuales el Espíritu Santo nos dá. Si andamos en el Espíritu ‘no satisfeceremos las concupiscencias de la carne’. Esto solo puede significar que seremos guardados por el Espíritu en obediencia santa y capacitados por el mismo Espíritu para evitar el pecado.

Se nos dice sed ‘guiados por el Espíritu’ (Ga. 5:18). Esto significa que el Espíritu ha obrado en nosotros y nos a influenciado de tal manera como para ser guardados de ser influenciados y ser obrados por principios depravados y viciosos que salen de nuestra naturaleza corrupta. Pablo habla de algunos ‘que no andan conforme a la carne sino conforme al Espíritu’ (Ro. 8:4). El andar en pos de la carne es tener el principio del pecado que mora en nosotros obrando en nosotros para producir pecados actuales. Así que, andar de acuerdo al Espíritu es tener al Espíritu obrando en nosotros para producir todas las actividades y deberes santos.

Así que también se nos manda a atender los deberes particulares por medio ‘del Espíritu Santo quien mora en nosotros’ (2Tim. 1:14). Porque sin la ayuda del Espíritu Santo, no podemos hacer nada.

Y como se nos dice que somos guiados y capacitados para llevar acabo todas las actividades santas por el Espíritu Santo, por lo tanto él es declarado ser el autor de todas las obras de gracia en nosotros (Ga. 5:22, 23). Es el Espíritu Santo quien produce sus frutos en nosotros. Es su fruto no el nuestro. Otros ejemplos de él produciendo sus obras de gracia en nosotros se ven en los siguientes textos de la Escritura: Efesios 5:9; Filipenses 1:19; Ezequiel 36:27; 11:19-20; Jeremías 32:39-40.

Toda la obediencia y santidad que Dios requiere de nosotros en el pacto, todos los deberes y actividades de gracia, son prometidas de ser forjadas en nosotros por el Espíritu. Pero primero necesitamos estar convencidos de que por nosotros mismos no podemos hacer nada.

Las gracias particulares y sus actividades son atribuidas al Espíritu Santo obrándolas en nosotros. ‘Porque nosotros por el Espíritu esperamos la esperanza de la justicia por la fe’ (Ga. 5:5). Todo lo que esperamos en este mundo o en el otro es por la justicia de la fe. Nuestro esperar silencioso por esto es una gracia especial evangélica y un deber. Pero esta gracia y deber solo podemos llevarlo a cabo ‘por medio del Espíritu’. Otras actividades que hacemos en, por o mediante el Espíritu se ven en los siguientes textos de la Escritura: Filipenses 3:3; Colosenses 1:8; 1Pedro 1:22. De la fe se dice expresamente que ‘no es de nosotros; es un don de Dios’ (Ef. 2:8). Debemos ‘ocuparnos en nuestra salvación’ porque es ‘Dios quien obra en nosotros el querer como el hacer, por su buena voluntad’ (Fil. 2:12, 13).

Para llevar a cabo este deber, se requieren dos cosas. Primero, necesitamos el poder y la habilidad para llevar a cabo todos los deberes y actividades de santidad que se nos requieren y segundo, necesitamos actualmente ejercitar la gracia que hemos recibido. ¿Pero como haremos esto?

Primero debemos darnos cuenta que toda la obra de gracia descansa en las actividades internas de nuestras voluntades que causan actividades y deberes externos correspondientes. Pero se nos enseña que de nosotros mismos no podemos hacer nada santo y aceptable a Dios. Así que miramos a Dios quien obra efectivamente en nosotros todas esas actividades de gracia y deberes de nuestras voluntades que causan los deberes y actividades santas correspondientes. Cada actividad de nuestras voluntades, siempre y cuando sea de gracia y que sea santa, es el resultado del Espíritu Santo obrando en nosotros. Él obra en nosotros para producir el mero acto de querer. El decir que él solo nos persuade, o nos excita y provoca nuestras voluntades por su gracia para actuar por nuestro propio esfuerzo y habilidad, es decir que el Espíritu Santo no hace lo que Pablo dice que hace. Si podemos querer por nuestro propio esfuerzo sin el Espíritu Santo, entonces él no obra en nosotros el querer, sino solo nos persuade a querer. Pero Pablo refuta esta idea cuando dice ‘antes he trabajado mas que todo ellos, pero no yo, sino la gracia de Dios que fue conmigo’ (1Co. 15:10). Por lo tanto nos enseña que todas sus labores no eran de él mismo y de sus propios esfuerzos, sino forjados por la gracia de Dios en él y obrando con él. La libre voluntad, al contrario, diría, ‘No gracia sino Yo.’

La Obra Eficaz del Espíritu Santo

Cuando el Espíritu Santo obra en nosotros el querer, así también obra en nosotros el hacer, esto es, eficazmente para llevar a cabo esos deberes requeridos por las actividades de gracia en nuestras voluntades.

De esto aprendemos dos cosas. Primero, aprendemos que todas las actividades santas y deberes que estamos capacitados para hacer son hechos solamente por la obra efectiva del Espíritu Santo. No hay nada bueno en nosotros, y nada de lo que es bien hecho por nosotros en cualquier actividad santa y obediente, sino que la Escritura expresamente y frecuentemente lo atribuye a la obra directa del Espíritu Santo en nosotros. No se enseña mas plenamente en la Escritura que Dios crió el cielo y la tierra, y él sostiene y preserva todas las cosas con su poder, sino tambien que él crea la gracia en los corazones de los

creyentes la preserva y la capacita para actuar y actuar eficazmente. En otras palabras, Dios obra todas nuestras obras por nosotros y todos nuestros deberes en nosotros.

La verdadera santidad es una obra sobrenatural en nosotros. Todas las actividades santas en nuestras mentes y almas, ya sean solamente internas, en fe, amor o deleite, o externas, son forjadas en nosotros por la obra directa del Espíritu Santo. Estas actividades y deberes forjados directamente por el Espíritu Santo en nosotros y por nosotros se diferencian radicalmente de todos los deberes morales producidos por nuestros propios esfuerzos. Los deberes meramente morales son despertados por convicciones, razones y exhortaciones. Son obras naturales que proceden de los esfuerzos naturales del hombre. Pero eso que es forjado en nosotros por la gracia especial del Espíritu Santo es sobrenatural. No puede ser producido por nuestros esfuerzos y habilidades naturales sino solamente por el poder sobrenatural de Dios. Así que la sola razón porque Dios acepta y premia los deberes de obediencia en los que son santificados, y no pone atención alguna a esas obras hechas por los no santificados por medio de sus habilidades naturales, es porque estas obras que salen de los santificados son forjadas por su gracia. Y esas que salen de los no santificados salen de la habilidad natural.

Caín trajo su ofrenda del fruto de la tierra la cual Dios había maldecido. Por lo tanto su ofrenda fue rechazada. Así todas las obras buenas que salen de la naturaleza pecaminosa, depravada y corrupta del hombre, por mas externamente bonita que parezca al hombre, son maldecidas por Dios, porque salen de la tierra que está maldita. Solo las buenas obras que salen de tierra santa y bendecida y forjadas en nosotros por gracia son aceptables con Dios. Por lo tanto la ofrenda de Abel fue aceptada porque salió de un corazón santificado y fue ofrecida por fe (Gn. 4:4,5; cf. He. 11:4).

21: Tratando con el Pecado.

Hay otro aspecto a nuestra santificación por el Espíritu Santo: el dar muerte al pecado. Hemos tratado de como el principio gobernante de gracia impartida a nosotros puede crecer en nosotros, y ahora debemos aprender como el principio opuesto del pecado y sus acciones externas deben de ser tratadas. La Escritura en todas partes nos dice que el Espíritu Santo nos santifica, pero a nosotros se nos manda y se nos enseña constantemente de dar muerte a nuestros pecados. La santificación es gracia impartida a nosotros y recibida por nosotros. La mortificación es el obrar de la gracia santificadora para un propósito particular.

Necesitamos entonces, aprender dos cosas sobre este deber de amortiguar el pecado. Debemos saber lo que el deber es en sí mismo y como este deber es forjado en nosotros por el Espíritu Santo.

EL DEBER DE EL AMORTIGUAMIENTO

Este deber de amortiguar el pecado es frecuentemente puesto para nosotros en la Escritura. Pablo dice: ‘Amortiguad pues, vuestros miembros que están sobre la tierra: fornicación, inmundicia, malicia, mala concupiscencia y avaricia que es idolatría’ (Col. 3:5). Lo que Pablo está diciendo es, dar muerte a tus corruptos deseos terrenales evitando la fornicación, inmundicia, etc. Por lo tanto una distinción es hecha entre los deseos corruptos terrenales y sus frutos. Estos frutos inmorales salen de malos deseos corruptos los cuales les gustaría cometer fornicación. Así que los pecados especiales mencionados son los deseos dentro de nosotros los cuales, si se les permiten, producen estos pecados reales. Estos deseos también se llaman nuestros ‘miembros’.

Son llamados nuestros ‘miembros’ porque salen de un principio gobernante de pecado llamado ‘el cuerpo de pecado’ o ‘el cuerpo de los pecados de la carne’ (Ro. 6:6; Col. 2:11). Estos deseos son como brazos y manos agarrando a nuestros cuerpos físicos y llevándolos a cometer estos pecados de hecho. Así que cuando Pablo dice, ‘Amortiguad pues vuestros miembros que están sobre la tierra’ (Col. 3:5), él no quiere decir la verdadera destrucción de alguno de nuestros miembros físicos, como algunos piensan quienes se imaginan que amortiguad se refiere a castigar el cuerpo, sino el dar muerte a nuestros malos deseos pecaminosos al no permitir a nuestros cuerpos llevarlos acabo.

Ahora así como el cuerpo naturalmente usa su varios miembros físicos, por lo tanto el cuerpo del pecado dentro de nosotros naturalmente usa estos deseos malos, y por estos deseos malos atrae al cuerpo físico para el servicio al pecado. Así que Pablo nos advierte de no dejar al pecado reinar en nuestros cuerpos mortales (Ro. 6:12). Y prosigue diciendo, ‘Que como para iniquidad presentasteis vuestros miembros a servir a la inmundicia... así ahora para santidad presentéis vuestros miembros a servir a la justicia’ (Ro. 6:19).

¿Cuál voy a hacer? ¿Presentar mi cuerpo al servicio para malos deseos, o a deseos santos?

Habiendo sido redimido por Cristo, cada parte de mí incluyendo cada miembro de mi cuerpo, ahora pertenece a Cristo y para su servicio. ‘¿Quitaré pues los miembros de Cristo y los hare miembros de una remera?’ (1Co. 6:15).

El amortiguad quiere decir destruir. Así que se nos llama al deber de destruir todos los deseos pecaminosos, corruptos y terrenales que están en nosotros que se oponen y resisten a esa vida espiritual la cual nos capacita a vivir para Dios (Ro. 8:13). En este verso, ‘amortiguad’ esta puesto en el tiempo presente para enseñar que es una obra la cual siempre debemos de estar haciendo. ‘Si tu amortiguas’ quiere decir ‘Si siempre estas empleado en esa obra’.

Otra palabra usada es ‘crucificad’ (Ro. 6:6). Nuestro viejo hombre esta crucificado con Cristo. (Véase también Ga. 2:20; 5:24). Pablo dijo, ‘Mas lejos este de mi gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por el cual el mundo me es crucificado a mi, y yo al mundo’ (Gal 6:14). Aquí el deber de ‘amortiguad’ esta relacionado a la muerte de

Cristo, porque nosotros y nuestros pecados es dicho estar crucificados con Cristo. Nosotros y nuestros pecados están así crucificados por virtud de su muerte (2Co. 4:10). Así como una persona crucificada toma un largo tiempo para morir, así también el 'cuerpo del pecado' dentro de nosotros. Pero el hombre crucificado en la cruz vivirá mucho más si se le alimenta bien y se le cuida que si pasa hambre y le quiebran las piernas.

Pero el significado mayor de que nuestro ser halla sido crucificado con Cristo es de que cuando venimos a la fe en él, por virtud de su muerte, nuestra naturaleza pecaminosa y corrupta fue 'crucificada' en nosotros. Su poder en nosotros fué roto. El pecado no tiene más dominio sobre nosotros. Así que ahora este 'cuerpo de pecado' crucificado dentro de nosotros no debe de ser alimentado y cuidado, sino mejor dicho, cada esfuerzo se debe hacer para apresurar su muerte. Esta naturaleza corrupta crucificada que está dentro de nosotros amaría ser popular entre los hombres y realizar todos sus deseos codiciosos, así como la gente mundana lo hace. Pero cuando amortiguamos estos deseos y rehusamos dejar al pecado salirse con la suya en nosotros, estamos inmediatamente siendo vistos diferentes por el mundo, y nuestras vidas santas que resultan los convencen de sus caminos pecaminosos. Por lo tanto el Cristiano es aborrecido y vilipendiado y tratado así como Cristo fue tratado. Por lo tanto Pablo dijo que él siempre llevó en su cuerpo la muerte del Señor Jesús (2Co. 4:10). El poder de Cristo crucificado obró dentro de él la amortiguación del pecado y lo trajo a experimentar externamente la muerte del Señor Jesús a causa del trato que recibió del mundo.

La Oposición al amortiguamiento

El amortiguamiento es un deber siempre puesto en nosotros. Cuando ya no es un deber el crecer en gracia, entonces ya no sigue siendo un deber el amortiguamiento al pecado.

El hecho de que el amortiguamiento es siempre un deber puesto en nosotros implica que siempre hay un principio gobernante de pecado que todavía mora en nosotros. La Escritura llama a esto 'el pecado que mora en nosotros'; 'el mal que esta presente con nosotros'; la 'ley en nuestros miembros'; 'deseos malos', 'codicias', 'carne'. De este principio gobernante de pecado sale la necedad, engaño, tentación, seducción, rebelión, guerras, y lo parecido.

El pecado que mora adentro es lo que se debe amortiguar. La raíz o el principio dominante de pecado deben ser amortiguados. El 'hombre viejo' (así opuesto al 'nuevo hombre' el cual es creado a la imagen de Dios en justicia y verdadera santidad) debe de ser muerto.

La inclinación, el hábito actual y la disposición, y las obras externas de este hábito, llamados el cuerpo de pecado con sus miembros, debe de ser amortiguado (Ga. 5:24; Ef. 2:3; 4:22).

Los pecados actuales producidos también deben de ser amortiguados. Estos pecados actuales son de dos clases. Hay pecados internos. Estos son las imaginaciones y las ideas

y los deseos del corazón (Gn. 6:5; Mt. 15:19). Hay también pecados externos (Col. 3:5; Ga. 5:19-21). Este principio gobernante de pecado con todos sus deseos y pecados actuales está opuesto directamente al principio gobernante de santidad en nosotros por el Espíritu Santo.

El pecado y la santidad son opuestos en lo que desean llevar a cabo (Ga. 5:17; Ro. 7). Son opuestos en las obras y acciones que producen (Ro. 8:1) Andando de acuerdo a los deseos del pecado lleva a condenación. Andando de acuerdo a los deseos del Espíritu lleva a vida eterna (Ro. 8:4). Andando de acuerdo a los deseos de la carne pecaminosa lleva a la desobediencia de las leyes de Dios. Andando de acuerdo a los deseos del Espíritu lleva a la obediencia de las leyes de Dios.

No le debemos nada a la naturaleza corrupta y pecaminosa. Solo trae problemas y muerte. Por lo tanto amortiguad esta naturaleza corrupta, porque si no lo haces morirás (Ro. 8:12, 13).

Andando de acuerdo a la carne significa estar de acuerdo con los deseos de la carne y permitirles que obren en nuestros cuerpos (Ro. 8:5). Andando de acuerdo al Espíritu significa el ser dado a su dominio y guianza, y el comportarse como él desea que nos comportemos. Los frutos y actividades externas de estos dos principios se oponen (Ga. 5:19-24).

El deber de amortiguar es el de hacerse al lado de la gracia en contra del pecado. Esto significa apreciar y fortalecer el principio gobernante de santidad implantado en nosotros por el Espíritu Santo. Significa dejar a la gracia obrar en nosotros libremente todos los deberes, ambos internos y externos. De este modo las actividades de la carne son derrotadas. Significa aplicando la gracia apropiada, con todo su poder y actividad, en contra de aquel pecado particular el cual desea ser llevado a cabo. Así como hay pecados particulares los cuales desean llevarse a cabo, así hay una gracia particular para oponerse a cada pecado. Cuando amortiguando un pecado en particular, esa gracia particular diseñada para oponer a ese pecado particular debe ser traída al juego. Es en esta aplicación correcta de la gracia apropiada para el pecado particular que el secreto de la amortiguación descansa.

Este deber de debilitar al pecado al fortalecer la gracia para oponerse al pecado se llama amortiguación, o dar muerte; primero, porque es dar muerte en verdad al pecado que mora, y segundo, porque es un deber violento. Todos los otros deberes pueden ser hechos de una manera mas fácil y gentil, sin embargo en este deber debemos de luchar, pelear y matar. Tercero, es llamado amortiguamiento porque el propósito entero de este deber es la destrucción final y completa del pecado que mora adentro.

COMO AMORTIGUAR EL PECADO

Determina que vas, cada día y en cada deber, a abolir y destruir este principio gobernante de pecado. No morirá al menos que sea gradualmente y constantemente debilitado. Pásalo por alto, y se cura sus heridas y recupera su fuerza. La negligencia permite al pecado a recobrar tal poder que tal vez jamás podremos recuperar nuestro estado anterior mientras vivamos.

Debemos tener cuidado continuamente con el levantamiento de este principio gobernante de pecado e inmediatamente dominarlo. Esto debe ser hecho en todo lo que somos y hacemos. Debemos de ser cuidadosos en nuestro comportamiento con otros, cuidadosos cuando estamos solos, cuidadosos cuando estamos en problemas o en gozo. Debemos de ser cuidadosos particularmente en el uso de nuestros tiempos de placer y en las tentaciones.

Determina que ya no vas a servir al pecado (Ro. 6:6). Míralo como el peor servicio el cual una criatura racional es capaz. Si sirves al pecado te traerá a un fin pavorisante. Determina que aunque el pecado está en ti, sin embargo no lo servirás. Recuerda, que si el 'viejo hombre' no está crucificado con Cristo, todavía eres un siervo del pecado, no importa lo que pienses de ti.

Date cuenta que no es una tarea fácil el de amortiguar al pecado. El pecado es un enemigo poderoso y terrible. No hay ninguna cosa viva que no haga todo lo que está en su poder para salvar su vida. Por lo tanto también el pecado pelea para salvar su vida. Si al pecado no se le caza diligentemente y se trata con violencia santa, se escapara a todos nuestros intentos de matarlo. Es un gran error el pensar que podemos en cualquier momento descansar de este deber. El principio gobernante del pecado que debe ser asesinado esta en nosotros, y por lo tanto tiene asimiento de todas nuestras facultades. El pecado no puede ser muerto sin un sentido de dolor y pena. Por lo tanto Cristo lo comparó a 'cortar la mano derecha' y 'sacar el ojo derecho'. La batalla no es en contra de una codicia en particular sino en contra de todas las codicias pecaminosas las cuales combaten en contra del alma.

El amortiguamiento que sale de las convicciones de la ley solo lleva a tratar con pecados particulares, y siempre prueba ser infructuoso. El verdadero amortiguamiento del pecado trata con el cuerpo entero del pecado. Va al corazón del asunto y pone el hacha a la raíz del árbol. Este es el amortiguamiento el cual el Espíritu Santo lleva al creyente a hacer.

El amortiguamiento de pecados particulares sale de una conciencia culpable. Pero el amortiguamiento que sale de principios evangélicos trata con todo el cuerpo del pecado en su oposición a la renovación de la imagen de Dios en nosotros.

EL MINISTERIO DEL ESPIRITU SANTO

Aunque el amortiguamiento es nuestro deber, es por la gracia y la fuerza del Espíritu Santo que podemos hacerlo.

Que el deber de amortiguamiento es la obra del Espíritu Santo es afirmado por Pablo (Ro. 8:13). Debemos de amortiguar las obras de la carne. Pero solo podemos hacer esto por el Espíritu Santo. No lo podemos hacer con nuestro poder y habilidad. Esto es claramente enseñado por Pablo (Ro. 8:2-13). En el capítulo siete de Romanos, Pablo enseña la naturaleza, propiedades y poderes del pecado interno el cual permanece en los creyentes (Ro. 7:7-25).

Pero dos conclusiones erróneas pueden ser sacadas.

La primera es que el pecado interno tiene gran poder y a menudo predomina en nosotros. Cuando queremos hacer bien, hace todo lo que puede para impedirnos. Este pecado interno nos lleva al mal. Así que ¿que será de nosotros al final? ¿Como responderemos por todo el pecado al cual nos ha llevado a cometer? ¿Seguramente debemos perecer bajo su culpa?

El segundo es que el poder del pecado interno en nosotros es demasiado fuerte para nosotros resistirlo. Somos lo bastante incapaz para vencerlo. Debe al final vencernos y traernos bajo su dominio, a nuestra ruina eterna.

Pablo contesta a estas inquietudes de cuatro maneras. Primero, estas dos conclusiones serán ciertas para todos los que viven bajo la ley e ignoran a Cristo. ‘Ahora pues, ninguna condenación hay’ pero es solo ‘para los que están en Cristo Jesús’ (Ro. 8:1). Segundo, hay una liberación de esta condenación y de toda responsabilidad para el, por medio de justificación gratis por medio de la fe en la sangre de Cristo (Ro. 8:1). Tercero, nadie podrá abusar de esta grande doctrina de justificación y convencerse de que pueden seguir pecando y no perecer. Pablo nos dice que los que verdaderamente son justificados no andan de acuerdo a la carne, sino de acuerdo al Espíritu (Ro. 8:1). Solo aquellos que se entregan para ser guiados por el Espíritu de santidad son verdaderamente santificados. Cuarto, Pablo enseña como y por que medios el poder del pecado será quebrantado, su fuerza debilitada, sus intentos por destruir la santidad frustrados y finalmente como el pecado mismo sera destruido. Él enseña como nosotros seremos la muerte al pecado y no el pecado la muerte de nosotros. Podremos destruir al pecado por la ley o poder del Espíritu de vida el cual está en Cristo Jesús (Ro. 8:2). Y Pablo prosigue a declarar que es por la obra efectiva del Espíritu Santo en nosotros solamente que somos capacitados para vencer a nuestro enemigo espiritual.

El fundamento de todo el amortiguamiento del pecado en nosotros es del Espíritu Santo morando en nosotros (Ro. 8:11). Así que cuando Pablo habla del Espíritu dando vida a nuestros ‘cuerpos mortales’ él quiere decir nuestros cuerpos físicos los cuales están sujetos a muerte por causa del pecado. El dar vida a estos cuerpos mortales es el ser liberado del principio gobernante del pecado y de muerte por el principio gobernante de

vida y justicia. Somos liberados de estar ‘en la carne’ para que pudiésemos estar ‘en el Espíritu’ (Ro. 8:9). En este verso el Espíritu Santo es visto ser, igualmente el Espíritu del Padre y del Hijo.

La obra del Espíritu Santo en nuestra santificación es similar a la obra de Dios en nosotros al levantar a Cristo de los muertos, porque esta obra forjada en nosotros es hecha por virtud de la resurrección de Cristo (Efe. 1:19, 20).

EL CAMINO AL AMORTIGUAMIENTO

¿Entonces como Dios hace esta obra de amortiguar el pecado en nosotros? Él lo hace por medio de su Espíritu que mora en nosotros (Ro. 8:11). Como es una obra de gracia, es dicho que es forjada en nosotros por su Espíritu. Como es nuestro deber, se nos dice de amortiguar las obras de la carne por medio del Espíritu (Ro. 8:13). Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo morando en él, no ha amortiguado ningún pecado, sino todavía anda de acuerdo a la carne, y si continua haciéndolo, morirá.

Hay dos cosas que debemos recordar en este deber de amortiguamiento. Es el Espíritu Santo quien amortigua nuestras corrupciones. Es el Espíritu Santo quien nos vivifica a una vida de obediencia santa. El Espíritu Santo mora en nosotros para preparar un lugar digno de él. Así que debe ser nuestro deber de mantener su morada pura y santa. El negar hacer esto es profanar el templo del Espíritu Santo.

Objeción. ¿Si todavía queda pecado en nosotros, como puede suponerse que el Espíritu Santo more en nosotros o en alguno que no es perfectamente santo?

Respuesta. El Espíritu Santo se opone al pecado para que él pueda gobernar en nuestros corazones (Ro. 6:12-14). El asunto en cuestión es, ‘¿Quién o que tendrá el gobierno en nosotros?’ (Ro. 8:7-9). El Espíritu Santo mora en aquellos en quienes él a puesto el pecado en sujeción. Las almas y mentes de aquellos que verdaderamente son santificados son continuamente rociadas con la sangre de Cristo. Así que por este continuo esparcimiento, los santificados son continuamente purificados. Así que, por virtud del sacrificio de Cristo, los creyentes nunca son moradas inadecuadas para el Espíritu Santo.

El pecado que debe ser amortiguado en nosotros es el peligroso y corrupto hábito y tendencia a pecar lo cual está en nosotros por naturaleza. Es ‘el hombre viejo el cual está corrompido de acuerdo a las codicias engañosas’. El Espíritu Santo implanta en nuestras mentes y en todas nuestras facultades un principio de vida espiritual y santidad. Este principio gobernante resiste a todo el cuerpo de pecado y a cambio trae los frutos de santidad.

Así que si vamos a luchar contra el pecado, debemos tener algo en nosotros el cual sea capaz de tomar armas en contra del pecado y destruirlo. ‘Porque los que son de Cristo, han crucificado la carne con sus afectos y concupiscencias’ (Ga. 5:24). Los Cristianos

han crucificado a la carne con sus deseos malos, clavándola a la cruz donde a lo largo debe morir.

‘Si vivimos en el Espíritu, andemos también en el Espíritu’ (Ga. 5:25). Si tenemos este principio espiritual de vida, el cual es vivir en el Espíritu, entonces actuemos y trabajemos de ese principio y así incrementarlo y fortalecerlo para la ruina y amortiguamiento del pecado.

Nuestro deber es de trabajar junto con este principio espiritual, y bajo el Espíritu Santo, amortiguar al pecado al amar y alentar al principio de santidad en nosotros. Entre mas abundemos en los ‘frutos del Espíritu’ estaremos menos preocupados con las ‘obras de la carne’. Pablo nos dá su propia experiencia y nos enseña que la ley por si misma solo sirve para incrementar el poder del pecado interno y su culpabilidad (Ro. 7:7-9).

El Espíritu Santo lleva acabo esta obra en nosotros por gracia, y nos capacita para llevar acabo este deber nosotros mismos. Por lo tanto Pablo nos enseña el secreto de la liberación del cuerpo del pecado el cual trae muerte (Ro. 7:25). Es Dios quien por medio de Jesucristo nos suministra con ayuda de gracia en contra de este poder de pecado (2Co. 12:9; Fil. 1:19; He. 4:16). Es con Dios a donde debemos ir por provisiones de gracia por medio de Jesucristo. Así que, si vamos a realizar exitosamente este deber de amortiguamiento, debemos prestar atención a lo siguiente.

Debemos hacer cada esfuerzo durante todas nuestras vidas para buscar estas provisiones de gracia. Debemos de esperar por ellas en todas las maneras por las cuales Dios nos las dá. Si descuidamos la oración, la meditación, leer y escuchar la Palabra y atender a las ordenanzas de adoración, no tenemos ninguna razón para esperar alguna gran ayuda.

Debemos de hacer cada esfuerzo para vivir y abundar en el verdadero ejercer de esas gracias las cuales resisten mas directamente a esas codicias especiales que continuamente acosan nuestros pasos.

Debemos de hacer cada esfuerzo para recordar que es el Espíritu Santo quien nos dirige a, y nos ayuda en el hacimiento de todos esos deberes los cuales Dios ha señalado para el amortiguamiento del pecado.

Dos cosas se requieren de nosotros si vamos a llevar acabo estos deberes correctamente.

Debemos de conocer cuales son estos deberes y como deben de llevarse acabo si vamos amortiguar efectivamente al pecado.

El conocimiento de estas dos cosas debe aprenderse del Espíritu de Dios. Es su deber de instruir a los creyentes por la Palabra, no solo lo que sus deberes son, sino también como llevarlos acabo. Estos deberes solo se pueden aprender por las enseñanzas del Espíritu de Dios y se hacen correctamente solo si se hacen en fe y para la gloria de Dios.

Los deberes que se nos requieren hacer de esta manera son la oración, la meditación, la vigilancia, el abstenerse de codicias carnales y el ser sabio al tratar con las tentaciones. Todos estos deberes deben de ser hechos de tal manera que lleve a la vida santificada y a al amortiguamiento del pecado (Sal. 18:21-23).

Oración y meditación. Estos son deberes requeridos cuando el peligro sale solamente de nosotros mismos y de nuestros deseos perversos, emociones rebeldes o el estallido de un mal temperamento.

Vigilancia y abstinencia. Estos deberes se requieren cuando somos tentados a pecar y cuando las inquietudes y cuidados de negocios del mundo amenazan el crecimiento de santidad.

Sabiduría. ‘Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, demándela a Dios, el cual da a todos abundantemente, y no zahiere, y le será dada’ (Stg. 1:5). Una sabiduría especial se necesita en varias aflicciones, para que sean usadas eficazmente en el desarrollamiento de paciencia y en el amortiguamiento de la impaciencia. Todos estos deberes, usados correctamente, obran para ayudarnos a amortiguar el pecado.

ORACIÓN

Hay dos clases de oraciones que se necesitan cuando se trata con el pecado y su poder.

La primera clase es la oración de lamento. Este es el titulo del Salmo 102: Oración del pobre, cuando estuviere angustiado, y delante de Jehová derramare su lamento. Encarado con el poder prevaleciente del pecado el alma se derrama en lamentos (Sal. 55:2; 142:2; Ro. 7:24).

¿Que puede ser más aceptable a Dios de que sus hijos, que por puro amor a él y a su santidad, y que por deseos fervientes de agradarlo por medio de una vida de obediencia santa y de conformidad a la imagen de Cristo, vengan con sus lamentos a Dios? Su lamento es de que el pecado los retiene de ser santos. Se lamentan de su debilidad. Se lamentan en humildad profunda de todos los males que aun quedan en ellos (Jer. 31:18-20).

La Segunda clase de oración es la oración de petición. Estas son oraciones a Dios para administraciones de gracia para luchar y conquistar al pecado. Es en nuestras peticiones que el Espíritu Santo nos ayuda.

La oración provoca a todas las gracias a producir el fruto de la santidad y así debilita el poder del pecado. El alma de un creyente nunca es levantada a una determinación mas alta de espíritu que cuando esta en oración. Es en la oración que el amor por y el deleite del alma en la santidad son incrementados. Es en la oración que el creyente crece mas santo. La mejor manera para perseverar en la santidad es de perseverar en la oración.

LA MUERTE DE CRISTO

El Espíritu Santo continúa esta obra de amortiguar el pecado en nosotros aplicando la muerte de Cristo a nuestras almas. En quien la muerte de Cristo no es la muerte al pecado, morirá en sus pecados.

La muerte de Cristo tiene una influencia especial en el amortiguamiento del pecado. Si no fuera por la muerte de Cristo, el pecado nunca sería amortiguado.

Por la cruz de Jesús, esto es, su muerte en la cruz, somos crucificados al mundo (Ga. 6:14; Ro. 6:6). El pecado en nosotros es amortiguado por virtud de la muerte de Cristo.

La muerte de Cristo es la muerte del pecado. Considera su ofrecimiento de sí mismo por el cual nuestros pecados fueron expiados y su culpa quitada. Considera también la aplicación a nosotros del ofrecimiento de sí mismo de Cristo en la cruz. Es por su aplicación que el poder de nuestros pecados es sometido (Ro. 6:3, 4).

El viejo hombre es dicho haber sido crucificado con Cristo. Esto quiere decir el pecado debe ser amortiguado por la muerte de Cristo.

Cristo es la cabeza, el principio, el original o el plano de la nueva creación. Es el primogénito de toda criatura (Col. 1:15). Así como seremos transformados perfectamente en la resurrección a su semejanza, así ahora somos conformados a esa misma semejanza, porque para esto hemos sido predestinados (Ro. 6:5; 8:29; Fil. 3:10; Col. 2:20).

Una virtud sale de la muerte de Cristo para la destrucción del pecado. La muerte de Cristo no fue diseñada para que fuera un ejemplo muerto, pasivo e inactivo de cómo morir, sino mejor dicho un medio poderoso para transformarnos a su semejanza. La muerte de Cristo es la ordenanza de Dios para este propósito. Dios por lo tanto da poder a la muerte de Cristo para obtener los resultados que fueron diseñados para producir (Fil. 3:10). Como la cabeza del cuerpo, Cristo da poder y gracia necesaria a cada miembro del cuerpo.

¿Como entonces es la muerte de Cristo aplicada a nosotros? Y ¿como nos aplicamos la muerte de Cristo para el amortiguamiento del pecado?

La muerte de Cristo nos es aplicada y nosotros nos aplicamos la muerte de Cristo por fe. Debemos tocar a Cristo por fe (cf. Mt. 9:20-22).

Debemos mirar por fe a Cristo y su muerte en la cruz para la muerte del pecado interno. ¿Pero como nuestro pecado interno va a ser amortiguado al mirar por fe a la muerte de Cristo en la cruz? ¿Como fueron sanados los que miraron a la serpiente de bronce (Nm. 21:4-9)? Porque era una ordenanza la cual Dios hizo efectiva para sanar. Así que la muerte de Cristo mirada para la muerte del pecado, también será hecha efectiva a

nosotros como la ordenanza de Dios. Al contemplar a Cristo por fe, así somos transformados a su imagen (2Co. 3:18).

La muerte de Cristo nos es aplicada y nosotros nos aplicamos a la muerte de Cristo por amor. Cristo como crucificado es el grandioso objeto de nuestro amor. Para los pecadores arrepentidos, él es completamente precioso. En la muerte de Cristo, su amor, gracia y humildad al bajarse a nuestro nivel muy gloriosamente brilla.

El objeto de nuestro amor es Cristo, su gracia inescrutable, su amor inexplicable, su humillación infinita de sí mismo por causa nuestra, su sufrimiento paciente y su poder victorioso al morir por nosotros.

Hay varias maneras por las cuales este amor de Cristo puede ser presentado a nuestras mentes. Los hombres pueden hacerlo por sí mismos por medio de sus imaginaciones. Pero ningún amor por Cristo será producido. Otros pueden hacerlo en descripciones emocionales de la parte externa de los sufrimientos de Cristo. Pero tampoco ningún amor verdadero para Cristo sale de esta manera. Se hace en el papado y entre otros por medio de imágenes, crucifijos y retratos tristes. Pero también estos no tienen poder para producir amor verdadero para Cristo.

Solo es hecho efectivamente por el evangelio porque sólo en el evangelio es ‘Jesucristo claramente descrito como crucificado ante nuestros ojos’ (Ga. 3:1). Y el evangelio hace esto al poner nuestra fe en la gracia, amor, paciencia, la condescendencia voluntaria, la obediencia y todo el propósito de la muerte de Cristo.

LOS EFECTOS DEL AMOR VERDADERO POR CRISTO

El primer efecto del amor verdadero por Cristo es nuestro aferramiento a él. El alma del creyente esta ligada al alma de Cristo así como la de David estaba con la de Jonatan (1S. 18:1). El amor produce un aferramiento firme a Cristo crucificado que hace al alma en algún sentido siempre presente con Cristo en la cruz.

El segundo efecto de un amor verdadero por Cristo es nuestra conformidad a él. El amor desea ser como el amado. El amor por el amado engendra un parecido entre la mente amante y el objeto amado. Una mente llena con el amor de Cristo como crucificado será transformada a su semejanza, por el amortiguamiento efectivo del pecado y por el poder y gracia derivada de la muerte de Cristo para amortiguar el pecado.

El Espíritu Santo lleva adelante esta obra de amortiguar el pecado interno en los creyentes de tres maneras.

Primero, al enseñar a los creyentes la verdadera naturaleza del pecado y su paga, la cual es muerte. Segundo, al enseñar a los creyentes la belleza, excelencia, utilidad y la necesidad de la santidad; y tercero, al enseñar a los creyentes que Dios el Padre, Dios el

Hijo y Dios el Espíritu Santo y el evangelio están todos concernidos de que debamos ser salvos del pecado y ser hechos santos, así como Dios mismo es santo.

22: La Necesidad de Santidad.

Dios se ha revelado a nosotros como un Dios santo. Ambas nuestra dependencia total en él para todo nuestro bien y nuestra obligación de vivir para glorificarlo y de gozarlo para siempre demandan que nosotros seamos santos y que vivamos vidas santas (Lv. 11:44; 19:2; 20:7; 1P. 1:15, 16). Además, el pacto que Dios hizo con su pueblo demanda santidad (Lv. 11:45). La naturaleza de Dios es santa y él aborrece la maldad (Sal. 5:4-6; He. 1:13).

Pero es la santidad de Dios así revelada a nosotros en Cristo Jesús la cual es el motivo para que nosotros seamos santos. La Escritura no nos motiva a la santidad al presentarnos con la absoluta, infinita, eterna santidad de Dios.

Todas las propiedades de la naturaleza de Dios nos son reveladas en Cristo Jesús y por lo tanto nos parece como más resplandeciente y atractivo, porque se ve más claramente, que la santidad de Dios así como él es en sí mismo (2Co. 3:18; 4:6). La santidad ardiente de Dios nos es representada en Cristo, pero es moderada con bondad, gracia, amor, misericordia y la disposición de bajarse a nuestro nivel, el cual nos alenta a ser santos así como Dios es santo.

Juntamente con la santidad que nos es revelada en Cristo, también esta revelada la santidad la cual Dios requiere que esté en nosotros y la cual él aceptará.

También nos está revelado en Cristo un poder espiritual de gracia el cual obrara esta santidad en nosotros para que seamos conformados a esa santidad de Dios la cual él requiere.

Al menos que tengamos fe en Cristo y su mediación, jamás podríamos ser influenciados por la santidad de Dios. Sin Cristo, la santidad de Dios nos haría sentir que nunca podríamos vivir en su presencia (Is. 33:14; He. 12:28, 29). La santidad absoluta requerida de nosotros por Dios fue realizada por nosotros por Cristo. La santidad que ahora Dios nos requiere es esa que lo glorifique en nuestra unión con Cristo Jesús.

Razones para Santidad

Aquí hay tres razones especiales de porqué debemos ser santos así como Dios es santo.

Primero, porque la santidad es conformidad a Dios la cual es nuestro privilegio, gloria y honor. Al menos que la imagen de Dios sea restaurada en nosotros, no podemos encontrarnos en esa relación para con Dios la cual él propuso para nosotros en nuestra creación. Solo por la santidad esto puede hacerse (Ef. 4:22-24).

Segundo, porque se nos llama a comunión con Dios, y esto es lo que debemos de alcanzar en todos nuestros deberes y obediencia. Si no hay verdadera comunión con Dios en nuestros deberes religiosos, entonces solos estamos dándole al viento, y a Dios no se a agrado (Sal. 50:16, 17; Is. 1:15, 16; 1Juan 1:3, 5-7).

Debemos ser santos así como Dios es santo tercero, porque nuestro futuro, sempiterno gozo depende de ello (He. 12:14; Mt. 5:8; Col. 1:12; 1Juan 3:2, 3). Nada contaminado puede ser traído a la presencia de Dios.

LA REFORMA MORAL NO ES SANTIDAD VERDADERA

¿Que intentas lograr con tu reforma moral? ¿Acaso es el renovamiento de la imagen de Dios en ti por gracia? ¿Lo es para ser conformado a la santidad de Dios? ¿Lo es para ser santo en toda forma de santidad porque Dios es santo? ¿Lo es para obedecer de un principio de fe y amor de acuerdo a la voluntad de Dios? ¿Acaso lo es porque buscas comunión con Dios ahora y el gozar de él de aquí en adelante?

Si esto es lo que quieres decir, ¿porque les tienes tanto miedo a las palabras y expresiones de la Escritura? ¿Porque no hablas de las cosas de Dios en palabras que el Espíritu Santo enseña? Al hombre no le gustan las palabras de Dios solo cuando no le gustan las cosas de Dios.

¿Tal vez es porque no entiendes las expresiones de la Escritura?

Apelamos a la experiencia de todos los que verdaderamente temen a Dios. No hay ni uno quien no entienda, claramente el significado de la Escritura cuando habla del origen, naturaleza, obra y efectos de la santidad. Mientras que tú, por tu ‘virtud moral’ no tienes idea de lo que intentas lograr, ya que debes rechazar, si eres honesto, la clara enseñanza bíblica.

Pero si buscas exhibir santidad bíblica y evangélica, entonces ¿porque tratas con desprecio la sabiduría de Dios aborreciendo la mera expresión que el Espíritu Santo ha dado como la más adecuada para dar luz espiritual y entendimiento a los creyentes? A cambio, tu substituyes tus propias palabras inseguras, arbitrarias y dudosas las cuales no dan luz espiritual y entendimiento.

Sí, después de todo, es otra cosa lo que quieres decir con tus expresiones vagas, entonces solo puede ser el diseño de Satanás para socavar la verdadera santidad evangélica.

Algunos malinterpretan el evangelio

Ahora hablaré una palabra a aquellos que dicen que la doctrina de la satisfacción de Cristo arruina todo esfuerzo para ser santo: ‘Si el hombre cree que Cristo satisfació la

justicia de Dios por sus pecados, ellos estaran inclinados a pensar que pueden vivir como les plazca, porque Dios, se imaginan, jamás los traerá a juicio otra vez’.

Pero esto es malentender el evangelio completamente. La enseñanza que haz propuesto significa que los creyentes son transformados en monstruos de ingratitude y desatino. Tu enseñanza esta construida en ninguna otra fundación que esta, que si Cristo quita la culpabilidad del pecado, no hay razón mencionada en la Escritura de porque necesitamos ser santos y mantenernos fuera de la contaminación y dominio del pecado, o de cualquier manera glorificar a Dios en este mundo. Tu suposición es débil, falsa y ridícula. Este es el cargo el cual el Catolicismo Romano constantemente hizo en contra de la doctrina de la justificación por medio de la imputación de la justicia de Cristo a nosotros.

Es verdad que todos nosotros podemos cargarnos con culpa por nuestra ociosidad y negligencia en la cuestión de la santidad. No hemos hecho cada esfuerzo posible para crecer a la imagen y semejanza de Dios. Podemos tener la imagen de Dios en nuestros corazones y sin embargo estar cortos de esa semejanza a él.

Esto pasa de dos maneras. Pasa primeramente cuando nuestras gracias están débiles y marchitandose. Solo cuando las gracias de santidad florecen en nosotros es nuestra semejanza a Dios vista. Pasa, en segundo lugar, cuando por el poder de nuestras corrupciones o tentaciones nos comportamos como la antigua serpiente torcida. Cuando nuestras corrupciones están fuertes y activas, entonces la imagen y semejanza de Dios no se verán. Pero el decir que la gracia o misericordia o amor de este Dios, quien es nuestro Dios, deba alentar a aquellos quienes lo conocen a él a pecar, o alentarlos a desatender la obediencia santa a él, es una fabricación monstruosa.

MOTIVOS PARA AYUDAR

Si perfeccionamos la santidad en el temor de Dios debemos realizar que esta es la excelencia mas alta la cual una naturaleza criada es capaz. La santidad nos pone sobre todas las otras criaturas en el mundo. El hombre fue criado a la imagen de Dios. Esto dió al hombre preeminencia y dominio sobre todas las otras criaturas. Pero no contento de ser semejante a Dios en santidad y justicia, el hombre aspiró a ser como Dios en sabiduría y soberanía también. Pero no agarrando lo que ambicionó, el hombre perdió lo que tenia (Gn. 3:5, 6; Sal. 49:12). Primero eramos semejantes a Dios, y después nos hicimos semejantes a las bestias (2P. 2:12). Ahora pues tenemos mas de la naturaleza bestial que la que tenemos de la divina. La restauración de esta imagen de Dios en nosotros por la gracia de Jesucristo es la recuperación de la preeminencia y privilegio los cuales perdimos neciamente (Ef. 4:24; Col. 3:10).

El dominio sobre el resto de la creación, la cual ahora la raza humana lucha por con tal destreza y violencia, depende en esta renovación de la imagen de Dios en ellos. El dominio del hombre solo es restaurado cuando él está en Cristo y en el nuevo pacto, porque es solo en Cristo, el cual es el primogénito de toda la creación, la cabeza y el

heredero de todas las cosas, que éste dominio es restaurado. Porque por el pecado del hombre, la creación fue sujeta a vanidad hasta que la libertad gloriosa de los hijos de Dios sea completa (Ro. 8:20, 21).

Si perfeccionáramos la santidad en el temor de Dios debemos realizar que esta imagen renovada de Dios da privilegio y preeminencia a aquellos que la tienen sobre aquellos que no la tienen (Pr. 12:26). Es solo en nuestra conformidad a Dios y no a cuenta de sabiduría, riqueza, grandeza o poder civil que este privilegio y preeminencia es restaurado a nosotros.

La nobleza Cristiana está solo en la santidad, porque en la santidad está la imagen y representación de Dios. La nobleza Cristiana no está en ventajas profanas o mundanas (1Co. 1:26). Ni tampoco la nobleza Cristiana está en tener dones espirituales (Mt. 7:22, 23). Muchos que han tenido dones extraordinarios del Espíritu serán dejados fuera del cielo con los peores hombres del mundo.

Ni tampoco la nobleza Cristiana está con la mera progresión de la fe. Muchos profesan la fe en austeridad rígida y obras externas de caridad mas allá de lo que la mayoría de nosotros hacemos, y sin embargo perecen en su superstición.

Tampoco la nobleza Cristiana esta en la pureza de adoración. Muchos adoradores pueden ser ‘vasos de madera y piedra’ los cuales, no siendo ‘purgados del pecado’ no son vasos ‘para honra, santificados y útiles para el Amo, preparados para cada buena obra’ (2Ti. 2:20, 21).

Si vamos a perfeccionar la santidad en el temor de Dios debemos realizar que solo es al crecer a la semejanza de Dios y desear ser más y más renovados en su imagen que gosaremos de la gloria de Dios en la gloria.

Nuestro fin se aproxima

Cada día nos acercamos a nuestro fin natural, ya sea que lo deseemos o no. Si no estamos al mismo tiempo acercándonos hacia nuestro fin sobrenatural, somos los más miserables. Solo nos engañamos a nosotros mismos si suponemos que nos estamos acercando a la gloria eterna en esta vida si no estamos al mismo tiempo acercándonos a ella en gracia y santidad.

En esa gloria eterna, somos ‘iguales a los Ángeles’ (Lucas 20:36). Cuando veamos a Cristo seremos como él (1Juan 3:2). Si aborrecemos la santidad ahora, no la amaremos de ahora en adelante. Nuestra gloria será ‘ver el rostro de Dios en justicia’ y ser ‘satisfechos con su semejanza’ (Sal. 17:15). Debemos de tener la meta de alcanzar esta gloria espiritualmente al aproximarnos a nuestro fin natural. El no hacerlo es locura y negligencia intolerable. Al desear el cielo, no debemos considerar demasiado nuestra liberación de los problemas así como nuestra liberación del pecado. No debemos considerar nuestra felicidad completa sino nuestra santidad perfecta. La mayoría de nosotros no sabemos cuanta gloria hay en la gracia, ni tampoco cuanto del cielo se puede

experimentar en la santidad en la tierra. Pero si perfeccionáramos la santidad en el temor de Dios debemos darnos cuenta que es de nuestra semejanza y conformidad a Dios que solamente podremos ser útiles en el mundo.

‘Dios es bueno y hace bien’. El es la causa única y la fuente de todo lo bueno que encontramos en toda la creación. Ellos, entonces, que son como Dios, y solo ellos, son los que son de más uso en este mundo. Mucho bien a sido hecho por otros como el resultado de varias ideas y razones. Pero hay un defecto en todo lo que hacen. Ya sea superstición, vana gloria, egoísmo, merito o algo u otro entra entre todo lo bueno que es hecho por personas impías, y trae la muerte a la olla (2Reyes 4:40). Pero aquel que lleva la imagen de Dios, y hace todo de ese principio gobernante, solo él es verdaderamente útil. Solo él representa a Dios en lo que hace. Solo él no hecha a perder sus obras buenas con motivos falsos de si mismo.

Debemos de hacer cada esfuerzo para ser santos

Si mantuviéramos el privilegio y preeminencia de nuestras naturalezas y personas, si hiciéramos progreso diario hacia la gloria y bendición eterna, si fuéramos de cualquier uso verdadero en el mundo, entonces debemos hacer cada esfuerzo para crecer más y más a ser semejantes a Dios, quien es nuestra verdadera santidad.

Debemos constantemente ejercitar fe y amor, los cuales ambos tienen un poder especial para promover la imagen de Dios en nuestras almas. La fe es parte de nuestra santidad. Es gracia impartida a nosotros por el Espíritu Santo. Es el principio gobernante que purifica el corazón. Obra y se hace efectiva por amor.

Entre mas fe sea ejercitada lo mas santos seremos y consecuentemente seremos mas semejantes a Dios. Las propiedades gloriosas del carácter de Dios son reveladas en Cristo Jesús. Resplandecen en su rostro. En Cristo la excelencia gloriosa de Dios nos son presentadas y por fe las contemplamos. ¿Y cual es el resultado?

Somos transformados a la misma imagen de gloria en gloria (2Co. 3:18). Este es el gran secreto de crecer en santidad y de crecer a la imagen de Dios. Este es el gran camino señalado y bendecido por Dios. Estamos constantemente creyendo a la revelación hecha en el evangelio, para ver, y contemplar las excelencias de Dios, su bondad, santidad, justicia, amor y gracia así reveladas en Cristo Jesús. Debemos hacer de uso y aplicár a nosotros mismos y a nuestra condición todo lo que vemos de Dios revelado en Cristo de acuerdo a la promesa del evangelio. Si abundamos en fe, creceremos en santidad.

El amor tiene el mismo poder para hacernos santos. Él que va a ser como Dios debe de estar seguro de amarlo, si no todos los intentos de ser como él fracasaran. Él que ama a Dios sinceramente hará cada esfuerzo para ser como él. El amor moldea la mente al molde del objeto amado.

El amor del mundo hace al hombre mundano. Sus mentes y deseos crecen terrenalmente y sensual. El amor a Dios lo hace a uno piadoso. El amor se aferra a Dios

con deleite por lo que él es en sí mismo así revelado en Jesucristo. Cada acercamiento a Dios por amor ardiente y deleite es transformador.

El amor meditará en las excelencias de Dios en Cristo (Sal. 30:4, 63). El amor admira al que se ama. Así que el amor pasa tiempo admirando las excelencias de Dios vistas en Cristo. El amor se deleita en obedecer y agradar al que se ama. Así que el amor verdadero a Dios se deleitará para obedecerlo y agradarlo. Los siete años de servicio de Jacob por Raquel parecieron cortos y fáciles por el amor que él tenía por ella. El amor le dice a Dios, 'Tu ley esta en mi corazón. Me deleito en hacer tu voluntad, O Dios.'

Gracias que revelan nuestra semejanza a Dios.

Bondad, amabilidad, disposición para hacer bien, perdonar, aliviar sufrimiento, ejercitados hacia todos los hombres en toda ocasión revela nuestra semejanza a Dios (Mt. 5:44, 45; Ga. 6:10). Así también la verdad en las partes internas revelándose a sí misma en todas formas de honestidad y fidelidad (Sal. 51:6; Efe. 4:15).

Dios proclama su santidad (Exodo 34:6, 7). En ésta declaración el barre con todos los que presumen de su gracia y continúan en sus pecados (Ro. 6:1). Dios quiere que todos los hombres sean salvos, no en sus pecados, sino de sus pecados. Dios no se hará inmundo para salvarnos.

23: La Elección un Motivo para la Santidad

Es el eterno e inmutable propósito de Dios que todos los que son de él de una manera especial, todos los que él planea traer a bendecir en el gozo eterno de sí mismo, que primero sean hechos santos.

Cualquier otra cosa que seamos, en habilidades, profesión de la fe, honestidad moral, utilidad para otros, reputación en la iglesia; si no somos personalmente, espiritualmente y evangélicamente santos, no somos uno de aquellos que en el propósito eterno de Dios han sido escogidos para salvación y gloria eterna.

¿Somos escogidos en Dios antes de la fundación del mundo en orden primero para ser santos y sin culpa delante de Dios en amor (Ef. 1:4)? No, primero somos 'ordenados para vida eterna' (Hch. 13:48; 2Ts. 2:13). La intención de Dios en el decreto de elección es nuestra salvación eterna, para la 'alabanza de la gloria de su gracia' (Ef. 1:5, 6, 11).

¿Que significa entonces cuando dice que fuimos 'escogidos en Cristo para que seamos santos'? ¿En que sentido es nuestra santidad el propósito por el cual Dios nos escogió?

La santidad es el medio indispensable para obtener salvación y gloria 'Escogí esos pobres perdidos pecadores para ser míos de una manera especial' dice Dios. 'Escogí salvarlos por mi Hijo para traerlos, por medio de su mediación, para gloria eterna. Pero al

hacerlo propuse y decreté que serán santos y sin culpa delante de mi en amor. Sin esa santidad que sale de obediencia amorosa a mí, ninguno, jamás entrara a mi gloria eterna.

El esperar llegar al cielo sin santidad es esperar que Dios cambie su decreto y propósito eterno. Es esperar a que Dios deje de ser Dios y meramente caiga con los deseos del pecador de seguir pecador. Pero Pablo nos enseña que fuimos predestinados para ser conformados a la imagen del Hijo de Dios (Ro. 8:29, 30; 2Ts. 2:13). Somos escogidos para salvación por la libre gracia soberana de Dios. ¿Pero como realmente se puede poseer esta salvación? Por medio de la santificación del Espíritu y de ninguna otra forma. A esos que Dios no santifica por su Espíritu él nunca los escogió para salvación desde el principio. El consejo y decreto de Dios concerniente a nosotros no depende de nuestra santidad, pero en nuestra santidad depende nuestra futura felicidad en el consejo y decreto de Dios.

LA SANTIDAD ES ESENCIAL

En el decreto inalterable de Dios, ninguna persona viviente puede alcanzar gloria eterna y felicidad sin gracia y santidad. Aquellos ordenados para salvación también fueron ordenados para ser santos. El infante más pequeño que sale de este mundo no vendrá al eterno descanso al menos que sea santificado y así hecho habitualmente y radicalmente santo.

Santidad la prueba de la elección.

La única evidencia de nuestra elección a vida y gloria es la santidad forjada en cada fibra de nuestro ser. Así como nuestra vida, así también nuestra comodidad depende en la santidad (2Ti. 2:19). Solamente el decreto de elección da seguridad en contra de apostasía en las tentaciones y pruebas (Mt. 24:24).

¿Entonces como puedo conocer mi elección y que no caeré hacia la apostasía? Pablo dice, ‘Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo’, (2Ti. 2:19). Pedro nos dice de ‘procurar tanto mas de hacer firme vuestra vocación y elección’ (2P. 1:10). ¿Pero como hacemos esto? Al agregar todas las virtudes que Pedro menciona (2P. 1:5-9). Así que si tenemos la intención de estar en la gloria eterna, debemos de hacer cada esfuerzo para ser ‘santos y sin mancha delante de él en amor’.

Problema. ¿Si Dios desde la eternidad ha escogido libremente cierto numero de personas para salvación, que necesidad hay para que sean santos? Pueden pecar todo lo que quieran y nunca perderán el cielo, porque el decreto de Dios no puede ser frustrado. Su voluntad no puede ser negada. Y si los hombres no son escogidos, no importa que tan santos sean, de todas maneras estarán perdidos, porque jamás podrán tener salvación.

Respuesta. Esta manera de discutir no se enseña en las Escrituras y no se puede aprender de las Escrituras. La doctrina del libre amor electivo de Dios y su gracia esta

completamente declarado en las Escrituras. Ahí se predica como la fuente de y un gran motivo para la santidad. Es mas seguro agarrar los testimonios simples de la Escritura, confirmada por la mayoría de los creyentes, que de escuchar a tales objeciones perversas y triviales que nos harían aborrecer a Dios y sus caminos. Deja que nuestro entendimiento sea cautivado para la obediencia de la fe, en lugar de cuestionamientos de hombres necios.

En particular, no solamente estamos obligados a creer todas las revelaciones divinas, sino debemos creerlas de la manera que se nos presentan por la voluntad de Dios. La creencia en la vida eterna es requerida en el evangelio. Pero ningún hombre debe creer que será salvo eternamente mientras vive en sus pecados.

Las siguientes afirmaciones destruyen esta objeción:

- (1) El decreto de la elección, absolutamente en si mismo sin respeto a sus efectos resultantes, no es parte de la voluntad revelada de Dios. No es revelado que este o ese hombre es o no escogido (Dt. 29:29). Así que esto no se puede hacer un argumento o una objeción sobre cualquier cosa la cual incluye la fe y la obediencia.
- (2) Dios mandó el evangelio al hombre para llevar acabo su decreto de elección y para traerlo al cumplimiento verdadero. Pablo al predicar el evangelio dice que sufrió ‘por amor de los escogidos, para que ellos también consigan la salud que es en Cristo Jesús con gloria eterna’ (2Ti. 2:10). Dios mando a Pablo a quedarse y predicar el evangelio en Corinto porque ‘tenia mucho pueblo en esa ciudad’ (Hechos 18:10), i.e., a quien él bondadosamente escogió para salvación. (vea tambien Hch. 2:47; 13:48).
- (3) Donde quiera que el evangelio viene, predica vida y salvación por Jesucristo a todos los que creerán, arrepentirán y darán obediencia a él. El evangelio hace saber plenamente al hombre ambos su deber y su galardón. En este estado de cosas solo la soberbia y la incredulidad pueden hacer el decreto secreto de Dios una excusa para seguir pecando.

Objeción. ‘No me arrepentiré, ni creeré, ni obedeceré, al menos que primero conozca si soy o, no escogido, porque al final todo dependerá de esto.’

Respuesta. Si asi piensas, el evngelio no tiene nada que decirte o ofrecerte, porque estas poniendo tu propia voluntad en contra de la de Dios.

La manera que Dios a señalado para que nosotros conozcamos si somos o no escogidos es por los frutos de la elección en nuestras almas.

Aquí esta una ilustración. Cristo murió por los pecadores. A ningún hombre se le requiere creer que Cristo murió por él en particular, sino solo que Cristo murió para salvar pecadores. Sabiendo esto, el evangelio requiere fe y obediencia, y somos obligados

a responder. Pero hasta que una persona ha obedecido el evangelio, no está bajo ninguna obligación de creer que Cristo murió por él en particular.

Así es con la elección. Al hombre se le es requerido creer la doctrina porque está en las Escrituras y es claramente declarado en el evangelio. Pero en cuanto a su elección personal, él no la puede creer, ni tampoco se le requiere que la crea hasta que Dios se la revele por sus frutos. Así que ningún hombre puede decir que no es escogido hasta que esté en tal posición que prueba que no es escogido porque los frutos de la elección imposiblemente estén forjados en él. Estos frutos son la fe, obediencia y santidad (Ef. 1:4; 2Ts. 2:13; Tito 1:1; Hch. 13:48).

La persona en quien estas cosas están forjadas está obligada, de acuerdo al método de Dios y del evangelio, de creer en su elección. Cualquier creyente puede tener la misma seguridad de elección así como la tiene de su llamamiento, justificación y santificación. Por el ejercicio de la fe, hacemos nuestro llamamiento y elección segura (2P. 1:5-10).

Pero los incrédulos y los impíos no pueden concluir que no son escogidos, al menos que puedan probar que es imposible para ellos recibir la gracia y la santidad. En otras palabras, deben probar que han cometido el pecado imperdonable en contra del Espíritu Santo.

La doctrina de la elección de Dios está en todas partes en la Escritura enseñada para el aliento y consuelo de los creyentes y para estimularlos a fomentar la obediencia y la santidad. (Ef. 1:3-12; Ro. 8:28-34).

COMO LA ELECCIÓN MOTIVA A LOS CREYENTES A LA SANTIDAD

La soberana y siempre para ser adorada gracia y amor de Dios en la elección provee motivos poderosos para santidad. Y la única manera que podemos mostrar nuestra gratitud a Dios es de agradecerle con una vida santa. ¿Será probable que un verdadero creyente diga, ‘Dios me ha escogido para vida eterna, así que pecare tanto como lo desee, porque nunca podré perecer y estar perdido’?

Dios usa la elección como un motivo para su pueblo antiguo (Dt. 7:6-8, 11). Así también Pablo con los Cristianos (Col. 3:12, 13). La elección nos enseña humildad. Dios nos escogió, no porque había algo bueno en nosotros, sino cuando aun éramos, a causa del pecado, buenos para nada. Nos enseña sumisión a la voluntad y placer soberano de Dios en el gobierno de todos nuestros intereses en este mundo. ¿Si Dios me escogió desde la eternidad, y a su tiempo me trajo a la fe, no cuidará también de todo lo que me concierne?

La elección también nos enseña amor, bondad, compasión y tolerancia para todos los creyentes que son los santos de Dios (Col. 3:12, 13). ¿Como nos atrevemos a agasajar pensamientos hostiles y severos, mantener animosidades y enemistades en contra de

alguien a quien Dios ha escogido para gracia y gloria? (véase Ro. 14:1, 3. Pablo hizo todas las cosas por el bien de los escogidos.)

La elección nos enseña desprecio por el mundo y todo lo que pertenece a él. ¿Nos escogió Dios para hacernos reyes y emperadores en el mundo? ¿Hará Dios que sus elegidos sean ricos, nobles y honorables entre los hombres para que se conozca y sea proclamado, ‘Así se hará con el hombre a quien el rey del cielo se deleita para honrar’? ¿Nos escogió Dios para mantenernos fuera de dificultades y persecuciones y pobreza y vergüenza y reproche en el mundo? Pablo enseña completamente lo opuesto (1Co. 1:26-29).

Santiago nos enseña como vivir como uno de los escogidos de Dios (Stg. 1:9-11). El amor electivo es un motivo y un aliento para santidad por causa de la gracia que podemos y debemos esperar de Jesucristo (2Co. 12:9). La elección divina nos da seguridad que a pesar de todas las oposiciones y dificultades con que nos podamos encontrar, no nos perderemos completamente ni finalmente (Ro. 8:28-39; 2Ti. 2:19; He. 6:10-20).

Problema. Pero seguramente un hombre que sabe que es uno de los escogidos esta más propenso a ser perezoso y negligente en su vida espiritual.

Respuesta. Un hombre va en una jornada. El sabe que está en el camino correcto. El sabe que si sigue en ese camino que seguramente e infaliblemente llegará al fin de su jornada. ¿Este conocimiento lo hará descuidado y negligente? ¿Sería mejor si estuviera perdido y sin saber a donde vá? ¿Sería mejor para él no estar seguro que llegará a su destino?

Problema. La elección es desalentadora al impío.

Respuesta. Dos cosas pueden pasar cuando la elección es predicada a los impíos. Primero, puede que hagan cada esfuerzo para probar que son escogidos al responder con fe, obediencia y santidad, o segundo puede que no hagan nada y digan que todo le toca a Dios. Ahora ¿cual de estas dos actitudes es más racional y sensible? ¿Cual enseña que verdaderamente nos amamos a nosotros y estamos preocupados por nuestras almas inmortales? No hay nada mas infaliblemente seguro que esto: ‘todo aquel que en él cree no se pierda mas tenga vida eterna’ (Juan 3:15).

24: Mandado a ser Santo

La santidad, primeramente, es la renovación de la imagen de Dios en nosotros, y en segundo lugar, es obediencia de todo corazón a toda la voluntad de Dios (1Ts. 4:1-3; Ef. 4:22-24; Tito 2:11, 12; Lv. 19:2; Mt. 22:37-39).

La verdadera santidad es obediencia a los mandamientos de Dios y no a los preceptos del hombre (Is. 29:13, 14). Somos verdaderamente los siervos de Dios como discípulos de Cristo, cuando hacemos lo que se nos manda y porque se nos manda.

Los mandamientos de Dios se pueden considerar de dos maneras. Pueden ser considerados como el pacto de obras. ‘Haced esto y viviréis’. Pero también pueden ser considerados como inseparablemente unidos al pacto de gracia. Obedecemos a Dios por gratitud por la gracia y misericordia que nos ha mostrado.

El pacto de obras y los mandamientos de Dios.

La santidad perfecta en todo lo que pensamos, sentimos y hacemos nos es requerida. El propósito de esta obediencia perfecta es de que sea nuestra justicia ante Dios (Ro. 10:5). ¿Pero si el Señor tomara nota de todas nuestras iniquidades quien posiblemente podrá mantenerse recto delante de él (Sal. 130:3)? Nuestra oración debe ser la oración de David: ‘No entres en juicio con tu siervo; porque no se justificará delante de ti ningún viviente’ (Sal. 143:2. Vea Ro. 3:20 y Ga. 2:16). Pero el imprimir en el hombre pecador el deber de santidad meramente por obediencia a los mandamientos de Dios solo lo llevara a la desesperación.

El pacto de gracia y los mandamientos de Dios.

Dios nos requiere una vida de obediencia perfecta y santa, pero este requerimiento esta moderado con gracia y misericordia. Si hay un deseo sincero y de todo corazón de agradar a Dios después de haber venido a Cristo, así como lo habrá con un corazón nuevo y una nueva naturaleza, Dios perdona muchos pecados por amor a Cristo. Es por el amor a Cristo solamente que Dios acepta lo que hacemos, aunque esta muy corto de la perfección legal.

Los mandamientos del evangelio no nos requieren que tratemos y nos justifiquemos delante de Dios por medio de una vida santa de obediencia perfecta y por cumplir todos los deberes de justicia, así como el pacto de obras lo demanda, porque jamás podremos dar tal obediencia perfecta. Cristo a cumplido todas las demandas del pacto de obras por nosotros (Ro. 10:4).

Porqué los mandamientos de Dios hacen a la santidad necesaria.

Los mandamientos de Dios hacen a la santidad necesaria porque vienen a nosotros por la autoridad de Dios mismo. La autoridad trae con ella la obligación de obedecer (Mal. 1:6). Santiago nos dice que hay un dador de la ley que puede salvar y destruir (Stg. 4:12).

El que nos manda a ser santos es nuestro soberano dador de la ley. Él tiene poder absoluto para imponer en nosotros las leyes que él desee. En la Escritura hay muchas partes donde Dios describe el acto de pecar en contra de él como ‘despreciarlo a él’ (Nm. 11:20; 1S. 2:30); ‘despreciar su nombre’ (Mal. 1:6); ‘despreciar sus mandamientos’ y eso en los mismos santos (2S. 12:9).

Así que, el no hacer cada esfuerzo para ser santo es despreciar a Dios y rechazar su autoridad sobre nosotros y vivir en desafío de él. ‘Santidad al Señor’ debe de estar escrito sobre nuestras vidas y en todo lo que hacemos.

Los hombres pueden aborrecernos, despreciarnos, rechasarnos y perseguirnos por ser santos. Pero siempre debemos recordar que es Dios quien puede matar al castigar o mantener vivo por medio de su preservación misericordiosa (Dn. 3:16-18).

Jesús dijo, 'El que quiera salvar su vida' por medio de una negligencia pecaminosa de santidad 'la perderá'.

Pero la afirmación que Dios puede matar o dar vida se refiere mayormente a castigos y galardones eternos (Mt. 10:28). Mantener vivos es liberar de la ira venidera y traer a las personas liberadas a vida eterna.

OBEDIENCIA SUPREMA

La cosa mayor que Dios nos requiere es obediencia (Gn. 17:1). La manera para caminar rectamente, de ser sincero o perfecto en obediencia, es siempre recordar que él que lo requiere de nosotros es Dios todo poderoso, con toda su autoridad y poder, y bajo cuyos ojos nosotros vivimos.

Alguna gente jamás obedece, a pesar de las advertencias y juicios de Dios (Jer. 5:3, 4). El pobre rechaza la autoridad de Dios a causa de ignorancia, ceguedad y necesidad. Pero tú pensarías que grandes hombres quienes han sido bien educados y quienes han sido rodeados por muchas ventajas vendrían al conocimiento de la voluntad de Dios. Lo sorprendente es que son tan necios como aquellos que son pobres. Los ricos se comportan como bestias quienes, habiéndose soltado, corren para arriba y para abajo en los campos, pisando el maíz, quebrando las cercas y pisoteando todo ante ellos. Esta era la experiencia de Jeremías (Jer. 5:4, 5).

Dios nos llama a la obediencia en todo tiempo y en toda circunstancia y situaciones. Hay tiempos en que estamos solos y los hombres no nos ven. En tales situaciones debemos de recordar que aunque el hombre no ve, Dios ciertamente lo hace. En todos nuestros tratos de negocios con los hombres, aunque tengamos bastantes oportunidades para engañarlos, sin embargo debemos de recordar que Dios mira todo lo que hacemos, aunque esté escondido de los ojos de los hombres. En la sociedad y entre todas las reuniones de compañerismo de la iglesia debemos recordar que Dios oye y ve todo lo que hablamos y hacemos. Mucho se puede decir y hacer lo cual gane la aprobación del hombre, pero lo cual seriamente contrista al Espíritu Santo.

El mandamiento de Dios de que seamos santos es el fruto de la infinita sabiduría y bondad. Por lo tanto lo mejor que podemos hacer, si verdaderamente nos amamos a nosotros mismos y nos importan nuestras almas inmortales, es obedecer y hacer cada esfuerzo para ser santos.

Todo lo necesario para capacitarnos para obedecer se nos ha dado (2P. 1:3; Mt. 11:30; 1Juan 5:3). El poder y la habilidad para obedecer no se encuentra, en nosotros, sino en

Cristo (Juan 15:5; Fil. 2:13; 2Co. 3:5; Fil. 4:13). El hecho de que Dios nos supla con fuerza para ser santos no nos excusará si descuidamos los medios que Dios a señalado para la preservación y el incremento de esa fuerza para ser santos (2P. 1:3-11). Esta fuerza espiritual que nos es dada en el pacto de gracia no nos capacita para vivir vidas perfectas sin pecado, o para hacer absolutamente perfecto cualquier deber, ni tampoco son su gracia y fuerza igualmente efectivas en todo tiempo (Sal. 30:6, 7).

Para hacer el mandamiento de santidad y obediencia placentero y fácil, dos clases de poder de gracia se necesitan. Necesitamos un poder que siempre esté en nosotros y el cual siempre nos haga desear ser santos. Este poder se nos da en la regeneración. Pero también necesitamos un poder el cual podamos pedir continuamente, un poder que actualmente nos capacite a vivir vidas santas obedientes a la voluntad de Dios. Ambos se nos son dados en el pacto de gracia (Fil. 2:13; 4:13).

Los mandamientos de Dios no son penosos, perversos, sin uso o malos (Mi. 6:6-8). Pablo los describe como verdaderos, nobles, justos, puros, amables de buen nombre (Fil. 4:8).

Dios en su gracia a deletreado la santidad detalladamente en la Escritura. Los diez mandamientos, el sermón del monte y todos los requerimientos de obediencia en las epístolas nos dicen en detalle lo que es santidad. Y para alentarnos a la santidad, Dios nos exhorta, nos da promesas, razona con nosotros y a veces, para alejarnos del mal que nos destruirá, nos amenaza (1Ti. 4:8; Sal. 41:1-3; 2P. 1:10).

25: Santidad y La Obra de Cristo.

Una razón por la que Dios envió a su Hijo al mundo fue para traer de regreso a hombres caídos a un estado de santidad. Jesucristo vino a destruir las obras del diablo (1Juan 3:8; 1Ti. 3:16). Por lo tanto fué ungido para los ministerios de sacerdote, profeta y rey.

Sacerdote

Cristo llevó acabo su oficio sacerdotal de dos maneras. Primeramente, al ofrecerse a sí mismo como el sacrificio para nuestros pecados, y segundo, al interceder por su gente.

El oficio sacerdotal de Cristo fue primero ejercitado hacia Dios en el ofrecimiento de sí mismo a él como expiación por los pecados de su gente, así satisfaciendo la justicia de Dios y haciendo posible para él ser reconciliado con los pecadores. No podríamos ser salvos o santificados si Cristo no hubiera expiado por nuestros pecados y la justicia de Dios no hubiera sido satisfecha.

El oficio sacerdotal de Cristo fue en segundo lugar para su gente. Él es el que trae justificación y perdón de pecado a su gente y él es quien por su Espíritu santifica a su gente y los hace santos (Tito 2:14; Ef. 5:2; He. 1:3; 9:14; Ap. 1:5).

El oficio sacerdotal de Cristo fue también para hacer intercesión por su gente (1Juan 2:1, 2; Juan 17:15, 17). Él intercede por su gente de que sus pecados puedan ser perdonados por virtud de su ofrecimiento de si mismo, y por lo tanto él es nuestro abogado con Dios para consolarnos cuando estamos inesperadamente atrapados en el pecado. Pero Cristo también intercede por su gente para que ellos sean constantemente proveídos con gracia y el Espíritu Santo para que ellos puedan ser y sean mantenidos santos.

Profeta

Cristo vino a enseñar a su gente y para guiarlos a toda verdad.

Cristo enseñó la verdad entera sobre su Padre dando una revelacion entera de su nombre, amor, gracia, bondad y verdad y también la verdad entera de los mandamientos y voluntad de su Padre (Juan 1:18; 3:2; 17:6).

Primeramente, vemos su obra profética a la casa de Israel. Vino a declarar, exponer y vindicar los mandamientos divinos los cuales Dios les había dado para guiarlos a una vida de obediencia santa. Pero la gente, no siendo espiritual, había grandemente malentendido y malinterpretado la ley del Antiguo Testamento y la había enterrado bajo el escombros de sus tradiciones vanas. Habían hecho a la ley estar de acuerdo con sus codicias y sus pecados y la habían interpretado de tal manera que los liberaba de obediencia a ella.

Cristo enseñó la naturaleza interna y espiritual de la ley. Él declaró el verdadero significado de sus mandamientos (Mt. 5:21, 22, 27, 28). El sermón del monte fué el principio de su ministerio profético.

Segundo, su oficio profético es para toda la iglesia a través de todas las edades. Esto incluye el ministerio de los apóstoles. El ministerio profético de Cristo enseña los deberes de santidad los cuales, aunque generalmente se encontraban en la ley, sin embargo jamás se hubieran conocido como deberes en su naturaleza especial excepto por medio de su enseñanza. Él enseñó la fe en Dios por medio de él. Enseñó amor fraternal entre Cristianos porque son Cristianos. Enseñó el negarse a si mismo al tomar la cruz devolver bien por mal y amar a nuestros enemigos. También enseñó todas esas ordenanzas de adoración en las cuales nuestra obediencia y santidad dependen (Tito 2:11, 12).

Cristo enseñó tres cosas en su doctrina de obediencia. La primera cosa que él enseñó fue que la obediencia debe de ser desde el corazón. El renovamiento de nuestras almas en todas sus facultades, movimientos y comportamiento externo, formándonos a la imagen de Dios, sale del corazón regenerado (Juan 3:3, 5; Ef. 4:22-24).

La segunda cosa que él enseñó fue que la obediencia debe de ser a toda la voluntad de Dios. La voluntad de Dios es la regla perfecta de santidad y obediencia, y debe ser obedecida en su totalidad.

La tercera cosa que enseñó fue que no hay ninguna excusa para desobedecer. Los mandamientos de Dios son claros, prueban por si mismos que son divinos y vienen con todo el respaldo de la autoridad de Dios.

Las enseñanzas de Cristo estan muy por encima de todas la enseñanzas del hombre (Job. 36:22). Somos enseñados de Dios cuando somos enseñados por Cristo. La sabiduría mas alta del hombre jamás alcanzo el nivel de santidad el cual Cristo enseñó. Las filosofías humanas nunca enseñaron cómo nuestras almas pueden ser renovadas y cambiadas de su naturaleza pecaminosa y corrupta a la imagen y semejanza de Dios.

Los grandes moralistas tuvieron sin fin e inseguras disputas sobre la naturaleza de la virtud en general, sobre su estado oficial y a los deberes que nos llama y sobre la regla y la norma de la virtud verdadera. Pero lo que se nos manda por Cristo Jesús nos deja sin duda si es o no es una regla infalible para nosotros recibir.

Las mejores normas de deber dadas por la luz natural más grande del hombre son todavía parciales y oscuras, mientras que la norma de obediencia de Cristo es clara e incluye al hombre entero.

Cristo enseñó con autoridad y vino con el poder y la habilidad necesarias para llevar acabo su propósito. Palabras atractivas, suavidad y elegancia de lenguaje para atraer los sentimientos y deleitar la imaginación del hombre son la gracia, ornamento y vida de las enseñanzas del mundo. Pero con Cristo no hubo búsqueda para alagar al hombre o algún deseo para ganar su aplauso o alabanza. Cristo 'les enseñó como uno que tiene autoridad, y no como los escribas' (Mat 7:29). La gente 'se maravilló de las palabras de gracia que salían de su boca' (Lc. 4:22). 'Nunca ha hablado hombre así como este hombre' (Juan 7:46).

Las palabras de Cristo tenían poder para cambiar las vidas y corazones de los hombres, así como hoy dia todavía tienen.

Rey

Esto también fue para nuestra santidad. Como rey él somete a nuestros enemigos y mantiene a nuestras almas de ser destruidas por ellos. Los enemigos que Cristo somete son nuestras codicias, nuestros pecados y nuestras tentaciones.

Como rey, hace a sus súbditos libres para servir al Dios vivo. Él mantiene a su gente a salvo para siempre. Los capacita a amarse los unos a los otros y vivir en paz uno con el otro. Pone su reino en sus corazones y galardona su obediencia pero sobre todo hace a su gente santa.

Conclusión

Que necio sería el permanecer impío y sin embargo pensar que Cristo nos ha recibido. Esto no solo es engañar a nuestras almas sino también deshonorar a Cristo y a su evangelio (Fil.3:18, 19).

Por lo tanto ahora, déjame examinarme. ¿He confiado en él como mi sacerdote? ¿He aprendido de él como mi profeta? ¿Me he sometido a él como mi rey? Si lo he hecho, entonces debo hacer cada esfuerzo para caminar así como él camino-en obediencia santa a Dios (1Juan 2:6).

26: La santidad en un Mundo Impío

El estado natural del hombre en este mundo es depravado. La mente del hombre está descrita en la Escritura como estando en oscuridad. La mente del hombre es vana, necia e inestable.

La voluntad del hombre está bajo el poder de la muerte espiritual, siendo terco y obstinado.

El corazón del hombre es mundano, sensual y egoísta.

Por lo tanto, el alma entera, siendo alejada de Dios, está siempre llena de confusión y desordenes perplejos (Job 10:21, 22; Ecl. 7:29; Ro. 1:24, 26, 28; 3:10-18; 2Ts. 2:11, 12; Mt. 15:18, 19; Stg. 4:1, 2; Is. 57:20, 21; Gn. 6:5; Sal 69:14).

El problema es, ¿cómo puede la naturaleza desordenada del hombre ser curada y esta fuente de abominaciones pecaminosas ser taponada?

Algunos son naturalmente de un temperamento más tranquilo y callado que otros. Esta gente es comparativamente apacible y útil a otros. Pero sus mentes y corazones están sin embargo llenos de oscuridad y desorden. Entre menos molestas son las olas en la superficie, más cieno y lodo está escondido en el fondo del alma.

La educación, convicciones, aflicciones, iluminaciones, esperanzas de alcanzar justicia por ellos mismos, el amor a la reputación, la amistad de buenos hombres y buenas resoluciones casi siempre ponen grandes limitaciones a pensamientos y propósitos malos y sirven para someter los deseos turbulentos de las mentes de los hombres. El curso del pecado en las vidas de los hombres puede ser cambiado por tales limitaciones.

Cualquiera que sea el medio natural usado, la enfermedad del pecado todavía está sin curar y el alma todavía continúa en su desorden y en confusión interna. La única cura para esta condición mala es santidad (Ef. 4:22-24).

Objeción. Admitimos y mantenemos la verdad que en todas las personas santificadas todavía hay restos de nuestro desorden y depravación original. El pecado todavía

permanece en los creyentes. El pecado todavía obra poderosamente y efectivamente en ellos, manteniéndolos cautivos a su ley. Por lo tanto, en los creyentes, hay conflictos poderosos en sus almas. ‘La carne codicia contra el Espíritu’. No parece entonces que la santidad cura estas disposiciones pecaminosas. El no regenerado más a menudo parece tener más paz y tranquilidad en sus mentes que los creyentes.

Respuesta. Primeramente, la paz y el orden que se supone que esté en la mente de los hombres bajo el poder de el pecado y quienes no están santificados, son como la paz y el orden del infierno. Satanás no esta dividido en contra de sí mismo. Allí solo esta esa paz en tales mentes con el cual, ‘el hombre fuerte armado’ el cual es Satanás, mantiene sus bienes hasta que uno mas fuerte que él viene a molestarlo. No puede haber paz donde la mente esta todavía en enemistad con Dios.

Segundo, hay una diferencia entre una confusión y una rebelión. En un alma santificada puede haber rebelión en algunas partes, pero no confusión en el alma entera. El gobierno en el alma es fuerte, ordenado y estable. Esta es la obra de gracia manteniendo todo en orden bajo de Cristo, aunque algunas partes se rebelen.

Tercero, el alma de un creyente tiene tal satisfacción en este conflicto que su paz usualmente no es perturbada y nunca enteramente derribada por ello.

Cuarto, una persona santificada está segura del éxito en este conflicto. Tal garantía de éxito en este conflicto mantiene la paz y el orden en su alma durante la batalla.

La victoria sobre el pecado que mora dentro y sus insurrecciones rebeldes viene de dos maneras. Primero, en instantes particulares, tenemos suficiente garantía que si nos mantenemos en el uso diligente de los medios que nos son dados y la ayuda proveída en el pacto de gracia, no fracasaremos de tener victoria sobre codicias y pecados particulares. Estas codicias y pecados no se dejen concebir, traer o producir pecado (Stg. 1:15). Pero si descuidamos de usar estos medios que nos son dados por Dios, no podemos esperar victoria. Segundo, en el resultado final del conflicto, el pecado no desfigura completamente la imagen de Dios en nosotros, ni tampoco absolutamente o finalmente arruina nuestras almas, lo cual es su ambición mortífera. Los creyentes tienen la fidelidad de Dios para su seguridad (Ro. 6:14). Así que, a pesar de esta oposición del pecado, la paz y el orden son preservados por el poder de santidad en un alma santificada.

Objeción. Muchos Cristianos quienes pretenden ser grandemente santificados y quienes afirman de haber alcanzado un grado alto de santidad están todavía malhumorados, irritables, melancólicos y perturbados en sus mentes.

Repuesta. Si hay tales Cristianos, la más vergüenza para ellos y deben de llevar su propio juicio. Su comportamiento es lo bastante opuesto a la santidad y ‘el fruto del Espíritu’ (Ga. 5:22). Muchos se piensan que son santos y santificados y no lo son y muchos quienes verdaderamente son santos pueden estar sufriendo bajo dos desventajas. Pueden estar en ciertas circunstancias que frecuentemente les sirvan para extraer su debilidad

natural. David estuvo en tal posición toda su vida, y también Ana (1S. 1:6, 7). Puede que sus debilidades sean agravadas grandemente por hombres malos. Donde quiera que está la semilla de gracia y santidad, allí una posición segura a sido ganada para la cura de todas estas corrupciones (Is. 11:6-9).

En nuestra santidad descansa la mayor parte de ese provento de gloria y honor lo cual Cristo el Señor espera de sus discípulos en este mundo. La santidad es el camino mayor por el cual podemos honrar y glorificar a Cristo en este mundo. La santidad es el camino mayor por el cual podemos enseñar al mundo lo que Cristo verdaderamente es (1Co. 6:19, 20; 2Co. 5:15; Ro. 14:7-9; Tito 2:14).

Hay, al final, solo dos cosas que Dios requiere de nosotros en este mundo. El requiere que le honremos y le glorifiquemos al vivir vidas santas, y que le honremos y le glorifiquemos al sufrir pacientemente por él.

Cristo llama a todos sus verdaderos discípulos a atestiguar a la santidad de su vida, la sabiduría y pureza de su doctrina y la suficiencia y efectividad de su muerte por sus pecados. Él llama a sus discípulos a dar testimonio a la paz que tienen con Dios por medio de la fe en él. Cristo llama a sus discípulos a dar testimonio al poder de toda su obra de mediación para renovar la imagen de Dios en ellos, para restaurarlos al favor de Dios y traerlos a gozar de Dios. Y la manera que deben hacer esto es por medio de una vida de obediencia santa a Dios. Al hacer todo esto, los creyentes glorifican a Dios en este mundo.

Estamos obligados a profesar que la vida de Cristo es nuestro ejemplo. ¿Pero como podemos dar testimonio a la santidad de la vida de Cristo en contra de las blasfemias del mundo y la incredulidad de la mayoría que no están interesados? Lo hacemos por medio de la santidad de corazón y de vida, al ser conformados a Cristo en nuestras almas y viviendo para Dios en obediencia fructífera.

Traemos reproche al nombre de Cristo cuando pecamos, cuando seguimos y somos guiados por nuestras codicias y placeres, cuando preferimos cosas presentes en lugar de glorias eternas, y todo el tiempo profesamos a todos y a algunos que Cristo es nuestro ejemplo.

No podemos darle gloria a Cristo al menos que demos testimonio a su enseñanza. ¿Pero como atestigüamos a las enseñanzas de Cristo? Damos testimonio a las enseñanzas de Cristo al hacerlas nuestra regla de vida y de santidad. De esta manera testificamos al mundo que su enseñanza es santa y del cielo, llenas de sabiduría divina y gracia. Por medio de una obediencia santa a Cristo y a sus enseñanzas enseñamos la naturaleza, propósito y utilidad de su doctrina (Tito 2:11, 12). Miles en todas las edades han sido ganados a la obediencia del evangelio y a la fe en Cristo Jesús por medio de un comportamiento santo, fiel y útil de aquellos que han mostrado con sus vidas el poder y pureza de su enseñanza.

También se nos requiere dar testimonio al poder y efectividad de la muerte de Cristo, primeramente de purificarnos de toda iniquidad, y segundo de purgar nuestras conciencias de obras muertas para servir al Dios vivo. Si no somos limpiados de nuestros pecados en la sangre de Cristo, si no somos purificados de toda iniquidad, somos una abominación a Dios y seremos objetos de su ira para siempre. Sin embargo, Cristo el Señor no requiere más de sus discípulos en este asunto sino que profesen que su sangre los limpia de sus pecados y que muestren la verdad de esto por medio de una vida santa. De esta manera lo glorificaremos.

Sin la santidad prescrita en el evangelio no damos nada de esa gloria a Jesucristo la cual él indispensablemente nos requiere. Si amamos a Cristo, entonces debemos ser santos. Si deseamos glorificar a Cristo, entonces debemos ser santos. Si deseamos mostrar gratitud a Cristo, entonces debemos ser santos. Si no queremos que nos encuentre traidores en el último día para su corona, honor y dignidad, entonces debemos ser santos.

Si tenemos de Cristo gracia o buscamos ser aceptados finalmente por él, vamos a trabajar para ser santos en todas formas de comportamiento para que podamos adornar su enseñanza, mostrar sus virtudes y alabanzas y crecer para ser como él quien es el primogénito y la imagen del Dios invisible.

‘Sed santos, aún como Yo, el Señor vuestro Dios, soy santo’.